

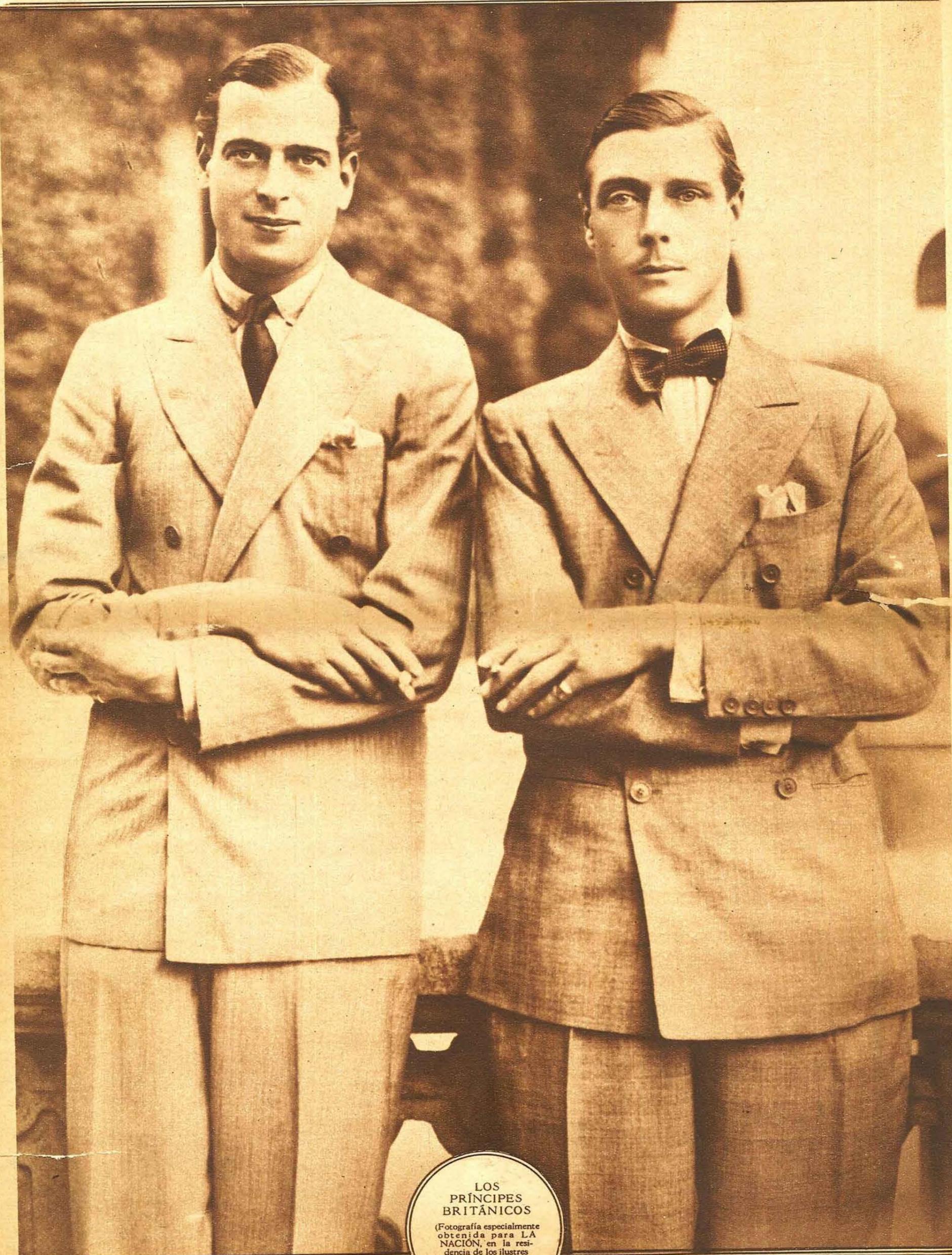
LA NACION

REVISTA SEMANAL

Buenos Aires 15 de Marzo de 1931

Nº 89

o II



LOS
PRÍNCIPES
BRITÁNICOS

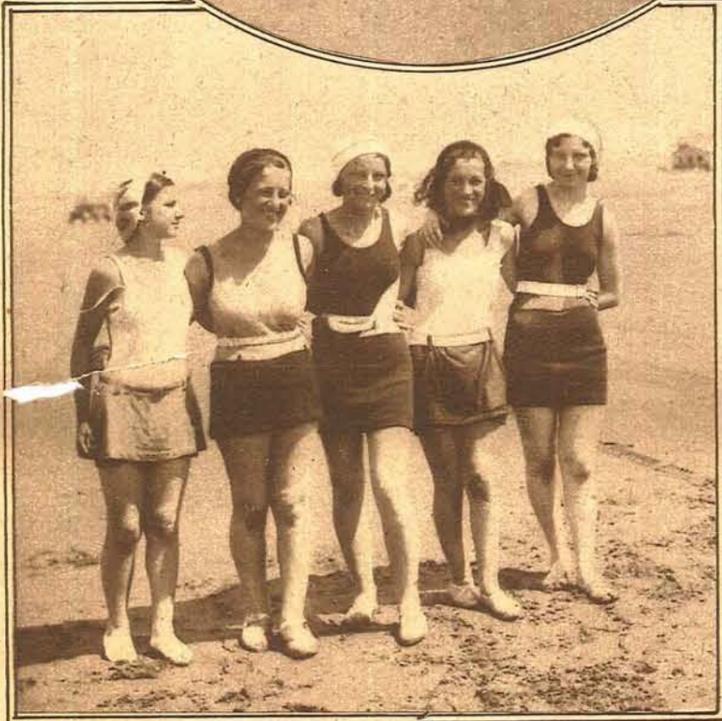
(Fotografía especialmente
obtenida para LA
NACION, en la resi-
dencia de los ilustres
huéspedes, en la
Embajada Bri-
tánica.)

EN CLAROMECÓ



Los últimos veraneantes en la magnífica playa de Claromecó (Tres Arroyos): señoritas Mercedes Belloc Nazar Anchorena y Chita Hurtado.

Familias de Hurtado, Damborenga y Escaso.



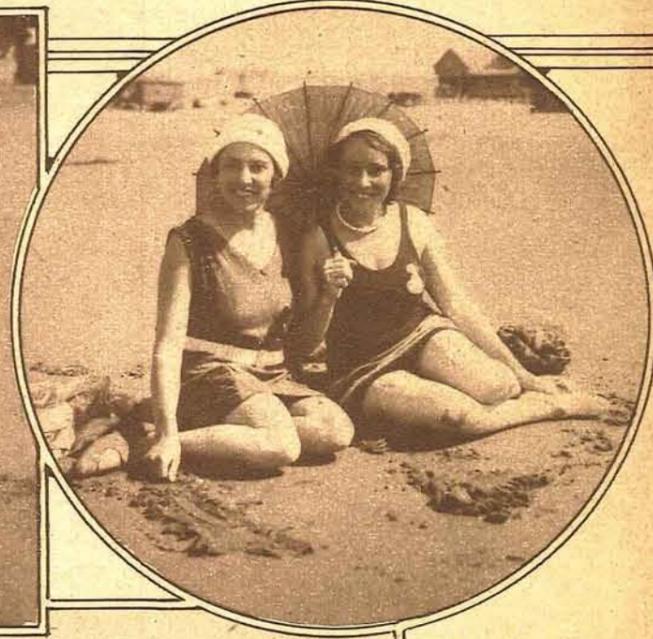
Las señoritas de Ripodas, Soa y Minieri, paseando por la playa.



La práctica de los sports, junto al mar, además de beneficiosa, es agradable.



Un breve reposo: familias de Gilardoni y Alvarez; señoritas Marchino y señores Bernardo Delgado y L. Mingo-rance.



Señoritas Cle-men y María Marchino.



A la hora del baño.





El papel más lucido

OPINIONES DE
CLARA BOW
Exclusivas para
LA NACION

Si alguna vez se os ocurre "lanzar" a un actor dramático— cosa que no os aconsejaría que hicierais—preguntadle qué papel le gustaría interpretar.

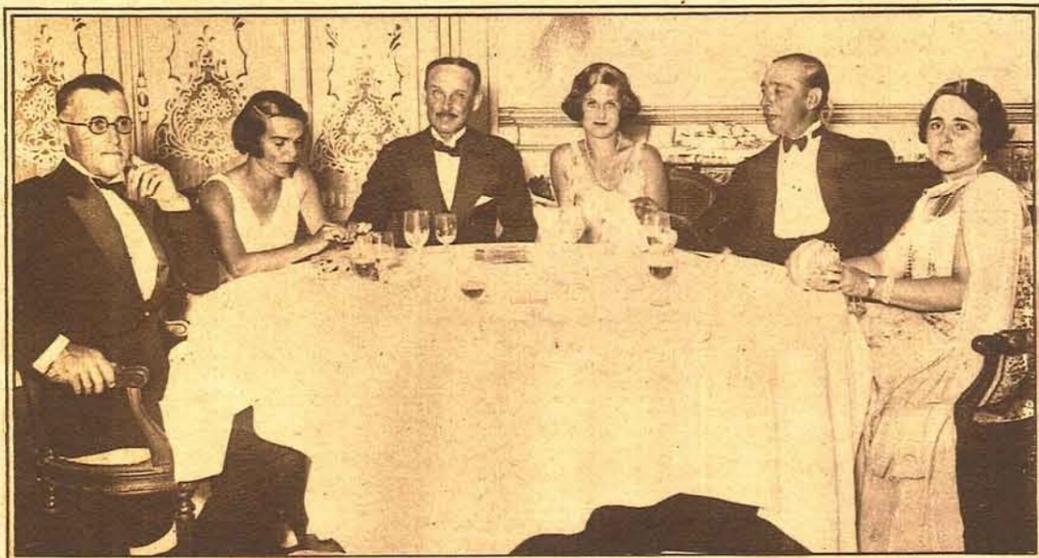
Unas tres horas le costaría al candidato el mencionar a Dante y citar a Shakespeare; pero cuando lo haga debéis decirle "gracias". Hay que decirle "gracias" con firmeza, con decisión, salvo que tengáis nada especial que hacer aquel día.

Pues sí es cierto que la mayoría de los actores poseen una opinión definida acerca de su "mejor papel", ninguno será capaz de decíroslo concretamente. No pueden. Del modo mismo que pintar un cuadro magistral y escribir una novela perfecta, representar el papel ideal es un fuego fatuo estético. Ello está siempre, según dice Lubitsch en su "Montecarlo", más allá del horizonte azul.

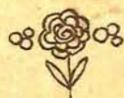
Lo que le ocurre al actor amigo vuestro me ocurre a mí. Yo también tengo mi papel predilecto, pero no acierto a deciros concretamente cómo lo representaría. No es como decir: "Me gustaría caracterizar a Cleopatra". No se trata de un solo papel, en mi caso, sino de una combinación, de una mezcla de uno dramático y uno cómico hasta la hilaridad.

En mis películas más recientes, "El amor entre los millonarios", "Su noche de bodas" y "Sin límite", mis papeles se acercan a la combinación ideal. Las tres películas mencionadas son comedias ligeras, a base de una situación dramática.

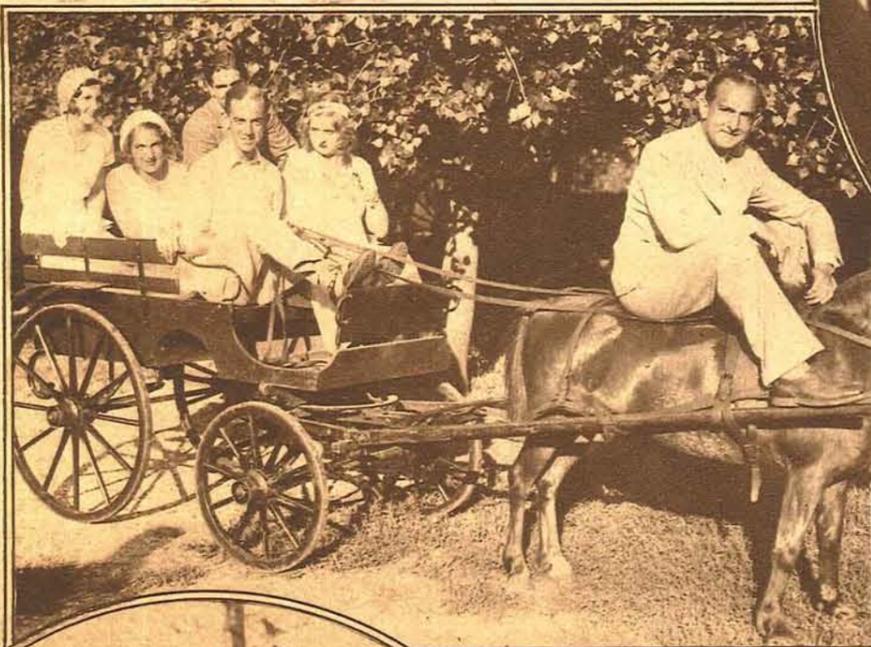
Clara Bow



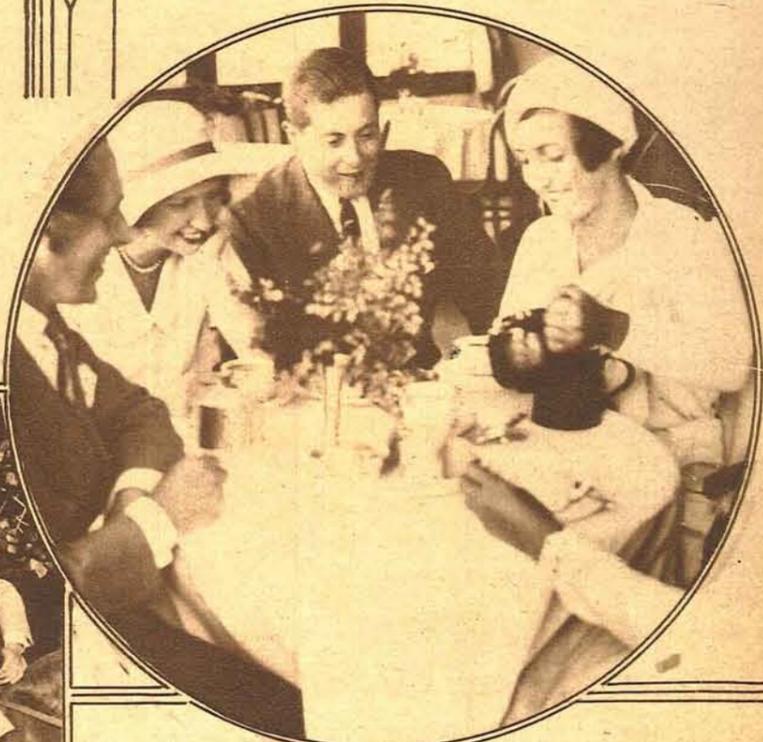
Los "dineros" de caridad en el Club Mar del Plata motivan reuniones muy animadas. Mesa ocupada por Alejandro E. Leloir, Carmen Carballido de Pueyrredón, Joaquín S. de Anchorena, Sara Josefina Anchorena de Leloir, Gustavo A. Pueyrredón y Enriqueta Salas de Anchorena.



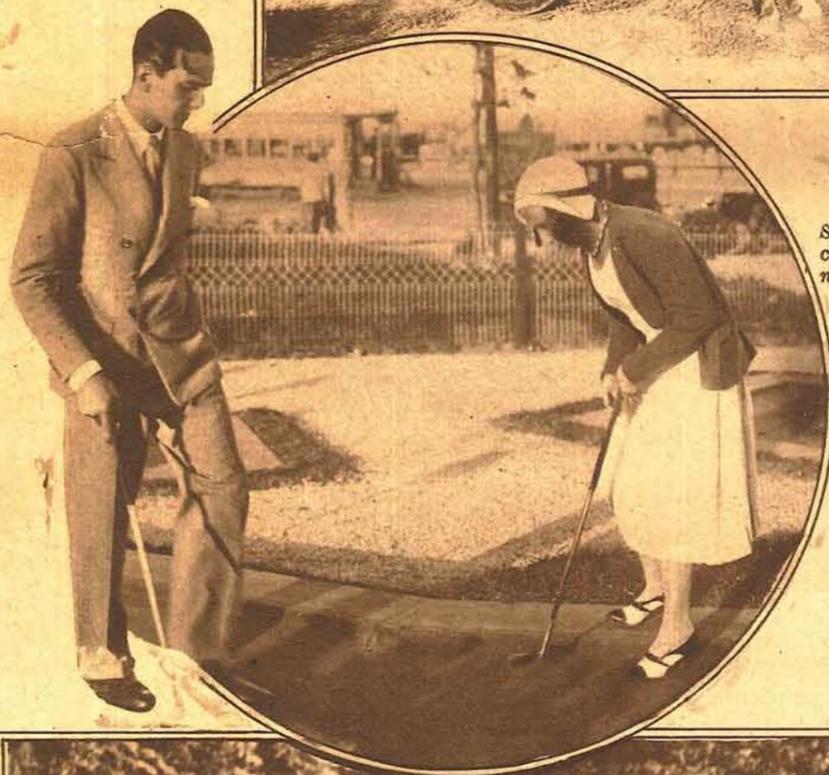
Un grupo animoso en la quinta "Las Rosas".



ACTIVIDADES SOCIALES EN MAR DEL PLATA



La terraza del Pigeon Club, a la hora del té, reúne buen número de familias. Raúl Chevalier, Emina de Elia, Carlos Olazúbal y Mercedes Alvear.



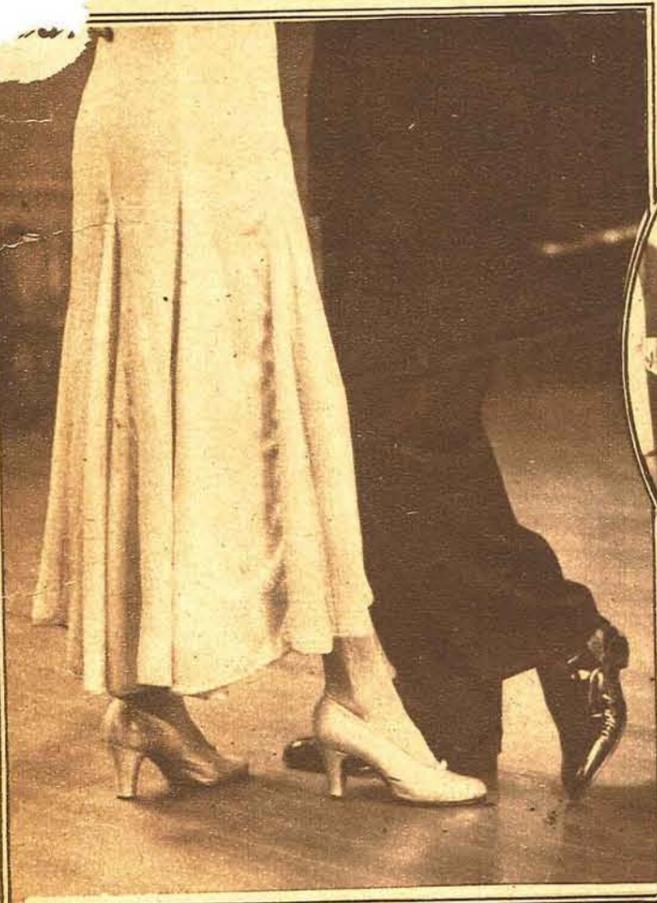
Santiago Sánchez Elia y Ernestina Larreta Lavallol.



El golf miniatura continúa señalando el éxito de la temporada. Srtas. María Carmen Cossio y Teodolina de Alvear.



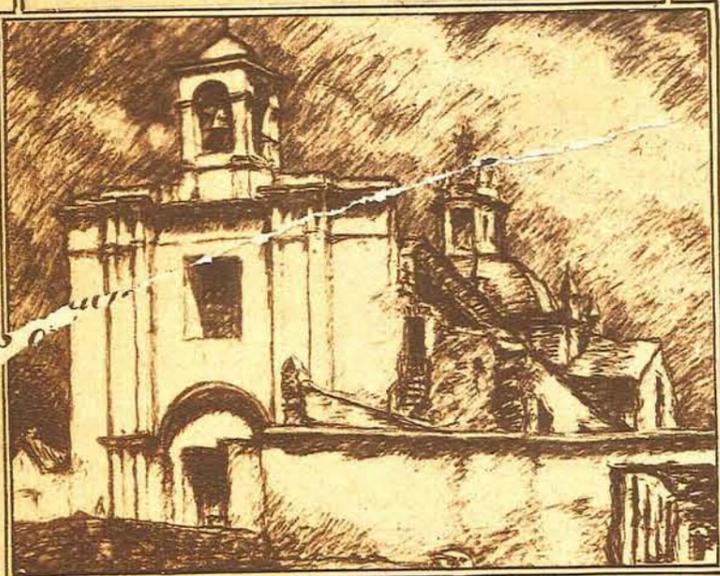
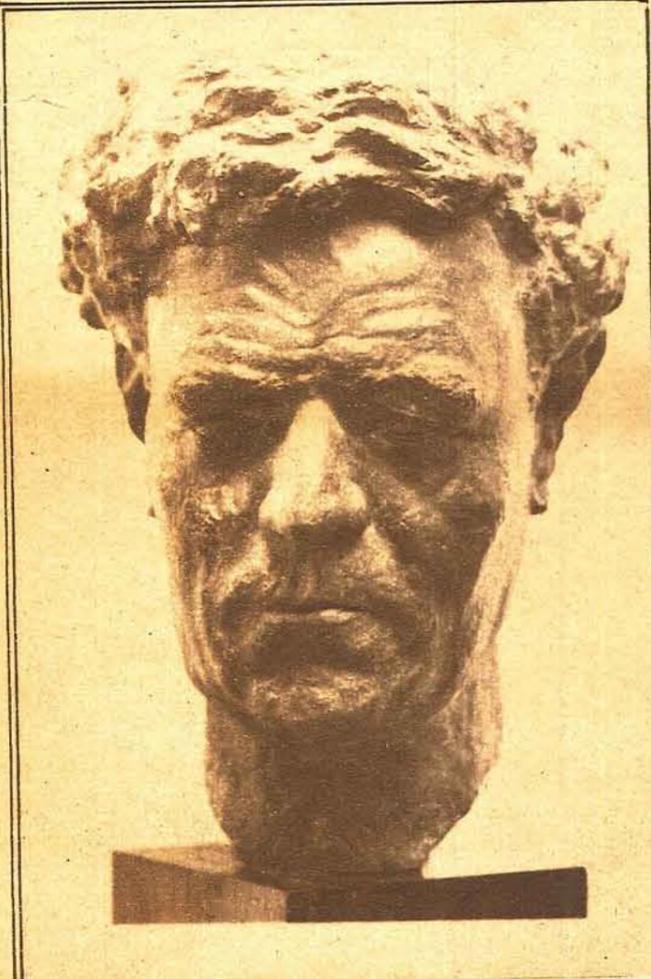
Agradables paseos en las residencias particulares. En su quinta "Las Rosas" ofreció una doña Elisa Magdalena Peña de Uribelarrea. De izquierda a derecha: Alejandro Ayerza, Sara Zorraquín Becú, Estanislao Uribelarrea, Elisa Cabral Hunter, Carlos Aberg Cobo, Mercedes Ayerza, Federico Peralta Ramos, Isabel Uribelarrea, Raúl Ledesma, Gloria Rodríguez Alcorta, Miguel Riglos, Teresa Blaquier Unzué y Arturo Santamarina.



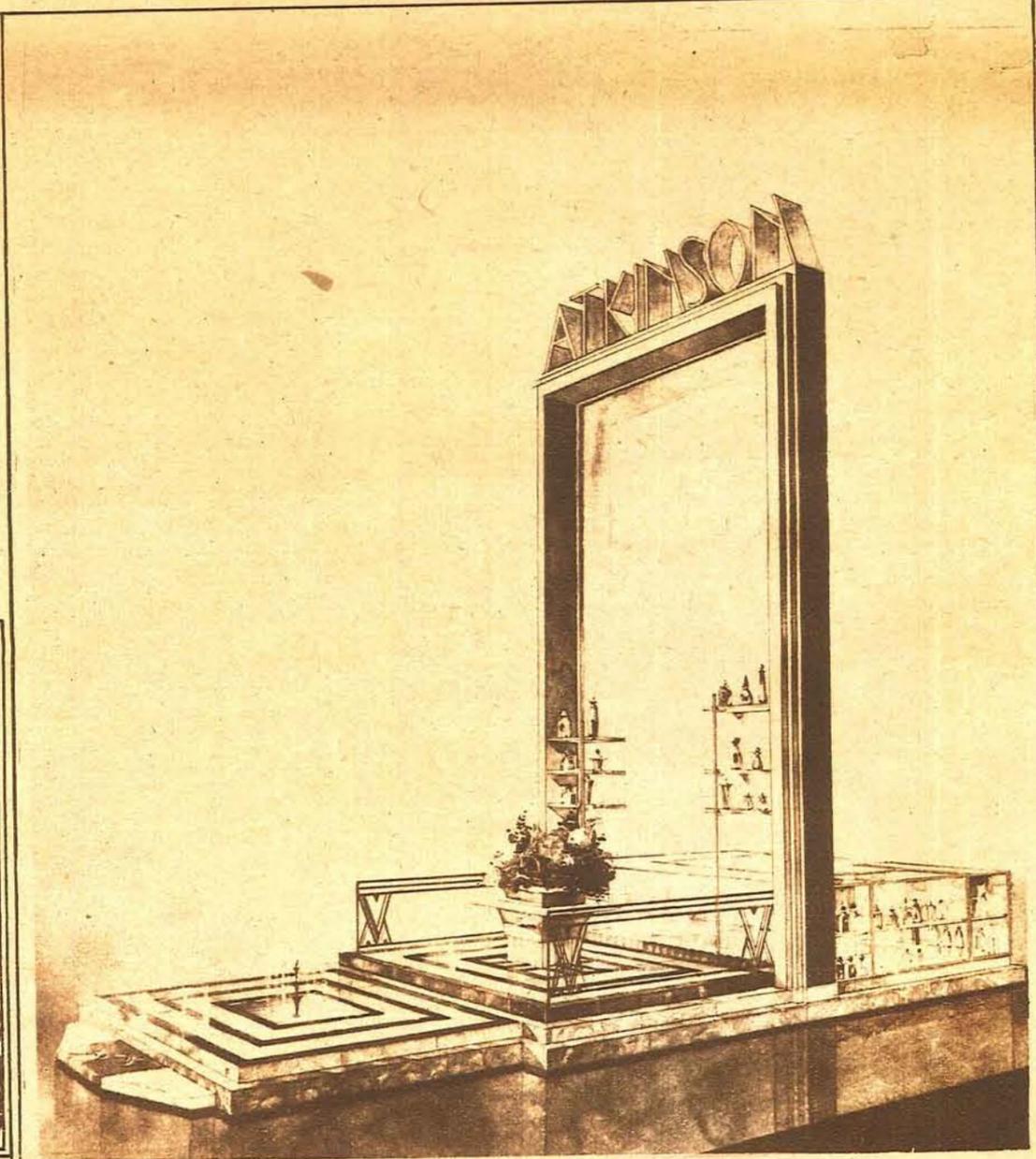
La "Nova", mazurka moderna ideada por el bailarín francés Servinska, que ha tenido gran aceptación en París. Tres figuras de la danza



Cabeza en bronce del músico Eduardo Fabini, por H. Rossi Magliano, adquirida por el gobierno español para el Museo de Arte Moderno, de Madrid.



"Iglesia de San Isidro", obra de Luis Gowland Moreno, exhibida en la Exposición de Arte realizada en los salones de La Cumbre Golf Club y que adquirió el gobierno de Córdoba para el Museo Provincial.



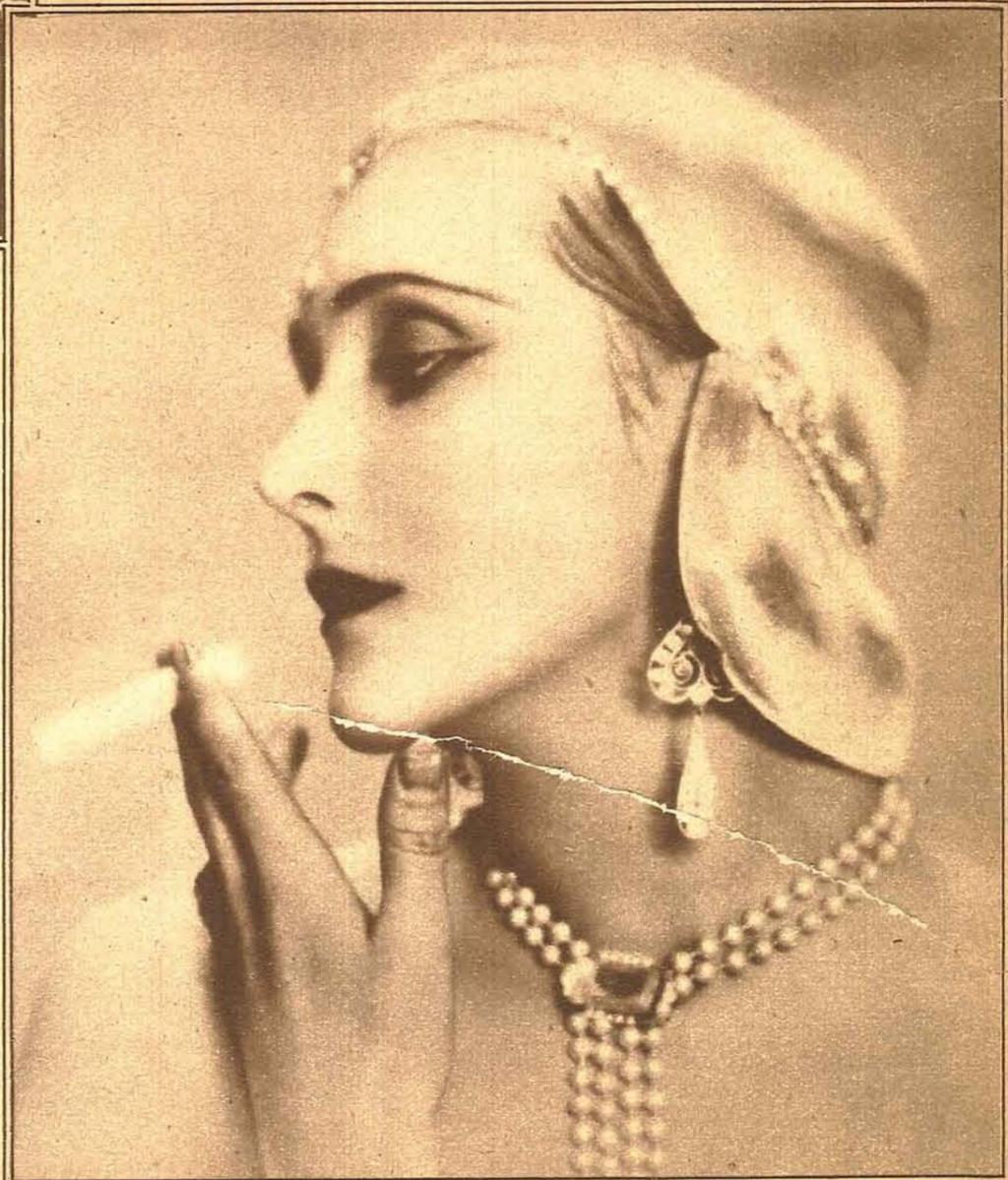
UN STAND DE EXTRAORDINARIA BELLEZA EN LA EXPOSICIÓN BRITÁNICA.—Dedicado a los conocidos perfumes "Atkinson", es muy digno de visitarse por constituir una verdadera revolución en materia de "stands". Su concepción arquitectónica es única. El golpe de vista que ofrece es magnífico y la combinación de luces, aguas y colores revela un esfuerzo excepcional en construcciones de esta naturaleza. Como estilo moderno es una verdadera joya. Este "stand" está situado en el Pabellón N° 8.



Mlle. Martha Salm, representante del principado de Liechtenstein en el torneo internacional de belleza realizado en Paris.



Mrs. Rex Ingram, esposa del famoso director cinematográfico.



La baronesa Edith von Winterfeld, de la sociedad berlinesa, que desempeña el papel principal en una película alemana que se está filmando.

¿No Conoce Usted

"GETS-IT," El Maravilloso Callicida?

APLIQUESE unas cuantas gotas al callo irritado. A los dos o tres días se desprende fácilmente y sin dolor. "GETS-IT", el callicida universal, nunca ha fallado.

"GETS-IT"

Chicago, E. U. A.



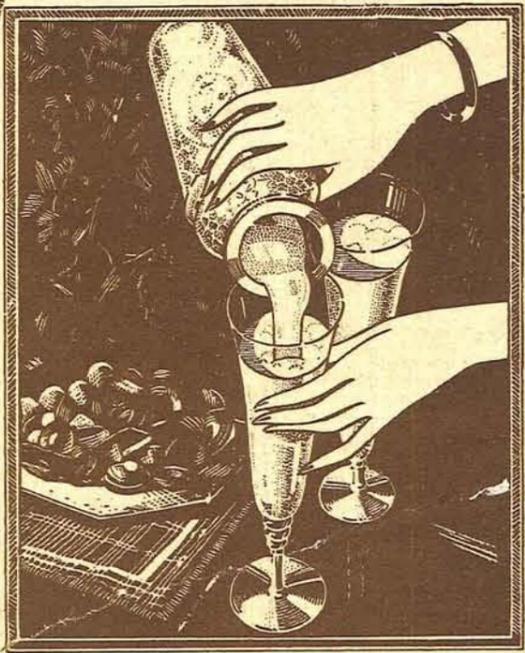
... a el salón
y para la playa



Cómo quedan las más populares artistas de la pantalla en traje de "soirée" y en traje de baño: ONA MUNSON.

LEILA HYAMS

Un alimento que presta a la humanidad salud, fuerza y energía



Con Toddy se está formando una generación más optimista

TODDY para los niños, es un alimento poderoso en la edad del desarrollo. Duplica el valor alimenticio de la leche, haciéndola deliciosa al paladar, totalmente digerible, y permitiendo que los niños la tomen con el mayor agrado.

Para las futuras madres, Toddy es un reconstructor de las células, que dan vida y son necesarias para el desarrollo del nuevo ser, contribuyendo a que más tarde puedan dar a sus hijos una lactancia sana, rica y abundante.

Para los hombres de negocio, Toddy es un creador de energías, vitalidad y fuerzas. Vigoriza el sistema nervioso y despeja el cerebro, reconstruyendo las células agotadas por el trabajo mental o físico.

Para los enfermos y convalecientes, Toddy es un alimento que proporciona al cuerpo materia mineral, para la sangre, hueso y nervios; proteínas para los tejidos y músculos; vitaminas para el desarrollo; apetito, vitalidad y resistencia ante las enfermedades; carbohidratos para las energías.

De venta en almacenes y farmacias en tarros de 1/2 y 1 libra.

Distribuidores Generales: POLLEDO & Cia., Bmé. Mitre 1352

Toddy es una preparación científica, a base de extracto de malta y proteína de leche. Se sirve con leche: caliente para el desayuno o merienda; frío a todas horas.

TODDY

una comida en cada vaso

Si su proveedor no tiene Toddy, haga su pedido mediante el cupón adjunto. Lo atenderemos a vuelta de correo y le enviaremos, además una coctelera GRATIS.

Sres. TODDY Co. of ARGENTINA M.N.S.
Moreno 1249 — Buenos Aires

Sírvanse remitirme un tarro de 1/2 libra de Toddy. Adjunto \$ 2.— en... que incluyen 50 centavos por franqueo certificado y embalaje. Además, GRATIS la coctelera que ofrecen.

Nombre.....
Calle.....No.....
Localidad.....F. C.....
Nombre del almacén o farmacia de quien Vd. compra.....
Calle.....No.....

MUCHO CUIDADO CON LAS IMITACIONES.

La náutica infantil en Mar del Plata



Los botes y los sandolines tienen preferencia entre los pequeños veraneantes que, a menudo, inician con probado entusiasmo audaces incursiones mar adentro.



De pronto se ve surcar las aguas a dos veloces ciclistas que, a lo lejos, parecen haber logrado el don bíblico de pasear por la blanda superficie sin hundirse. El fotógrafo indiscreto se ha acercado lo suficiente para probar donde estaba el truco.



He aquí una personita feliz. Ha logrado perderle el miedo al agua, en mérito a la absoluta seguridad del complicado medio de locomoción que ha elegido.

Los que sostienen que el "yachting" es sport para mayores se asombrarán ante las proezas de los cuatro pequeños "piratas" que se han apoderado de este dingy y se disponen a iniciar un azaroso crucero.



EL LIBRO DE MI VIDA POR LA CONDESA DE NOAILLES

(Derechos adquiridos por LA NACION)



LA CONDESA DE NOAILLES EN UNO
DE SUS RETRATOS MAS RECIENTES

Previo adquisición de los derechos respectivos, LA NACION comienza a publicar hoy la historia de su vida que acaba de escribir la Condesa de Noailles y que aun no ha sido editada en volumen en su texto francés. Mediante el acuerdo celebrado entre la insigne poetisa y este diario, los lectores argentinos gozarán, así, del privilegio de conocer la obra bastante tiempo antes de que pueda aparecer en las vitrinas de las librerías parisienses.

Aun cuando la personalidad y la producción literaria de la autora ilustre de "Los deslumbramientos" y "El corazón innumerable" sean bien conocidas en el ambiente intelectual argentino, no es inoportuno trazar una breve semblanza de esta gran escritora, indiscutiblemente la primera figura femenina de las letras francesas contemporáneas, al lado de cuyo nombre, en los tiempos modernos y dentro de la misma literatura, sólo puede escribirse el de otra gran inspirada: Marcelina Desbordes-Valmore.

La autora de "El libro de mi vida", que por su casamiento con el conde de Noailles lleva un nombre glorioso en la historia de Francia, desciende por línea paterna de la casa valaca de los Bibesco, habiendo sido su abuelo un hospodar de Valaquia que se unió en matrimonio con una princesa moldava de raza griega. A la aristocracia del talento, que tan exquisitamente certifican sus poemas, se une así en Ana Mathieu de Noailles la del rancio e ilustre abolengo en una conjunción ciertamente excepcional.

"Madame de Noailles—escribía "Jean Paul" hace diez años en una correspondencia a LA NACION—no canta como los otros líricos los gozos y las tristezas de "su" amor; canta la Vida, la Vida cuyos espectáculos y sensaciones la fascinan. Le dirige himnos al sol, expresa la turbación y el placer que un hermoso día provoca en su ser, celebra los frutos, los perfumes, ¡hasta las legumbres!". Alguna vez habló, en efecto, de "su hermano el pámpano y su hermana la grosella" esta poetisa de alma pagana a la que no son ajenos, empero, los más hondos fervores cristianos; esta admirable mujer de Francia que trazó su propia semblanza cuando dijo, en serenas estrofas:

"J'écris pour que le jour où je ne serais plus
on sache comme l'air et le plaisir m'ont plu,
et que mon livre porte à la foule future
comme j'aimais la vie et l'heureuse nature.
"Attentive aux travaux des champs et des maisons
j'ai marqué chaque jour la forme des saisons,
parce que l'eau, la terre et la montante flamme
en nul endroit ne sont si belles qu'en mon âme..."

ardiente encerrado en mis venas. La seguridad más enérgica prestábame un apoyo total. Desde lo alto de una zona sin bóveda descendía yo hacia las cosas, fraternizaba con los elementos. Que tuviera yo todos los poderes, el exceso de mi deseo, la ausencia de contradicción me lo afirmaban. Tenía la seguridad de ser capaz de caminar sobre las ondas. A veces, a orillas del lago Lemán,

cuando la tabla tibia de un agua azul festoneada de espuma me invitaba a recorrerla, veía reducirse tan estrechamente el lazo tiránico que nos ata a la existencia, que me sentía vacilar con preferencia igual entre la vida y la muerte. Como bien puede imaginarse, el mandato invencible de la vida vencía, pero yo me hallaba al margen de esta decisión; permanecía, pues, sin culpa, sin flaqueza, sin falta para con la extravagancia.

La luz me hizo trepidar de admiración desde mis años primeros. Elevaba hacia el sol, en el mutismo de la impotencia infantil, plegarias susurrantes de amor que hallaban su incienso en la salvia aterciopelada, en los ruibarbos pródigos, en los acantos purpúreos del jardín paterno. No solamente el esplendor del día tenía como inclinada bajo su yugo irresistible, sino que, atemorizada por la fúnebre apariencia de las noches de constelaciones insistentes, por esa tribu bohemia de los astros extraviados y como sin refugio, bendecía yo el fuego cautivo de las moradas, el de las lámparas, el del hogar. Durante mi adolescencia asusté muchas veces a mis amigos por el tranquilo impulso con que golpeaba, en la chimenea, con la punta de un liviano botín o un zapato dorado, el leño incandescente. Me acercaba al hogar con petulancia absurda pronunciando estas palabras presuntuosas, sinceras siempre: "¡El fuego y yo nos conocemos!" Por causa de estas imprudencias espontáneas se vieron socarrados y consumidos los bellos "pinceaux" de una "fourrure" de cibelina que hacía peso en los bajos de una capa y, una noche, unos volantes de encaje se apagaron, chamuscados y rojos, entre las manos llenas de premura de espectadores menos incomodados contra mí que impresionados.

Cierto es que mi intrepidez no ignoraba lo que la audacia y el peligro añaden de seducción a la debilidad femenina. La pusilanimidad, real o fingida, los desfallecimientos, el miedo, los gritos, tienen el mismo prestigio: no me privaba tampoco de ellos. Siendo aún no más que una niña pequeña deseaba atraer la ternura de los hombres, inquietarlos, ser salvada por ellos, morir entre todos los brazos...

No se me oculta la dificultad que hallaré en narrar mis recuerdos. Cuanto más vivaz, colorida, rigurosamente fiel, es la memoria,

NO me ha importado nunca decir la verdad; el sentimiento de lo evidente, de lo razonable, del equilibrio, comunica a quien lo posee una altivez en la que no cabe vacilación ni remordimiento.

Es un pacto concertado, desde el albor del espíritu, con uno mismo, con lo que se adivina que ha de ser la fuerza, el honor, la misteriosa duración. Porque el hombre se siente eterno y ajusta su vida a esa ficción aunque más tarde, asaltado por la laxitud, oprimido por la clarividencia, deje ya de sentirse eterno, eternamente...

Hoy, por vez primera, en el momento de narrar los recuerdos, tan precisos, de mi existencia, la robusta y pura verdad me parece delicada y temible. Tiene exigencias, y puede obligarnos tanto a enaltecernos como a causarnos daño.

Para no faltar a la sinceridad me resultará necesario en ocasiones no ser modesta, describir lo que es, en una niña, la vocación, la predestinación, y develar así la alianza de la humildad cándida y grave con un orgullo poderoso. "No igualamos a nuestros pensamientos", escribía Bossuet. Esta afirmación, que empieza por seducir — porque el ser activo siéntese el servidor incómodo de su vigor espiritual —, deja de ser exacta cuando se medita acerca de ella. La pasión, el instinto, lo subconsciente imperioso y caritativo, transportan a los espíritus dotados de todos sus amores por sobre su razón misma. A favor de una aptitud que me he visto obligada a verificar desde mi infancia, he igualado, he pasado a mis pensamientos, he volado por encima de ellos. Por muy atada que estuviese a la inteligencia, y hasta sentirme como en prisión, y voluntariamente, entre las cadenas movibles pero inexorables de la lógica, he conocido un más allá de lo posible. Una especie de embriaguez plena me instalaba a menudo suavemente en un dominio en que el corazón se desborda, en el que la criatura, libre ya de toda sensación de obstáculo, dispone de un universo sin leyes y, semejante a los dioses, ejerce todas las virtudes pródigas.

No pensaba yo siquiera en combatir la temeridad que nacía de mí misma, del licor

mas se hace oportuno imponerte un ritmo bien regulado. Quisiera ella brincar, ofrecerlo todo, lanzarse hacia adelante, volver atrás. No es ésa su misión. Se espera de ella un relato ordenado y que, empero, conserve las sinuosidades y la palpación del instante mismo en el que luchamos contra las circunstancias o concertamos una alianza con ellas. Cuántas veces he suspirado desde el fondo de aquel lecho en el que, desde mi adolescencia, hube de soportar languideces crueles: "¡Ah! ¡Si pudiera yo enviar esta cabeza mía al impresor!" Si; si los pensamientos pudieran pasar directamente de la substancia que los engendra a la página tipográfica; si los arabescos del espíritu se inscribiesen en una hoja como el helecho de las variedades infinitas se dibuja en el herbario del sabio, tendríamos quizá la huella de la verdad. Y sin embargo, ni este mismo libro sería exacto. No reproduciría la delicada o violenta acrobacia de la idea, la meditación, la audacia, ese estado de universo, diría yo, que, a excepción de en el sueño, no me ha abandonado jamás.

Me resuelvo a escribir unas memorias más que lo deseo. Un poeta sobre quien toda la felicidad y la desgracia del mundo se abatieron, que, a fin de ser más veraz, se expresó con una especie de humilde impertinencia para con los léxicos y los diccionarios reuniendo los vocablos como se aborda al transeúnte, al desconocido, del que se espera pronta ayuda, cree haberse dado por entero en lo que tiene él de individual y en lo que la poesía contiene de universal. Al escribir mis poemas, en el exceso del placer o del sufrimiento, me parecía que describía para los demás no solamente la altura y el abismo en que la vida me situaba, sino también que les describía los lazos del camino y las razones que me conducían. Un alma transparente, pensaba yo, en la que se afirma la vida con tal fuerza, que ama tan poderosamente lo que ama y que ama incluso lo que podría no agradarle, es persuasiva, convincente, contagiosa. Me equivocaba. Pocas personas nos conocen. Puede ejercer influencia sobre otro, impregnarle, inundarle incluso, pero no se le traspasa, no se interrumpe en él su solitaria y dura continuidad por la cual nos es contradictorio; solamente la pasión, su ferocidad, su aquiescencia a todos los sacrificios, consiguen mezclar los seres. De ahí, sin duda, esa tentación perpetua del amor y esa necesidad de una tiranía y una servidumbre alternadas que permiten la destrucción, la absorción de lo que se codicia. La extrañeza que me han procurado las más de las veces las interpretaciones más deformadoras, esa ausencia de nosotros que se advierte en la mayor parte de las biografías, me decidieron, por fin, a pronunciarme yo misma.

El beneficio de la escritura personal radica, probablemente, en que se advierte en ella el sonido de la voz, la emoción carnal, las vibraciones físicas, la respiración. Oigamos el grito defensivo de un filósofo irritado: "¡El estilo es inviolable!" Tan justa es, en efecto, esta apreciación como justo verificar la unidad de todo individuo. ¿A quién solicitaríamos que fuese nosotros, que nos representara, que nos revelara en los movimientos de nuestra inteligencia y de nuestras pasiones? Nuestras flaquezas, incluso, queremos verlas marcadas con nuestros temblores y nuestros afanes, cargadas de esas sacudidas de energía, de esas resurrecciones poderosas que nosotros solos conocemos y podemos expresar.

"¿Quién telefoneará cuando yo haya muerto?", he exclamado a menudo al oír a mi lado a una voz prestarme el servicio de reemplazarme. Aquellas blandas o tímidas palabras, aquellas vacilaciones, aquella línea ondulante de la voluntad, aquel duelo horro de vigor con un silencio adverso, no, aquello no era yo. Si aquellas voces hubieran tenido que interpretarse a sí mismas habrían sin duda respondido con perfección al deseo del interlocutor. Mas para quien espera, para quien no quiere nada más que a nosotros, para quien cifra su anhelo en apagar en nosotros el hambre y la sed, ¿de qué valen tales disfraces? Y yo misma, severa conmigo misma, he podido decir a menudo, en mis instantes de fatiga grande, de inercia sin remedios, de desengaño y de espanto justo ante la nada de lo ínfimo

como de lo infinito: "Me considero inútil, pero irremplazable".

I

Nací en París. Estas pocas palabras me confirieron, desde la infancia, tan sólido contento, me construyeron a tal punto, sorbí en ellas la noción de una suerte tan particular que habría de presidir toda mi vida, que podría repetir este verso de Verlaine:

"L'amour de la Patrie est le premier amour..."

Ilustraré así una de mis verdades, porque se advierte bien que el poeta tiene el privilegio de ser múltiple, de poder demostrar su sincera abundancia, de no estar encerrado en nada. En él, la veleidad, el "double choix" no significa contradicción, sino prolongación del razonamiento y desarrollo de la sabiduría. Los sentimientos que habré de describir lisa y llanamente no serán, pues, jamás simples, en absoluto, cualquiera que pueda ser su nitidez aparente.

Nací en París, boulevard de Latour-Maubourg. No he conservado el recuerdo del lugar preciso en que se alzaba la mansión

*C'est un des grands bonheurs
de penser que sous la Croix
du Sud, constellation que je
révois toujours de l'anneau des
étoiles et des cœurs emplis de
la plus noble et noble poésie
- et dont quelq'un un jour nous
illustres au sein - vont avec bon
accueil avec affection le vent
que je leur fais de noie.*

Paris, 13 Janvier 1931

UN AUTOGRAFO DE LA INSIGNE
POETISA PARA "LA NACION"

"Es una gran dicha para mí pensar que bajo la Cruz del Sur — constelación que siempre he soñado conocer — espíritus y corazones llenos de la más natural y noble poesía — algunos de los cuales son mis ilustres amigos querrán acoger con afecto el relato que les hago de mi vida". — CONDESA DE NOAILLES. — París, 13 de febrero de 1931.

encristalada como un cálido invernáculo que mi madre me describía a menudo, ante la cual me condujo un día, y en la que pasé los primeros meses de mi vida. Mi memoria despierta en un opaco hotel de l'Avenue Hoche, espacioso y alto, en el que serpeaban unas escaleras recubiertas de lana roja y a las que sobrecargaban y enfloraban los rosas, los verdes, los azules marchitos de los tapices de Oriente. El salón más importante del hotel estaba tapizado de peluche color turquesa, amueblado con canapés y sillas doradas, y dos grandes pianos exhibían, uno junto al otro, el desierto "laqué" de sus reflejos de palisandro bajo una alta palmera que languidecía. Las plantas verdes de las habitaciones me han entristecido desde entonces, en recuerdo de mi primera infancia, como la fiera sumisa del circo, como la malabaresa que compra sus provisiones en los tenderetes de un mercado de París.

De otro lado del vestíbulo, un "boudoir" oriental brillante, sonoro, "tintant", podría yo decir, como unas joyas de bazar, precedía a una galería en la que se enmarcaban en el roble tallado unos retratos de abuelos portadores de cetros y coronas. Abuelos paternos que reinaron en el Danubio y en los Cárpatos, temperados por la sangre más delicada de sus madres y sus esposas griegas. Su leyenda, que mi padre me explicaba, mostrábamelos todopoderosos e implacables. Sin embargo, uno de ellos tenía entre las manos una paloma.

Paris, 13 Janvier 1931

Sentía yo, al mirarlos, que habíame alejado de ellos desde siglos antes para convertirme en la niña nueva, toda nueva, de l'Avenue Hoche y de un jardín de Saboya. Este austero camino genealógico formado por rostros sombríos iba a dar a una veranda de maderas "vermeil" que se me antojaba fascinadora. Unas flores de seda adornaban el leve enrejado romboidal. Un diván de media luna inflaba sus almohadones de gasa de Turquía, y unos amplios vanos contemplaban l'Avenue Hoche en su sentido más largo, más puro, más noble, como diríase de un río.

No obstante, aquella rica decoración ciudadana me inundaba de desolada melancolía. Era toda piedra que aplastaba mi corazón oprimido. Los muros del secreto Tattersall que encerraba misteriosamente un mercado de lujosos caballos hacía un "vis a vis" lejano a nuestra casa. El Tattersall, paisaje circunspecto y pétreo de mi infancia, ya hoy ha desaparecido. Le estaba agradecida de que no tuviese más que una mediocre altura que no me privaba de la vista del cielo. Todas las mañanas, a la hora en que la algarabía del carro del lechero penetraba en nuestro sueño infantil y le perturbaba, la poesía de las campanas emanaba de una invisible iglesia hundida en el conjunto gris de las edificaciones, y me consolaba del amanecer.

No amaba la residencia elegante de mis padres, no amaba l'Avenue Hoche, a la que apreciaban y honraban considerablemente los parisienses, víctimas de las perspectivas o de las ruidosas avenidas. Aquel aspecto de mausoleo, de cementerio realzado que tenía nuestro horizonte, con aquel avaro oxígeno que nos distribuía, no me parecía ser el lugar razonable en el que se desarrollan el cuerpo y el espíritu de los hijos de los hombres. Y, sin embargo, en la primavera, la naturaleza, expulsada tan duramente de las ciudades, se esforzaba en aportarnos su mirada, su tibio apretón de manos, su aliento. Los plátanos robustos del barrio de l'Etoile alegraban con sus brotes la gris avenida desde el mes de abril, florecían en junio y dejaban luego rodar por las aceras sus frutos delicados, una especie de blandas nuececillas espinosas, de un verde placentero. Pero ni aquella ofrenda débil ni tampoco la vecindad del parque Monceau, en el que, empero, abundaba, tajado en porciones, el césped, me convencían. Advertía yo, con la tristeza amarga de las profundas lealtades y de la esperanza traicionada, la diferencia entre el don que hacen las ciudades y el que brindan las generosas campiñas. Me daba cuenta de que en el parque Monceau, orgullo vegetal de nuestra vecindad, una columnata en ruinas, falsas, rodeaba un estante de color "grége" en el que unos cuantos cisnes y unos patos de tintes franciscanos, prestigiados por una luz "lofósforo", resignábanse a la nostalgia desdeñada de los animales. Escuchaba el lejano y triste esfuerzo del ómnibus y percibía, rodando en las enarenadas avenidas del parque, unos coches de alquiler sorprendentes por los deterioros del caballo, el calabozo encristalado del vehículo y las blancas pelerinas escalonadas del cochero, mientras que, a lo largo de las praderas ahitas de nodrizas y de niños, unos "sergents de ville" parecían dar órdenes a los gorriones.

Era yo un corazón al que no se engañaba. Amaba la naturaleza. Niña, tuve hambre y sed de ella, no quería más que ella. Lejos de ella, moría, y el chalet, las carreteras, el lago, las colinas de Saboya, me causaban, cuando estaba entre ellos, una embriaguez y, cuando me alejaba de ellos, una angustia de la que dependían mi salud, mi condición secreta, enigmas que una niña, en su bravura misteriosa, no escruta. En las calles de París, mi espíritu, labrado con precisión, se representaba el penacho violeta de la escabiosa, su aroma ahilado, la mariposa blanca estriada de negro que se escapaba de ella, el cerezo silvestre de exiguas cerezas, el cordero de las praderas empapado en rocío, tan apasionadamente, tan desesperadamente como el amante ve, soñando y bajo la influencia del deseo, la cabellera rizada de la joven a la que espera lograr sin tener de ella la certeza formal.

(Continuad.)

EL FUTURO SOBERANO DE GRAN BRETAÑA

Por SIR PHILIP GIBBS

CUAL será el destino de este joven, del Príncipe de Gales, que ha conquistado el corazón del mundo entero por una combinación excepcional de cualidades y supremas dotes de personalidad? ¿Cómo se adaptará a los deberes de soberano cuando pese la corona sobre su juvenil cabeza y su cabello rubio que tiene destellos de oro? ¿Sentirá acaso agobiado por ese peso y perderá su individualidad, su buen humor, su despreocupada galantería en la atmósfera mortal de la etiqueta real y la interminable rutina de las tareas regias, aniquiladora para todos los que no poseen un carácter muy enérgico?

Hay algo extraño, asombrosamente poco común, en este joven. No se exagera al decir que ha sido adoptado por todo el mundo como Príncipe de la Juventud. Cuando se anunció la enfermedad del rey Jorge, no fueron solamente los pensamientos del pueblo británico los que volaron hacia las regiones selváticas de África donde el Príncipe seguía el rastro a la caza mayor, ni se sintió tan sólo en Gran Bretaña la impaciencia suscitada por cada etapa de su viaje de regreso al país, cuando el Príncipe superó los "records" por ferrocarril y vapor, sin demorarse siquiera en abandonar sus ropas de cazador para acudir a la cabecera de su padre.

Los norteamericanos le dedicaron el primer lugar en las noticias cotidianas. Los alemanes, de quienes podría suponerse que le odiaran, si aun creyeran en el odio, le llamaban "el Príncipe", como si les perteneciera, y hablaban de él, según tengo entendido, con cariñosa admiración. En Francia ocurre lo mismo. Se oyen siempre aclamaciones cuando su imagen aparece en la pantalla, tanto en París como en provincias. Creo sinceramente que no hay país en el mundo en que un retrato del Príncipe de Gales o alguna noticia relacionada con él no haga brillar de alegría los ojos de hombres y mujeres, viejos y jóvenes. ¡Mágico don!

Representa a nuestra juventud moderna, al noble espíritu sportivo, al coraje y las ideas elevadas, a la caballería y los buenos instintos y a la sonrisa y la eterna infancia de la vida.

El mundo ha oído hablar de su obstinación, pero esto le agrada. Tiene fama de galanteador y se dice que no tarda en descubrir a las jóvenes bonitas. Pues bien, aun los puritanos más severos sonríen y dicen: "Los muchachos tienen que ser muchachos", especialmente el Príncipe de Gales que se niega a crecer, como Peter Pan. Se asegura que adora la "jazz", los clubs nocturnos y las reuniones en que no se aplica estrictamente el prohibicionismo, que digamos. Es un príncipe Hal moderno — comenta el mundo — que un buen día, ¡pobre muchacho!, tendrá que volver la espalda a sus compañeros de felicidad y a los placeres frívolos para dedicarse firmemente a sus deberes de rey. "No le priven de gozar mientras pueda", dice el hombre de la calle. En todo caso, si permanece hasta muy tarde en una reunión, tomando parte de la "jazz-band", entonando canciones africanas y bailando entre copa y copa, monta a caballo muy temprano y es el primero que llega a la reunión de caza.

¿Cuál es el secreto del fervor que provoca en la imaginación del mundo? ¿Por qué capricho singular de la herencia o de la experiencia habrá adquirido ese carácter? ¿O es que se trata en realidad de un mito tejido por la imaginación en torno de un joven que no tiene nada de extraordinario? Personalmente creo que la herencia ha mucho que ver en esto. El Príncipe posee más de un rasgo de su abuelo. Muestra la misma condición de resistir a la "atmósfera cargada" que permitió al rey Eduardo escapar a la sofocante influencia que rodeó a su primera infancia en los tiempos de Victoria. Pero el carácter del Príncipe de Gales se vincula a elementos anteriores, a lo largo del hilo extrañamente enmarañado de la cadena hereditaria que lo une a sus predecesores, por ejemplo a Carlos Eduardo Estuardo, el "gentil Príncipe Charlie" de las leyendas escocesas, y al otro Carlos, que fué más tarde el "Alegre Monarca" hasta remontarse al Príncipe Hal que oía las campanas de media



DIBUJO DE ALEJANDRO SIRIO

noche en Londres mientras bebía en abundancia vino de las Canarias en compañía de Falstaff y de sus andrajosos contertulios, o hasta el joven Eduardo, Príncipe de Gales, que adoptó las tres plumas para su escudo en Crécy y conquistó sus espuelas de caballero en Francia. Por un capricho de la sangre esos espectros reviven en el joven Príncipe y contribuyen a hacer de él lo que es.

Además influyen en su carácter el ambiente y el espíritu moderno. Recuerdo haber visto al Príncipe en la mañana del día en que su padre fué proclamado rey por los heraldos en el palacio de St. James. Era un niño — sus parientes lo llamaban David — y presenciaba la ceremonia mirando por encima de la tapia del jardín de Marlborough House. ¿Habrá comprendido entonces que un día las trompetas volverían a resonar para él y que los heraldos le proclamarían a su vez rey de Gran Bretaña e Irlanda y de los dominios de Ultramar, Emperador de la India y Defensor de la Fe? El Príncipe contemplaba la escena con admiración, abriendo desmesuradamente los ojos.

Volví a veré cuando fué investido del título de Príncipe de Gales en el castillo de Carnarvon. Bajo el cálido sol que penetraba entre las murallas del castillo, donde se habían congregado cien mil personas para esperar su llegada, apareció como una figura escapada de algún cuento de hadas muy antiguo — como un Príncipe Encantador — o de un cronicón de caballería: un niño de pelo rubio, vestido como un Príncipe medieval, de seda recamada de oro. Ese día estaba muy intimidado y solemne y carecía de la vivacidad que lo caracterizó más adelante.

La guerra desarrolló su carácter. Partió para Francia en los comienzos del conflicto, como "pichón de teniente" y fué bastante independiente hasta que entró a prestar servicios en la Guardia de Gales. Nadie se preocupaba mayormente de él. Saludaba a los generales y coroneles con el mismo respeto que cualquier joven oficial de su grado, para quien esos "pájaros encumbraídos" eran seres remotos y temibles. Lo vi saludar así en una colina, en Flandes, donde se había reunido un grupo

tud. Y encontró, como los demás, la camaradería, la risa entre las ráfagas bestiales, el sentimiento de la aventura mortal que daba más precio a la vida mientras ésta durase.

◆ ◆
Durante la guerra aprendió a reír con ese súbito brillo de malicia en los ojos, con esos hoyuelos cerca de los labios, que hacen que uno guste de conservar algunas de sus fotografías sobre su escritorio o en la chimenea. Durante la guerra aprendió a contemplar la vida con ojos de humorista, que son a veces muy tristes. Un día, cuando ya terminaba la contienda, cuando los tronos vacilaban en Europa y los reyes se deslizaban hacia el destierro, el Príncipe entró en el "mess" de la Guardia de Gales y anunció alegremente: "¡Señores, las coronas están a bajo precio actualmente!"

Lo vi dos o tres días antes de terminar la guerra, en una ciudad llamada Denain, cerca de las líneas alemanas, cuando los habitantes salieron de sus sótanos para saludar a sus libertadores. Una muchacha ofreció un ramo de flores a un joven capitán británico, que era el Príncipe de Gales. Este se inclinó, sonrió, se puso colorado y se balanceó con desasosiego. Se ruboriza fácilmente, aun ahora, lo cual es una característica poco común en nuestros días.

Después de la guerra visitó la mayor parte de los Dominios Británicos, año tras año, y ningún heredero del Trono ha conocido tan bien el Imperio como él. Tiene especial cariño por su estancia canadiense, donde vive con gran sencillez, en relaciones amistosas con sus vecinos. Después de un día de actividad en el campo le gusta mucho organizar una velada musical o cualquier clase de juego.

Durante sus visitas a los Estados Unidos se hizo muy popular y hay mucho de cierto en la divertida canción norteamericana: "Bailé con un hombre que bailó con una muchacha que bailó con el Príncipe de Gales". Creo que en los Estados Unidos gustó el aspecto de este joven. Lo consideraron como un hermoso tipo de muchacho británico, tan fuerte y tan tímido que siempre estaba arreglándose la corbata para ocultar su desasosiego cuando millares de ojos estaban fijos en él.

Este joven señalado por el destino tiene una provisión de energía nerviosa que si no es puesta en libertad provocará un estallido. Necesita hallarle derivativo en los ejercicios violentos, en la incesante actividad y en la dedicación a toda clase de juegos. Fatiga a sus ayudantes. Durante sus viajes por mar alrededor del mundo, la gran preocupación de éstos era hacer acostar al Príncipe a una hora razonable. Necesitaban dormir después de haberse dedicado a los juegos de puente hasta tener los huesos molidos. Finalmente, el Príncipe bostezaba y se retiraba a su camarote. ¡Gracias a Dios! Los otros daban las buenas noches y se retiraban, con excepción de uno o dos conspiradores. Después de media hora, más o menos, el Príncipe reaparecía, alegre y despejado, dispuesto a nuevas travesuras, un poco de música de aficionado con la orquesta y una nueva fiesta en el bar. ¡Era infatigable!

Cuando regresó de la India la última vez, a la mañana siguiente de su llegada ensilló su caballo y recorrió al galope el Row, en el barro y bajo la lluvia, antes de que los jinetes habituales hubiesen comenzado a despertarse. Después de su rápida vuelta a Londres, durante la enfermedad de su padre, estuvo a punto de helarse en la "fog", pero reaccionó jugando durante dos horas "squash rackets" en un club al cual pertenezco, casualmente. El Duque de York, que jugaba con él, no pudo competir con su terrible energía. Pocos son los que podrían hacerlo. Y es tan sólo energía nerviosa en un cuerpo aparentemente débil y delgado.

Aunque no es muy aficionado a la oratoria, cuando le llega el turno el Príncipe pronuncia un excelente discurso. El Príncipe consigue generalmente dar a la pieza de oratoria sus toques personales y ligeros, introduciendo un cuento gracioso o redactar una o dos frases brillantes. Ante una asamblea de productores y operadores cinematográficos, le oí decir esta frase: "Señores, soy materia prima para vuestra industria", y los auditores apreciaron la verdad y la gracia de su observación.

◆ ◆
No es un hombre que goza meramente de la vida, como lo creen algu-

EL PRINCIPE DE GALES "AT HOME"

Por W. y L. TOWNSEND

CUANDO era príncipe, el rey Eduardo no podía ser llamado dueño de sí mismo en el sentido exacto de la expresión. Cada uno de sus actos era aprobado y sancionado, o desautorizado,

por la reina Victoria, quien vigilaba y dirigía las actividades de su hijo con el celo fundado en las tradiciones largamente respetadas de la realeza. Desde un principio, en cambio, el actual Príncipe de Gales dió muestras de su propósito de cortar la estricta autoridad paterna; no quiere decir esto que se haya negado nunca a cualquier deseo de sus padres ni ido en contra de sus decisiones, sino que posee ideas propias y no vacila nunca en sus propósitos una vez convencido de que son buenos. En verdad, el príncipe siente el mayor respeto por la sabiduría de su padre y solicita sus consejos y su cooperación antes de dar un paso de carácter grave y trascendental. Cuando tropieza con la oposición paterna, el joven príncipe no salta por encima de los consejos que no coinciden con sus propias ideas. Su Alteza Real no tiene nada de testarudo, pero no teme defender sus opiniones frente a las ajenas y puede ofrecer siempre motivos satisfactorios y razonables para apoyar los actos que suscitan alguna oposición.

En parte a causa del espíritu de nuestros tiempos, en parte a causa de haberse apartado de la tradición en su educación juvenil, pero más que nada debido al carácter imperioso del príncipe, se ha producido el cambio de actitud y de opiniones del actual heredero del trono, en comparación con todos sus predecesores.

Dicho esto, no tiene nada de particular la vida que lleva el príncipe cuando reside en Londres. Posee métodos propios de trabajo; acepta o rechaza las propuestas que se le hacen, de acuerdo con sus respectivos méritos; se aparta de su programa prefijado cuando las circunstancias lo justifican y rara vez vacila en cancelar un compromiso particular cuando algún acto más importante exige su presencia.

Se ha dicho del Príncipe de Gales que es el hombre que viste mejor en el mundo. Esto es, naturalmente, una simple exageración y no cabe duda de que el príncipe no ambiciona ni pretende tal título. Se viste bien, por cierto, tan bien como cualquier "gentleman" inglés, porque recuerda que los ingleses han adquirido la reputación de vestir mejor que los ciudadanos de otras naciones. Con todo, el Príncipe de Gales es un modelo digno de ser imitado en materia de elegancia, pues es el más alto exponente del sencillo buen gusto y del refinamiento señorial.

El buen gusto en la elección de la ropa no es atributo exclusivo de la realeza, pues en el pasado los reyes han revelado gustos singularmente raros en materia de elegancia. El mismo rey Eduardo es culpable de haberse desviado a veces de las convenciones más arraigadas. Sin embargo, el hombre, sea príncipe o plebeyo, no debe ser juzgado en demasía por la ropa que viste. Lo mismo que el príncipe consorte, muchas personas se interesan poco por la ropa que visten y se limitan a confiar la elección de la misma a quienquiera que desee ocuparse de ello. El Príncipe de Gales, en cambio, se interesa viva e inteligentemente por su guardarropa, y si bien tiene ideas precisas y propias sobre el corte y el estilo de su ropa, y pasa de vez en cuando por alto el consejo de su sastre y su "valet", nadie puede acusarle de un exceso de originalidad en ese sentido. Sigue en gran parte su propio gusto, pero lo que caracteriza su ropa es su masculinidad.

El príncipe cuida mucho los detalles

y tiene singular acierto para producir un efecto agradable en el conjunto de su elegancia, desde la copa de la galera de felpa bien cepillada, hasta la punta de sus zapatos.

Aunque tiene dos "valets" a su servicio, cuida personalmente de su guardarropa e inspecciona regularmente sus trajes, tanto para que se conserven bien como para que su número no aumente demasiado. No le gusta adquirir más ropa de la que necesita habitualmente.

El príncipe tiene muchos imitadores en materia de elegancia, tanto en Inglaterra como en el Continente, y cualquier pequeña modificación que introduce en la moda corriente es copiada servilmente en muchas partes. Y este espíritu de imitación no se da sólo en Europa. Los Estados Unidos, en particular, se interesan mucho por las modas que lanza el príncipe y copian a menudo las innovaciones que éste introduce en Londres.

En general, S. A. R. detesta diferenciarse de los demás, pero en materia de ropa suele llevar modelos poco comunes (antes de que sean imitados) con la mayor despreocupación y no da muestras de cohibirse cuando acontece que esté vestido de otro modo que los que lo acompañan. En cierta oportunidad, asistiendo a un banquete con su padre y sus hermanos, el Príncipe de Gales era la única persona que llevaba una flor en el ojal. Le hubiera sido muy fácil quitársela sin llamar la atención, pero prefirió seguir su propia fantasía y la flor adornó su solapa durante todo el acto. Otra vez el príncipe trasgredió la costumbre popular, presentándose en una recepción vestido de "smoking" con chaleco blanco, a pesar de que durante muchos años se había considerado que lo que correspondía con aquel traje era un chaleco negro.

Hasta hace poco se consideraba estrictamente necesario llevar guantes, tanto en la calle como en las reuniones sociales. Sin embargo, el príncipe sale a menudo sin guantes, y en los bailes y las comidas ha renunciado completamente a usarlos, moda que desde entonces ha sido adoptada universalmente. Una vez el Príncipe de Gales se puso de pie, para ir a bailar, con el cigarrillo en los labios, y en ese momento todo el mundo creyó que introducía una nueva moda; pero se trataba naturalmente de una distracción del príncipe, quien pidió disculpas y corrigió inmediatamente su error.

Cuando está en su casa, anda siempre muy ocupado. Cuando no realiza alguna jira por el país, se ocupa en los asuntos de las instituciones cuyos propósitos le han interesado lo suficiente como para que les preste su cooperación activa. En los raros días en que, quizá con asombro, se encuentra libre de compromisos, S. A. R. visita a sus padres y demás miembros de la familia real. Instalado definitivamente en su propia residencia, no descuida mucho tiempo a su familia y nada le agrada más que acompañar a sus padres en sus obligaciones, cuando se lo permite su propio programa oficial.

Como todas las miradas estaban fijadas en el príncipe esperando la noticia de la concertación de su enlace con alguna dama escogida, causó gran sorpresa el anuncio de que el Príncipe de York se casaría antes que su hermano mayor. Un enlace real no deja nunca de despertar entusiasmo en los corazones de los ingleses, hombres y mujeres, y en cuanto se supo que el príncipe Alberto iba a desposarse con Lady Elizabeth Bowes-Lyon, hija de los Condes de Strathmore, todo el mundo de-

seó que llegara pronto el día en que se debía realizar la ceremonia.

La boda se realizó el 26 de abril de 1923. El Príncipe de Gales la apadrinó. Una densa muchedumbre se había congregado para ver pasar al novio cuando se dirigió a la abadía, acompañado por el Príncipe de Gales y el Príncipe Enrique. Durante todo el servicio religioso el príncipe estuvo nervioso, pero cuando entregó el anillo de matrimonio al novio parecía haber recobrado su sangre fría. Acompañó a los recién casados a la sacristía, después de la ceremonia, y firmó el pliego matrimonial.

El regalo de bodas del príncipe a los felices novios fué un soberbio automóvil. A la desposada le obsequió, además, una estola de pieles.

Desde julio de 1919 hasta noviembre de 1927, el Príncipe de Gales tuvo su residencia privada en York House, fuera del palacio de St. James. Pero no pudo aprovecharla mucho, porque mientras estaba en Londres contraía compromisos tan numerosos que sus ociosos eran más bien excepción que regla.

En otros tiempos, el palacio de St. James, que está muy cerca del palacio Buckingham, era la principal residencia real en Londres, y se dice que fué proyectado por Holbein. Las reparaciones y reformas han alterado mucho el viejo palacio y queda muy poco del edificio primitivo.

El dormitorio del príncipe en York House es particularmente pequeño, pero junto al mismo hay otra dependencia que S. A. R. utiliza como "antro". Bien a la vista, en la pared, hay una fotografía de la princesa María y un retrato al óleo de su madre. En esta pieza, que es la habitación particular del príncipe, los muebles son hermosos, pero no tienen muchos adornos y la mesa de trabajo, de austeras líneas, contrasta con el resto del mobiliario de estilo Chippendale.

Cuando el príncipe está en Londres, comienza a trabajar puntualmente a las 10. Las habitaciones del piso bajo de York House han sido transformadas en una serie de oficinas donde trabaja el personal adscrito al príncipe. S. A. R. tiene que hacer una gran cantidad de trabajos de oficina. Su correspondencia, que es muy abundante, como para todos los miembros de la familia real, es atendida inmediatamente, todas las mañanas, por el príncipe y su secretario privado. S. A. R. vigila atentamente los gastos de su casa, de modo que conceda frecuentes audiencias a su intendente, quien se ocupa de los asuntos económicos del príncipe.

La escalera que conduce al primer piso de la residencia del príncipe es ancha y está profusamente adornada con maderas talladas. Contrasta marcadamente con los escuetos departamentos modernos de la planta baja. En el primer piso, donde están las habitaciones del príncipe, reina una atmósfera muy confortable, pues allí se desarrolla la vida privada de S. A. R.; allí puede sentarse cómodamente en su sillón, leer un libro o un diario y gozar de una hora de libertad en medio de sus numerosas actividades. No hay nada espectacular en la vida que lleva el príncipe en York House. Gran parte de sus ratos de ocio los dedica el príncipe a la lectura de los periódicos, porque si bien no le interesan los escándalos, las gacetas y las noticias sensacionales, necesita prestar la mayor atención a los asuntos nacionales, a la situación económica, a las crisis políticas y demás, para cumplir mejor sus tareas.

Como todo el mundo, el príncipe se interesa particularmente por ciertas cosas y su principal afición consiste en coleccionar piezas de plata. De vez en

cuando compra libros nuevos para tener su biblioteca al día. En la paz de la noche nada le agrada más a S. A. R. que escuchar sus nuevos discos de gramófono, cuya colección contiene siempre las últimas novedades. En su repertorio figuran muchos cantos antiguos, pero la mayor parte de los discos son de ballables.

Arrellanado en su sillón, con su pipa favorita entre los dientes (el príncipe no es, en general, aficionado a los cigarrillos) y una buena novela policial, nadie es más feliz que el joven príncipe en el mundo. Dispone de una biblioteca abundante, pero aunque figuran los nombres de la mayoría de los grandes escritores en sus estanterías, S. A. R. prefiere buenos cuentos marítimos, narraciones de aventuras y novelas policiales. No niega en lo más mínimo los beneficios del estudio de la literatura de más peso, pero deja la lectura de tales obras para sus horas de trabajo. El príncipe considera más conveniente gozar de un descanso absoluto cuando ha terminado sus tareas.

En cierta época, el real soltero tuvo una afición muy viva por la fotografía, y puede mostrar muchas instantáneas interesantes tomadas durante sus viajes de antes de la guerra. También tiene fotografías de las bellezas naturales de Inglaterra y especialmente de la región que circunda al castillo de Balmoral, en Escocia. Los álbumes en que conserva estas fotografías están cuidadosamente clasificados, con minuciosas leyendas al pie de cada fotografía.

Se ha dicho que la diversidad de las aficiones del príncipe constituye uno de los motivos por los cuales no se ha casado. Este es un pobre argumento, por cierto, pues la mayor parte de los hombres casados tiene sus aficiones, que fomentan, además, sus esposas.

Algunas personas han manifestado sorpresa de que el príncipe no dedique sus energías a la literatura y cree obras de imaginación o de viaje. No cabe duda de que el príncipe podría destacarse en ambas formas de creación, pero sus inclinaciones no lo inducen a ello. Admira los métodos de trabajo de los escritores y reconoce que no sabe cómo lo "hacen". En todo caso, dispone de tan poco tiempo, que la creación literaria original excede los límites de su acción. Lo reemplaza, en cambio, por la narración verbal. El príncipe es un narrador nato; sabe crear vívidos cuadros con la palabra y, acompañándose con contados ademanes, conquista a su auditorio. Pero para apreciarlo hay que escucharlo en uno de sus buenos días, porque en general el príncipe no es muy locuaz.

En pocos segundos se adivina cuál es la vida privada del príncipe. La atmósfera de su residencia se caracteriza por su sencillez, y el observador perspicaz comprueba inmediatamente la ausencia de manos femeninas al ver su mobiliario y la disposición del "bric-a-brac" masculino. En todas partes hay indicios de que el Príncipe de Gales no es un hombre casero. Sin embargo, como nadie lo viene a interrumpir cuando se halla en sus habitaciones de soltero, el príncipe se siente feliz en su casa y quizá aprecie tanto esas horas porque sabe que es limitado el tiempo que le queda libre de obligaciones.

En todo caso, hay una cosa que no da lugar a dudas. El príncipe en su residencia de soltero no difiere en nada del príncipe activo que el público conoce tan bien, excepto que cuando está en su casa, es un poco más indulgente para consigo. El Príncipe de Gales profesa el mayor afecto por su residencia de soltero y algunos de sus momentos más felices transcurren en el aislamiento de su "antro" en York House, con su pipa, sus libros, su gramófono y su terrier "Cora".

nos, dedicado a los sports y las diversiones. Su carácter tiene un lado serio y espiritual, como se comprobará por su dedicación a una sociedad conocida por el nombre de Toc H, que enciende lámparas de recuerdo por los camaradas caídos en la guerra y realiza una vez al año una ceremonia religiosa y mística con el objeto de perpetuar el espíritu de abnegación y camaradería en la humanidad británica. El Príncipe toma parte en esas ceremonias con una sinceridad espiritual que nadie pone en duda.

Además, visita a veces los hoteles especialmente creados para los jóvenes que pertenecen a esa organización y participa de sus fiestas. No tiene em-

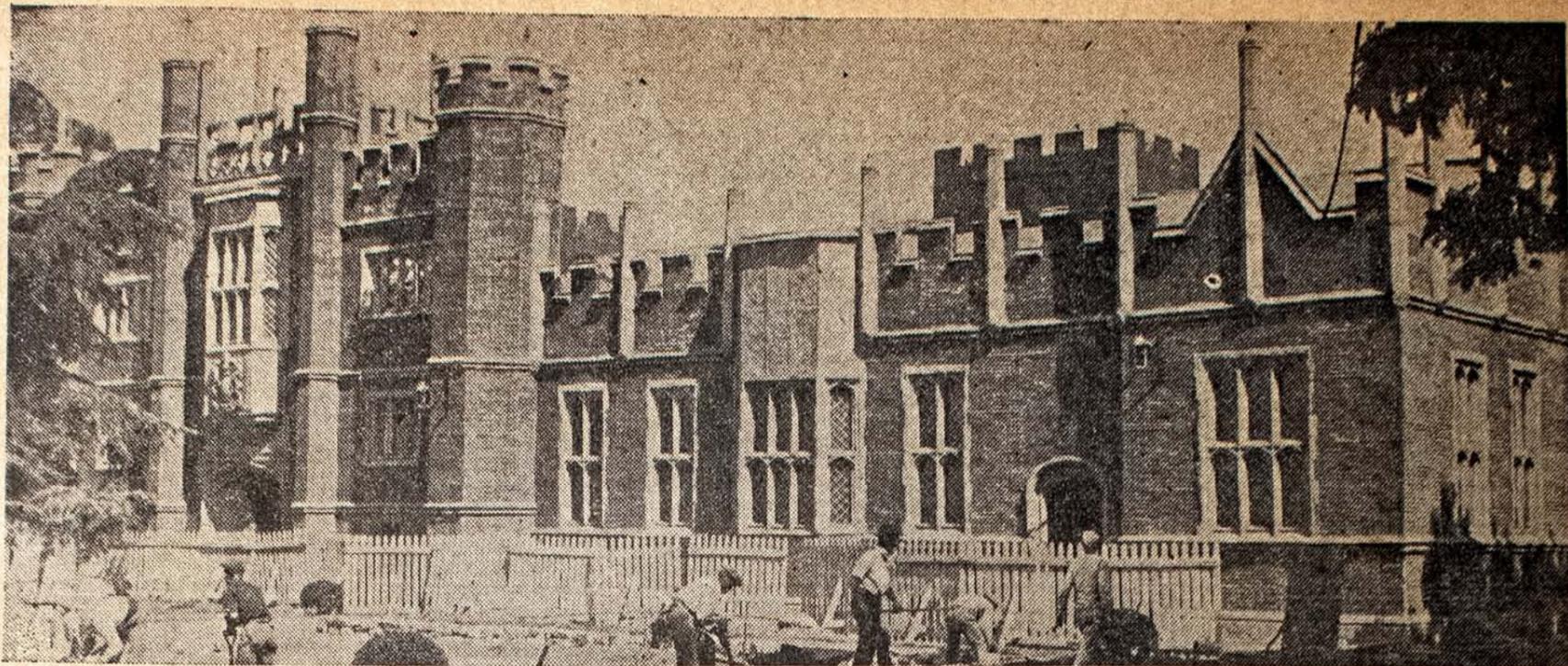
paque ninguno, a menos que alguien trate de aprovecharse de su bondad. En tal caso, deja helado al imprudente con una mirada de acero. Hablará con un caballero, con un obrero o un cochero exactamente como habla con un duque o un estudiante de Oxford. Me han dicho que el lugar donde se siente más a sus anchas es en casa de una familia británica que no posee elevado rango ni riquezas, pero donde se encuentra como en su hogar y donde todos le quieren por su sencillez y su cordialidad, que no admite ninguna ceremonia.

Estoy seguro de que cuando le corresponda la corona, alzará la frente con resolución y valor, dejando de lado

la frivolidad de la juventud sin perder su buen humor, y que se dedicará al deber y al trabajo. Su energía buscará una nueva salida en los servicios públicos. Nadie como él podrá pronunciar en Gran Bretaña palabras que resuenen como un toque de clarines en el alma de la joven generación. Podrá dirigir un llamamiento al antiguo espíritu de aventura y estar seguro de la adhesión romántica de todos sus súbditos de Gran Bretaña y de los dominios de ultramar.

Como rey, podrá cumplir las promesas que hace su personalidad como Príncipe de Gales, como dirigente en la vida social de la Nación, como camarada de todos los hombres que fue-

ron a la guerra con él, como "gentleman" conforme a la antigua tradición, valiente, vivo, sencillo, alegre, sin snobismo, amante de Gran Bretaña y amigo de toda la gente buena de este mundo que conoce muy bien. Ha visto la guerra y conoce la infernal inutilidad de la misma. Como favorito del mundo tiene una influencia internacional que podría utilizar para la conciliación y la paz. Es probable que se desempeñe bien, en favor de Gran Bretaña y de la joven generación, y que no encuentre demasiado fastidiosas sus tareas cuando sea Eduardo, Rex et Imperator, buen sportsman y caballero intrépido. Es lo que esperamos de él.



Pabellón del certamen que reproduce la fachada del palacio St. James, residencia del Príncipe de Gales

CON MOTIVO DE LA EXPOSICION BRITANICA

iniciaron la educación popular en la comodidad, en la necesidad de los accesorios de la civilización que muestran, al difundirse con la riqueza, la propensión de un pueblo a la existencia elevada. En la agricultura y en el progreso urbano la cooperación de la energía británica se advertía como una fuerza permanente de orientación y de fecundación. Conoció la Argentina en ese largo proceso de formación alternativas dramáticas, descensos dolorosos, remociones que ponían en riesgo su poderosa vitalidad. Y en esas intermitencias el hombre británico y el capital británico nunca se retrajeron, como no los retrajo, frecuentemente, la presión del interés propio, según lo ha demostrado en ocasiones distintas la tentativa insistente de los grupos empeñados en crear una política de preferencia en favor de los Dominios. Eso se ha sostenido en la Cámara de los Comunes y los gobernantes manifestaron—nadie lo olvida—que Gran Bretaña no puede desvincularse, aun cuando ello pudiera convenirle, de una nación con la cual la unía tan sólida relación. En esto radica evidentemente la profundidad del espíritu inglés. Y esa profundidad, que se manifiesta en formas impresionantes de lealtad, nosotros los argentinos hemos podido observarlo como se admira un espectáculo. Un siglo, más de un siglo, cuenta nuestra convivencia con Gran Bretaña, y sabemos que el pundonor inglés, es decir su conciencia de la lealtad, se expresa no sólo en su conducta política o en los aspectos de su intercambio, sino en la cualidad intrínseca de cuanto es producción, desde las obras del pensamiento hasta los artículos que llenan los recintos de la feria.

¿Qué significación trascendental tiene esta exposición? ¿Trátase de un acto superior de política económica? En tal caso—pues, es tal, efectivamente, el caso—hemos de comprender que sus organizadores y el gobierno británico han elegido a Buenos Aires con un criterio que se funda no ya en lo que somos en el presente, sino lo que seremos en el porvenir. Es acaso lo que más debiera halagarnos en esta demostración de la capacidad extraordinaria del pueblo productor. Somos un país de unos doce millones de habitantes. Y, sin embargo, las industrias británicas han querido acumular aquí la variedad inmensa de su poderío. ¿No hemos de interpretarlo nuevamente como un anuncio de lo que llegaremos a ser, como podía haberse interpretado en un sentido idéntico cuando se establecieron las primeras empresas británicas? ¿No es un augurio hermoso esa confianza, que nos dice, que ningún optimismo, referente al desarrollo argentino, puede considerarse exagerado? Pensemos en que esta feria es la más grande que realiza el Imperio en el exterior y ha buscado nuestra metrópoli para certificar a través de ella, ante el continente de América, su profusión de aptitudes y la excelencia de esas aptitudes para satisfacer, en lo que los demás no producen, la demanda de las naciones consumidoras. Y, es desde aquí, desde Buenos Aires, que nos muestra lo que es y lo que puede darnos. En las actividades que producimos el magno Imperio es nuestro comprador; en lo que importamos nos puede suministrar todo. Y al contemplarse algo construido o manufacturado en Londres, en Liverpool, en Manchester, en Bir-

ALBERTO GERCHUNOFF

EL certamen que nos es dado presenciar nos muestra en su despliegue asombroso la capacidad creadora del pueblo inglés. Gran Bretaña ha hecho en Buenos Aires la exposición más vasta del Imperio fuera de su territorio, y la importancia que le asigna se descubre en el envío de los príncipes de la corona para auspiciarla y para presidirla. No es improbable que algunos se sorprendiesen al recorrer los "stands" y darse cuenta de que esa acumulación de productos, desde el ferrocarril y el aeroplano hasta los objetos de manufactura delicada, revelan a una nación tan completa y con un sentido tan profundo de adaptación a las exigencias de la vida contemporánea. Es que no pocos ignoran u olvidan que la transformación social y económica que da fisonomía al mundo se debe precisamente al ingenio británico. Hoy estamos acostumbrados a la producción de origen diverso y más que nada al deslumbrante abarrotamiento de los centros advenedizos de la industria. Pero es Inglaterra la que inició a las sociedades europeas y americanas en el uso de los nuevos instrumentales y ha dado un sello a la evolución con el predominio, la enseñanza y el usufructo del mecanismo. Alemania se hallaba aún en el periodo de las elaboraciones domésticas y los Estados Unidos apenas comenzaban a desesperarse y a buscar los rasgos de su personalidad cuando las ciudades inglesas llegaban ya a la plenitud en su desarrollo de emporios modernos. Bastaría recordar un testimonio casi antiguo. Lamartine, al envejecer había perdido su fe en el mejoramiento humano. Pelletan, cuyo entusiasmo de hombre típico del siglo XIX se definía por su abundancia y por su robustez, le reprochaba esa tristeza como una claudicación. "Se conoce—dijo—que el poeta no ha visto en Londres la exposición de las industrias británicas". Creíase entonces, en esa época fecunda en diseños de doctrinas y de falansterios felices, que la máquina, expresión concreta de las conquistas de la inteligencia, nos traería la solución de todos los problemas y libertaría a la criatura de la esclavitud que padece desde la condena inicial del Génesis. El tiempo transcurrido, las experiencias penosamente realizadas, nos acercan, sin duda, más a la noble melancolía de Lamartine que al fervor indómito de Pelletan. Perc al dejar de endiosar la máquina y lo que la máquina produce hemos aprendido a comprenderla y a pedirle únicamente lo que nos puede proporcionar como multiplicación ingeniosa de nuestro esfuerzo. Y sabemos, por lo tanto, que también bajo ese aspecto Inglaterra adoctrinó a las demás comunidades, les sirvió de iniciadora y de fuerza de propulsión.

La Exposición Británica exhibe ante la gente de Buenos Aires lo que el Reino Unido ha incorporado a la vida argentina. Conviene evocarlo, justamente ahora que nuestro consumo se abastece en tan diferentes plazas y viene a puertos de río y mar lo que se trabaja en los más remotos y más distintos puntos de la tierra. Pero, esta Argentina, con sus actuales zonas de absorción y de irradiación, que atrae lo que se elabora en los países ávidos de mercado, se apareja hace más de una centuria como uno de los "desiertos" de América, convulsionado por agitaciones internas, conmovido por sacudidas peligrosas. Y en esos días tan oscuros, en que los constructores del país no llegaban a presentir aún sus proyecciones posibles, se sintió ya aquí el amparo de la amistad británica. Los estadistas de Londres adivinaban nuestro destino, y su apoyo, que tuvo tanta repercusión y permitió al argentino ver su medida futura, no tardó en traducirse en beneficios inmediatos. El desierto empezó a dejar de serlo. El riel inglés comenzó a tenderse en las inmensas planicies, el arado inglés a romper el suelo, el vapor inglés a cubrir las grandes aguas del Plata. ¿Dónde nos aprovisionábamos? De las fábricas británicas venían todos los productos, que

mingham, uno se persuade de que se halla en presencia de la obra perfecta. Y es cierto. El industrialismo actual no ha modificado el temperamento británico en el trabajo. Se diría que su antigüedad le ha creado normas inalterables de perfección. Su amor a lo leal resplandece no ya en el método con que procede, sino en lo que arroja sobre las rutas de la tierra. Es imperturbable en su afán de perfección como en su austera dignidad.

Y parece decirnos el hombre británico—imagínemos que nos lo dice el Príncipe de Gales, que vino a Buenos Aires para abrir la feria: —Os ofrecemos desde nuestros comienzos lo que aquí veis expuesto. Os ofrecemos también lo que aquí no se expone, que es nuestro buen ánimo, nuestro buen espíritu, el riego de nuestro dinero emprendedor. Desde que se firmó el tratado anglo-argentino de comercio (por tradición diplomática los tratados de comercio son tratados de amistad) nunca tuvisteis motivo para recelar de nuestra influencia. La nuestra no es una invasión temible. El capital británico no se resguarda en el escudo del guerrero ni penetra para poseer, sino para usufructuar, puesto que lo equiparamos al trabajo y le asignamos el rendimiento provechoso que requieren las actividades útiles. El capital inglés y el producto inglés se internalizaron, se universalizaron con la dominación pacífica que emanan de su acción fértil. No es la suya una irradiación perturbadora. Libra y producto no comprometen detrás suyo avizoramientos equivocados. Nos conocéis. Nos estimamos demasiado para dejar de ser lo que la historia nos obliga a ser, para abandonar el papel que nos toca entre los pueblos. Mas, queremos y deseamos que tengáis con nosotros la solidaridad que os ofrecemos. Necesitamos de las reservas argentinas. Aspiramos a que necesitéis lo que transformamos y lo que hacemos.

No es probable que el Príncipe de Gales hable de este modo en sus discursos públicos. Podría enunciar, a pesar de todo, razones semejantes, como lo harían Mr. Macdonald o Mr. Snowden en el Parlamento, ya que su venida para patrocinar la Exposición prueba que el heredero de la corona de Gran Bretaña no es una entidad casi misteriosa, simbólica, sino un individuo bien británico, esto es un hombre de acción, con la electricidad dinámica del tiempo que vivimos, hecho a la inquietud nerviosa y a la curiosidad saludable, dispuesto a correr por los caminos difíciles, ágil y fuerte. No se sumerge en la suntuosa solemnidad de la Corte, para ser un emblema; el que alguna vez regirá los destinos de Gran Bretaña es hoy un agente de divulgación de la grandeza material y moral del Imperio. Ha venido para preconizar las ventajas de su comercio, los méritos de su industria, con la impulsión, con la eficacia de esos compatriotas suyos que con su tenacidad fructuosa y con la distinción y la amenidad del "gentleman" han fijado la psicología del ciudadano del Imperio. Y con la misma donosura espontánea con que ha ido a los lugares fabulosos, a los parajes pintorescos del globo—deportista y aviador—ha venido por segunda vez a propiciar en la Argentina la producción británica. Es éste un fenómeno típicamente inglés, que a nosotros nos impresiona por lo que tiene de hondo como realidad vital y nos da una clave más, una causa más para sentirnos tan cerca, tan efectivamente cerca, de la nación imponente que desde los albores argentinos nos dió coraje, nos invitó a creer en nosotros.

Y estoy seguro de que al regresar el Príncipe de Gales se llevará la convicción de que su visita ha sido rica en consecuencias favorables, porque tendrá la certidumbre de que a nada es tan accesible el argentino como al sentimiento de solidaridad; y lo que más debemos al pueblo británico es la solidaridad, porque es lo que más nos dió, es con lo que más conquistó nuestra admiración.

TEMAS CIENTÍFICOS

Por JULIO HELLER

(Para LA NACION) BERLIN, febrero de 1931.

AL MARGEN DEL SISTEMA GENERADOR DE CLAUDE

CLAUDE Claude logró lo que se había propuesto: aprovechar la diferencia de temperatura del agua en la profundidad y la superficie de los mares del trópico, a fin de producir vapor y accionar una fábrica de luz eléctrica. La fuente de energía más importante de que dispone la técnica al presente es la tensión del vapor; para producirlo es necesario calentar el agua y si esto es una verdad harto conocida, hasta hace poco el mundo no tomó tanto en cuenta otro hecho de gran trascendencia y es que en los mares del trópico el sol se encarga del proceso. Faltaban el ingenio y la inventiva para sacar provecho del enorme caudal de energía en potencia contenido en el elemento líquido de aquellas latitudes. Aunque los detalles del plan de Claude, es decir los principios científicos, ya son conocidos, conviene exponerlos una vez más con el objeto de hacer comprensibles algunos juicios críticos que ha merecido el proyecto en lo relativo a su utilidad económica.

Siendo normal la presión atmosférica el agua se evapora a 100° centígrados. Si se reduce esa presión el agua puede hervir aun a 30°, que es su temperatura en la superficie del mar en el golfo de Matanzas, a 1000 metros de profundidad ella es de 5°. A la diferencia térmica entre 30° y 5° corresponde una de 2/100 de atmósfera de la tensión, que a pesar de ser mínima puede ser aprovechada, pues el volumen del vapor de agua a tal tensión es muy grande. Claude sumerge un caño hasta el fondo del mar y eleva el agua fría a la superficie, es decir hacia un condensador. El agua caliente, en cambio, va a un receptor donde se ha hecho el vacío que permite la evaporación a 30°. El condensador aspira, por así decir, el vapor y éste a su paso acciona una turbina. El 40 por ciento del rendimiento de la instalación se destina al funcionamiento de las bombas, el extractor de aire y otros dispositivos necesarios.

Claude sostiene que con cada metro cúbico de agua evaporada puede producir 120.000 mkg. de energía y si se evaporan 1000 m3 por segundo es posible suministrar 300.000 HP. permanentes. Ese cálculo supone un rendimiento propio de 70 por ciento. El primer ensayo dió 10 kilovatios, luego

14 y mientras tanto mejoró seguramente el resultado. El sabio francés usó la misma instalación de 50 kilovatios que ya empleara en una prueba anterior y declaró que no pudo valerse de un caño más pequeño sino del de gran diámetro de 1m600; así tuvo, pues, más agua fría a su disposición que la conveniente. Confiesa que es preciso vencer grandes dificultades; sobre todo molesta sensiblemente el gas contenido en el agua. Confía en salvar este obstáculo con el tiempo, pero mientras tanto es necesario resolver algunos problemas de otra índole y se propone abandonar la fábrica actual para instalar otra flotante en alta mar, de un rendimiento de 12.000 kilovatios.

En los círculos científicos alemanes el experimento de Claude y su nuevo intento han despertado muchísima expectativa y, desde luego, estando la opinión dividida se plantean objeciones de índole técnica, no carentes de razón. Ello quiere decir que resuelto el problema científicamente se duda del alcance de la ingeniería mecánica para lograr la aplicación provechosa y en grande escala del sistema. Trátase de establecer a ciencia cierta si es posible o no conciliar el funcionamiento con la economía indispensable. Los ingenieros señalan el hecho de que a juzgar por los datos dados a la publicidad, el resultado obtenido en Matanzas está lejos del que Claude logró en Bélgica. En consecuencia el nuevo experimento no es, en realidad, un aliciente. El enorme costo de construcción sólo se justificaría para una unidad de fuerza de 50.000 kilovatios. Basándose en cálculos teóricos y favorables, en tal caso el caño de alimentación debería tener un diámetro de 15 metros, con lo que la velocidad de la corriente de vapor aun sería de 120 metros por segundo. Ello haría necesaria una turbina de dimensiones extraordinarias, sobre todo si se tiene en cuenta la po-

quisima tensión del vapor, cuyo consumo habrá de ser 50 kg. por kw-hora. Tal instalación gigantesca tendría que trabajar con un vacío mejor que el habitual en las grandes fábricas de fuerza moderna y son de imaginar las dificultades con que se tropezará a fin de mantener el vacío en el evaporador. Complicadísimos serán asimismo los detalles en construcción necesarios para la resistencia a la presión atmosférica exterior.

En la unidad de 50.000 kilovatios sería preciso alimentar la caldera con 2.500.000 litros de agua por hora, a fin de suministrar el vapor. Además del agua de enfriamiento será también necesario eliminar esa cantidad de líquido una vez que se ha enfriado. Todo ello representa, dicen los ingenieros, un problema mucho más difícil de resolver que el de una mera instalación de bombas. Los especialistas en fábricas de fuerza no ignoran cuán difícil es evitar que el agua de enfriamiento circulante vuelva a las bombas y reduzca la diferencia térmica o de temperatura, sin la cual no puede funcionar la usina. Siendo tres las cañerías de acceso y descarga en la instalación de Claude, pueden ser entrevisos los obstáculos que se presentarán en el diseño de las maquinarias potentes que se requieren.

No se sabe qué se hará con las enormes cantidades de sal que se depositarán en la caldera al evaporarse el agua de mar y algunos técnicos suponen que su aprovechamiento constituirá la mejor perspectiva económica del sistema. En cuanto al proceso termodinámico se refiere, la presencia de sal es un inconveniente.

Muchos ingenieros opinan que es preciso darse por satisfecho si los resultados obtenidos por Claude después de hacer tan grandes sacrificios pecuniarios sirven para aumentar el rendimiento de otras fábricas. Las hay en numerosas regiones donde el invierno

dura seis meses. El agua frígida de sus ríos helados para la condensación ofrece un aprovechamiento mucho mejor de la tensión del vapor y es probable que allí la posibilidad económica sea más vasta si tales instalaciones se acoplasen a las fábricas de fuerza a vapor ya existentes.

Estas y otras consideraciones de orden técnico y nada optimistas acompañan el experimento de Claude, pero no por ello ingenieros alemanes dejan de reconocer el esfuerzo del sabio francés; al contrario, están deseosos de que, pese a todo, logre demostrar la condición económica de su fábrica en las regiones del trópico.

No falta, por otra parte, la voz autorizada de quien ve más allá del presente e insiste en que dentro de un decenio quizá parezca ridícula la prevención actual en materia económica. Debido a cierta inercia del intelecto fácil es caer en el error de considerar como constantes los supuestos técnicos o mecánicos de predominio actual, y la eficacia de la labor de Claude acaso quede demostrada en un porvenir no lejano.

Tarde o temprano llegará el agotamiento del carbón y del petróleo. El acto de comparar, base del cálculo de economía, no se detendrá entonces en el mayor o menor costo de la instalación que rinda calor. Y así también se entiende el proyecto de Sir Charles Parsons, inventor de la turbina y uno de los ingenieros más destacados de nuestros tiempos. Ante la British Association for the Advancement of Science aboga por el aprovechamiento del calor de la tierra y para ello propone la construcción de un pozo de 18 a 20 kilómetros, profundidad en que, según sus cálculos, el termómetro debe marcar 550° centígrados. Tal temperatura bastará para producir vapor de alta tensión sobrecalentado, con el cual podría suministrarse luz y fuerza a toda una ciudad. Dentro de la tierra se instalarán enormes calderas y el costo de semejante pozo sería de 170.000.000 de pesos, aproximadamente. Parsons ha previsto todas las dificultades de la obra, cuya realización sólo es una cuestión de dinero.

El ingenio previsor del hombre prepara la permanencia de las generaciones futuras sobre el planeta y no es vana la labor de los Claude, Barjot, Parsons y Lange.



MACE algunos años el físico berlinés Miethe realizó experimentos a fin de transmutar el mercurio en oro. La teoría atómica de Rutherford, Bohr y Kossel nos dió conocimiento de la estructura interior de los 92 elementos que constituyen las materias básicas, desde el hidrógeno con un sólo electrón de carga negativa girando alrededor del protón o núcleo positivo, hasta el uranio, cuyo número de electrones estatísticos llega a 92. El núcleo determina la naturaleza física del átomo; por cada electrón negativo posee una carga positiva. De faltar o sobrar una sola y producirse así una modificación de la estructura específica del átomo, el elemento se transformaría en otro; de las 79 cargas nucleolares del oro, por ejemplo, resultarían las 78 del platino o las 80 del mercurio.

Para que su experimento tuviese éxito, Miethe debía penetrar, pues, hasta el núcleo atómico del mercurio y arrancarle una de sus cargas positivas; con ello hubiese resuelto en la práctica un problema cuya solución teórica estaba enunciada. Se necesita una fuerza enorme para arrancar una sola de las 80 cargas del mercurio. Es preciso bombardear el núcleo y dando la velocidad de los proyectiles como el impacto deben estar en relación con la resistencia que ofrece el blanco. Rutherford halló esos proyectiles en los rayos alfa del radium, cuyos átomos en pleno proceso de desintegración libran una potencia de naturaleza adecuada pero insuficiente para la moderna alquimia de laboratorio. Otro factor constituyen los rayos catódicos resultantes de la elevada tensión eléctrica en los extremos de un tubo al vacío. En fuerza, las descargas que se presentan son muy superiores al radium y en cierta forma el miliamperio de un haz de tales rayos equivale a la intensidad radioactiva del elemento mencionado. De ese factor volveremos a

LOS ALQUIMISTAS DE MONTE GENEROSO

ocuparnos más abajo. Digamos por ahora que Miethe intentó el ensayo con buen éxito, al parecer: el mercurio dió oro. El cable propagó la fausta nueva y el mundo celebró la conquista con regocijo prematuro. Miethe se había engañado. El oro que halló se debía, según dicen, a sus anteojos, cuyo armazón era de igual metal y el sabio lo había tocado con los dedos. Unas partículas fueron a parar luego al mercurio y el análisis sólo acusó la "impureza". La supuesta transmutación fué mera inadvertencia de ese hecho y nada más; las 80 cargas del núcleo de azogue continuaban intactas y formando el frente único con su pesada y séxtuple coraza de otros tantos electrones burlaban la ciencia del alquimista moderno.

Dará una idea de la fuerza concentrada del radium la velocidad de sus partículas alfa; ella es de 20.000 kilómetros por segundo, supeditada a la ley de que la energía aumenta en proporción al cuadrado de la velocidad. Sin embargo, con tanta energía no basta para la alquimia lucrativa, y es errónea, dicho sea de paso, la noticia de que el reciente descubrimiento del parahidrógeno y ortohidrógeno, hecho por la ciencia alemana, se debía a la desintegración del átomo de hidrógeno. Lo cual no quiere decir que los Rutherford, Kirsch, Petterson y otros físicos no haya obtenido resultados al bombardear y destruir con rayos alfa el átomo del nitrógeno para trocarlo en hidrógeno. Las cantidades eran reducidísimas y no prometían aprovechamiento alguno. Por otra parte, la estructura del nitrógeno es mucho más simple que la del mercurio, pues si en aquél ocho electrones giran alrededor de otras tantas cargas nucleolares, en éste son diez veces más, formando va-

rias murallas. El mercurio no quiso trocarse en oro y los cálculos probaron que Miethe ni siquiera disponía de la fuerza necesaria para el bombardeo eficaz.

¿Pero hubiese ganado la humanidad con semejante transmutación? No; el problema en el fondo es otro. El equivalente del oro en cantidades poco menos que inconcebibles los hallará la ciencia sólo al desintegrar los átomos de la materia general, utilizando las fuerzas que en su seno laboran como titanes nacidos del espacio y la eternidad. No habrá oro que valga tanto dinero; un solo gramo de materia daría un rendimiento valuable en 20.000 libras esterlinas. Una tonelada de carbón bastará para accionar las máquinas de todos los transatlánticos del mundo durante un año. Esa, en verdad, es la nueva alquimia y en su realización práctica se hallan empeñados algunos de los físicos alemanes más prestigiosos.

Sobre la frontera italo-suiza, en el Monte Generoso, a 1700 metros de altura, los doctores Friedrich Lange y Arnoldo Brasch han instalado un laboratorio con el objeto de obtener la tensión eléctrica suficiente para desintegrar la estructura mecánica del átomo. Tal tensión debe llegar hasta 15.000.000 de voltios y al aplicarla al tubo de vacío confían en obtener los proyectiles que perforan el blindaje electrónico de los elementos. Encadenarán el rayo a las bornas de un tubo; de las descargas de la radiación catódica habrán de nacer entonces los bólidos cuya fuerza abra la brecha en el acero protector, invulnerable hasta hoy, de la sutil y recóndita argamasa angular del universo. Abierto el boquete, perturbado el equilibrio mecánico motor de la materia, el torrente de energía libertada

irradiará su caudal calórico de fuerza para medro y provecho de la humanidad.

Los dos sabios que colaboran con Nernst, director del Instituto de Física de la Universidad de Berlín, esperan llevar a efecto el experimento decisivo antes de fin de año. Los círculos científicos internacionales aguardan el resultado con palpante interés. El buen éxito sería, sin duda alguna, el punto de partida de una era nueva, que haría palidecer el sueño audaz de los alquimistas del medioevo y del científico y desinteresado buscador de oro que fué Miethe.

La opinión está dividida. Son varias las cuestiones que se plantean en favor y en contra del experimento y atinentes a sus consecuencias. Así, por ejemplo, para el aprovechamiento de la fuerza inherente a la trama primigenia, por así decir, de la materia es preciso tener en cuenta lo siguiente: ese aprovechamiento será tanto más útil cuanto más extenso fuese y sólo en grande escala iniciaría la nueva era técnica. El aspecto fundamental del problema viene a ser éste: el bombardeo derivado del rayo sólo puede durar una fracción de segundo cada vez. Ahora bien; antes de quedar interrumpido el proceso desintegrador, ¿se comunicará o no a los átomos circundantes para propagarse a manera de torrente o de cadena? Si una desintegración análoga a la provocada por el rayo y creadora de fuerza viva no cunde e inicia algo así como una carrera de postas de átomo en átomo no se producirá la generación de energía integral esperada.

Todo ello es muy problemático. Lange y Brasch nada afirman. Sólo el experimento dará la respuesta. La ciencia, dicen, tiene la obligación de ensayar. Recordemos que Steinmetz logró reproducir el rayo en el laboratorio de la General Electric Co., en Schenectady. Tal vez el porvenir nos depare máquinas de alta tensión capaces de pro-

(Continúa en la pág. 23)



RUGGERO LUPI



PAOLA BORBONI



HENRI ROLLAN



VERA SERGINE



ALEJANDRO MOISSI



LOS INTERPRETES DE ESTE AÑO

LOS intérpretes de este año — extranjeros, ya que los nacionales son siempre los de todos los años —, no son nuevos para nuestro público. Hasta ahora, todas las primeras figuras de los elencos de alguna categoría ya contratadas, han venido una o varias veces. Lola Membrives, siempre pues, que es más nuestra que española; Ruggero Lupi, es, además del actor diez veces admirado, el amigo de diez temporadas; Paola Borboni, es la actriz decorativa que hace tres años conocimos; Vera Sergine, es casi tan familiar al público de Buenos Aires como al de París; Henri Rollan, que volverá con ella, ha estado una vez; pero con tan rápido y tan arraigado éxito, que equivale, para estar ya dentro del público, a una actuación larga y renovada; y Moissi, hasta Moissi, el gran actor alemán, no obstante la distancia que nos separa de su lengua y de su teatro, es ya, a través de sus cuatro interpretaciones de hace dos años, un inolvidable conocido de Buenos Aires. Ninguna es nueva de las grandes figuras que nos visitarán este año; ninguna es nueva y, sacando Moissi, ninguna es representante de un moderno y último sentido de la escena. Pero, cada cual dentro de sus proporciones correspondientes, encarna un valor estimable y trae a la memoria un recuerdo grato.

Ruggero Lupi

En el conjunto dirigido por Dario Nicodemi, ese conjunto de comedia italiana que en sus primeras visitas obtuvo tanto éxito y en sus últimas ya había fatigado un poco, vino siempre Ruggero Lupi, y era, dentro de él, la figura de calidad, de enjundia, de jerarquía. Aunque para el público que va al teatro a divertirse superficialmente pudiera no ser la figura de su frívolo agrado, para todos los que en el teatro se fijan en los intérpretes y discernen valores, Lupi era la figura del conjunto que año a año traía Nicodemi. Por vez primera viene solo, es decir, sin la dirección del comediógrafo y sin sus habituales compañeros de elenco. Hace dos años, antes de irse por última vez, estando ya la separación resuelta, Lupi, en noches de conversación larga y cordial, solía plantearse este doble problema: ¿En qué género orientaré la nueva compañía que voy a dirigir? ¿De qué artistas me rodearé? Había en las consultas que insistentemente me hacía Lupi, un afán de sinceridad y un deseo insistente de conocer mi opinión que no provenía, como yo, de atribuirle a ella demasiados pesos; provenía de una constante, obsesiva preocupación de Lupi: no quería Buenos Aires, al fran-

te de un elenco propio. Por eso daba tanta importancia a mi modesta opinión: porque me consideraba — lo menos que podía ser, después de años de oficio — condecorador del ambiente y de sus gustos.

Recuerdo la noche que Lupi me dió la noticia de que se separaba de Nicodemi y formaba compañía propia. Habíamos estado varias horas en un restaurante nocturno de la calle Callao, en medio de esas ruedas heterogéneas y adherentes, en las que, por lo mismo que hay que hablar de todo, no se puede hablar de nada que tenga algún interés. Al salir, ya solos en la calle, me dió la noticia, con cierta emoción, aunque el artista, por una serie de circunstancias, veía ya la situación plantearse de tiempo atrás. Y en seguida, sin más comentarios, con verdadero entusiasmo, me dijo: "Para 1931 estoy con mi elenco en Buenos Aires". Ello prueba la importancia que el artista le daba a nuestra ciudad; el cariño que le profesaba; el concepto que tenía del juicio crítico de nuestro público. Ahora ha cumplido su promesa. La temporada de 1931, en el Odeón, la iniciará Ruggero Lupi. Ha tenido siempre la preocupación de volver; el deseo ardiente de traer a Buenos Aires su espectáculo ya suyo, con su compañía, bajo su dirección, tal como lo ha concebido y organizado. Y nuestro público que recuerda al actor de las grandes, de las impecables, de las nobles caracterizaciones, no podrá dejar de tenerlo en cuenta.

Paola Borboni

Cuando vino hace tres años al Odeón Armando Falconi trajo, como primera actriz, a una dama joven, bella fina, rubia, de una blancura transparente, de una expresión serena, de unos movimientos inmateriales. Era Paola Borboni, la misma que este año vendrá con Ruggero Lupi. Con el género explosivamente gracioso, en poco bufo, bastanté de brocha gorda, de Armando Falconi, esta muchacha bella, transparente, suave, sorprendía como un contraste. Tenía que hacer papeles de picardía resbaladiza y era casi siempre ingenua. Pese a ello, no los hacía mal, sino con una modalidad especial, con un picante más suave, que, por lo mismo, para muchos llegaría todavía más inquietante.

En aquellos años en que desde Buenos Aires, Lupi iba formando, mentalmente, su nueva compañía, le pregunté qué actriz pensaba contratar y él me contestó:

—O Marta Abba o Paola Borboni.

Me quedé un poco sorprendido porque las dos actrices señalaban orientaciones, modalidades, méritos tan diferentes, que según eligiera una u otra, tendría que decidirse por repertorios completamente opuestos. Marta Abba, que vino como primera actriz de Pirandello, acusaba grandes cualidades y visibles defectos; pero, todo ello dentro de la cuerda trágica, de la que no podía salir por su fuerte sentido del teatro, que, se decía, era la resultante de su explosivo sentido de la vida. Con Marta Abba, Lupi sólo podía haber hecho dramas. En cambio, con Paola Borboni no podrá hacer más que comedias, y comedias ligeras, finas, brillantes, intencionadas, ingeniosas. Porqué se decidió por ésta en lugar de aquélla es un hecho que ocurrió en Italia, a la vuelta del gran actor y ya fuera del margen de los días de Buenos Aires, en que tan agradablemente planeábamos elenco y repertorio. Con sinceridad, no me imagino mucho qué clase de trabajo puede hacer un actor de tanta garra junto a una actriz de tan fina línea. Pero, mejor, no nos imaginemos nada. Dentro de poco más de quince días los tendremos en el escenario del Odeón. Y entonces todo lo veremos sin necesidad de imaginar.

Vera Sergine

Vera Sergine es una actriz tradicional entre las artistas francesas, o por lo menos entre las artistas francesas que nos han visitado, ya que muchas artistas francesas suelen tener más tradición que en París en el Río de la Plata. Tiene, para mi gusto, y para los que buscamos en el teatro algo más de una exaltación de los nervios y las lágrimas, el defecto de responder a un sentido de la escena ya un poco anticuado. Su último repertorio del Cervantes, era incuestionablemente viejo. Pero, consolémonos, porque su próximo repertorio del Malpo parece que va a ser sensiblemente moderno. Con que la actriz haya modernizado también un poco sus medios escénicos y los haya hecho más sobrios y más interiores, habremos ganado bastante y tendremos una temporada grata y hasta interesante. La última vez que estuvo, gustó. Esta, con mejor repertorio y mejor orientación, puede gustar más.

Henri Rollan

Este actor pequeño y emotivo, sobrio dentro de su expresión contagiosamente sentida, interior, con soplo de alma fué, hace cuatro años, la revelación de esa temporada. Venía como el

"partenaire" de la conocida, de la famosa, según los programas, actriz Vera Sergine. Pues bastaron muy pocas interpretaciones para que el "partenaire" pasara a primer plano y fuera el centro, y el nervio y la emoción de todos los espectáculos. Yo recuerdo un detalle, aparentemente nimio, y, sin embargo, bien sintomático. La noche del beneficio de Sergine — y notad que era el de ella y no el de él —, se vendieron en la sala retratos de los dos. Los de ella quedaron casi todos. Los de él se agotaron en seguida. Y notad, para su más legítimo éxito, que no es un actor buen mozo, un galán hueco, tipo de cejas depiladas, de esos que conquistan con las pestañas. Es un hombre bajo, más bien feo, que sólo conquista con su arte y con su simpatía.

Yo le he visto hacer dos piezas, entre muchas, de las que no he podido olvidarme: "L'enfant de l'amour", de Bataille, que hacía años que no se representaba en nuestros escenarios y que él encaró con tan explosivo vigor, con tanta audacia juvenil, que hizo una obra sentida de una creación bella pero falsa; y "Les plus beaux yeux du monde", la admirable comedia de Sarment, en la que puso la emoción más comunicativa y más pura que he escuchado sobre las tablas. Con reeditar sus inolvidadas versiones del Cervantes, la temporada francesa del Malpo volverá a tener un grande, un extraordinario actor.

Alejandro Moissi

Y para terminar, cuatro palabras sobre Alejandro Moissi, el más alejado de nosotros en idioma, pero tal vez el más cerca, el más cerca de todos los públicos, en la facultad de comunicar, de infiltrar sentimientos eternos. Hace dos años estuvo en el Odeón. Hizo "Espectros" con una emoción tan honda, con una ternura tan profunda, que nunca se había visto en un escenario irse desgarrando, por dentro, con tanta elocuencia, el personaje desvencijado; hizo "Hamlet", y la precisión del tipo se agigantó en un ejemplar de relieve, de dolor y de fatiga universales. Trabajó, como se sabe, como trabajará este año, en alemán. Pero no se necesitaba conocer el idioma para seguir sus personajes paso a paso. Las palabras no surgían del movimiento de los labios, sino del dolor de las miradas y de la abulia de los brazos. Volverá este año, con nuevas obras. Hará, nada menos, que "Edipo". Y en Edipo, como en "Hamlet", volveréis a verlo, y lo volveréis a comprender y a sentir y a vibrar y a empaparos de sufrimiento, sin necesidad de saber una palabra de alemán.

G O R G I A S



L día 18 del corriente cumples el centenario de la heroica muerte del coronel Juan Pascual Pringles, caecida en las circunstancias que más adelante reseñamos. Ese suceso puso

violento término a una existencia batalladora y gloriosa, consagrada toda ella al servicio de la nacionalidad y teñida en rasgos de patriotismo y de bravura que es justo evocar ahora, como homenaje al que, por referencia a la más famosa de sus hazañas, ha quedado en la historia con el nombre de héroe de Chancay.

La actuación militar de Pringles, tan intensa como breve, ocupa exactamente la segunda mitad de su vida, pues iniciada a los 18 años, con su ingreso a las milicias provinciales, termina a los 36 en un cruel episodio de nuestras desgraciadas discordias intestinas. Ella se divide, por lo demás, en tres etapas, correspondientes a las guerras de la Independencia, a la guerra del Brasil y a las luchas civiles argentinas.

Nació Pringles en San Luis el 17 de mayo de 1795, siendo sus padres don Gabriel Pringles y Da. Andrea Sosa. De sus primeros años nada se sabe, hasta que en 1813 se incorporó como alférez a las milicias de su provincia, en las que prestó servicios por más de seis años. El 15 de marzo de 1819, según su propio testimonio, pasó al regimiento de Granaderos a Caballo, en el que tanto debía distinguirse durante la campaña libertadora del Perú.

Corresponde al último año mencionado su primera aparición en un acontecimiento histórico de trascendencia, al que también resultan vinculados indirectamente miembros de su familia. Nos referimos a la célebre conjuración de los prisioneros españoles que, tomados en Chacabuco y Maipú, habían sido confinados en San Luis. Entre éstos figuraban personajes de tanta significación como el ex presidente de Chile, D. Francisco Casimiro Marcó del Pont, el brigadier D. José Ordóñez, los coroneles Joaquín Primo de Rivera, Antonio Morgado, López de Morla Bernedo y otros jefes y dirigentes realistas. Eaban sido colocados bajo la custodia del gobernador Dupuy, quien tratádoles con la consideración debida a su jerarquía y atendiendo a la recomendación del general San Martín, otorgábalos toda clase de concesiones, permitiéndoles discurrir libremente por la ciudad y visitar a las familias que les habían acogido como amigos. Entre las que más frecuentaban los principales prisioneros se hallaban la de Pringles, cuyas hermanas, Margarita, Melchora y Ursula, eran famosas por su belleza y distinción. Según una versión tradicional, la segunda de aquellas jóvenes había despertado una pasión violenta en D. Bernardo de Monteagudo, a la sazón también confinado en San Luis, pero no correspondía ella por conceder sus preferencias a uno de los españoles que la cortejaban. Despedido Monteagudo, según se dice, influyó sobre Dupuy para que restringiera a los prisioneros la libertad de que disfrutaban prohibiéndose las visitas a la ciudad, lo que fué dispuesto por bando el 10 de febrero de 1819. Tal proceder irritó a los realistas, incitádoles a apresurar el plan de sublevación que meditaban de tiempo atrás, para escapar de San Luis. La sublevación estalló, en efecto, la noche del 8 de febrero. Pringles, aun oficial miliciano, cansado por haber hecho servicio de patrullas la noche anterior, se hallaba durmiendo profundamente cuando fué despertado por una morena que le avisó que "se oía bulla por la plaza". En compañía del ayudante Becerra y al frente de un grupo de milicianos y vecinos, Pringles acudió a la casa del gobernador que se hallaba cerrada y fué el primero en saltar la tapia para abrir la puerta a sus compañeros. Allí vió al gobernador Dupuy con el rostro desfigurado por los golpes de los conjurados contra los cuales había sostenido un pugilato desigual y que no habían querido matarlo porque necesitaban que les firmase varias órdenes para poder marchar por las postas. Al ver a Pringles el brigadier Ordóñez pretendió intimidarlo, apuntándole con una pistola. "¡Tire, no más!", gritóle el joven oficial, y mientras desviaba el cañón del arma, un grupo de pueblo se arrojó sobre Ordóñez y le ultimó allí mismo como a los otros conjurados presentes, exceptuando a Primo de Rivera que se suicidó con una carabina. Es sabido cómo luego los otros prisioneros comprometidos en el complot fueron juzgados y fusilados después de un proceso substanciado por Monteagudo.

El esfuerzo de Pringles contribuyendo en primer término a sofocar un le-

vantamiento que de resultar triunfante hubiera acarreado graves consecuencias a los patriotas, le granjeó el primer galardón militar de su carrera o sea la medalla "A los que defendieron el orden en San Luis el 8 de febrero de 1819", que el director supremo del Estado decretó en el mes de agosto del mismo año.

Incorporado luego al Ejército de los Andes como teniente de Granaderos a Caballo, Pringles marchó al Perú, donde bien pronto debía destacarse en el episodio inmortal a que debe principalmente su glorificación histórica.

El general San Martín había dispuesto, por instancias del general Alvarado, proteger, con las fuerzas al mando de este último, la defección del batallón "Numancia" del ejército español; batallón que formado por naturales de Bogotá y Venezuela y al mando de un colombiano, se manifestaba dispuesto a pasarse a los patriotas. Para ultimar este plan era menester enviar algunas comunicaciones a los oficiales comprometidos del "Numancia" y de ello se encargó un joven peruano a quien Pringles debía escoltar con un destacamento de granaderos hasta Pescadores, caleta situada a 15 kilómetros de Chancay. Hallándose allí, en obser-

más quiere Vd. hacer por su honor personal y el de su ejército? Lo demás es una temeridad, una obstinación".

El general Valdés, que atendió a Pringles prisionero con toda consideración, rindió, hablando más tarde con los generales argentinos Guido y Alvarado, el más grande homenaje al valor de aquél y de los pocos soldados que lo acompañaban en Pescadores. El general San Martín dispuso luego que Pringles y sus hombres llevaran en el pecho un escudo celeste, cuyo lema en caracteres blancos decía: "¡Gloria a los vencidos en Chancay!"

Ascendió a ayudante mayor, tomó parte en el sitio del Callao y en la entrada a Lima y su conducta en diversos combates valióle ser declarado benemérito pensionado de la Orden del Sol del Perú, fundada por San Martín en 1821.

En la desgraciada batalla de Moquehua (1823), que fué funesta para los patriotas, Pringles hizo junto a Lavalle milagros de heroísmo, sin los cua-

les los desastres hubieran sido aun más lamentables. Por fin asistió en forma destacada, como siempre, a las últimas batallas de la emancipación americana, figurando entre los héroes de Torata, de Junín y de Ayacucho.

EN EL CENTENARIO DE PRINGLES ALGUNOS RASGOS DEL HEROE DE CHANCAY

POR
JOSE GARCIA
LUCERO



DIBUJO DE LUÍS MACAYA

vación fué sorprendido por las fuerzas del general Valdés, infinitamente superiores en número. Pringles hubiera podido y hasta debido retirarse, según las instrucciones de Alvarado; pero con el heroísmo propio de su cuerpo, prefirió afrontar aquella lucha absurda de veinte hombres contra un escuadrón entero. Arengó a sus soldados, mandó desnudar los sables y cargó a fondo con un ímpetu tremendo que fué desgraciadamente a estrellarse contra la masa imponente del enemigo. Rechazado por el escuadrón que mandaba en persona el valiente Valdés, trató de retirarse, pero le fué cortado el paso por otro escuadrón realista que avanzaba por el otro lado sobre él. Pringles, desesperado, cargó también contra esta nueva tropa, pero su empuje resultaba inútil ante la enorme superioridad de los contrarios. Tan sólo cinco de sus soldados estaban ilesos; él y diez de los suyos se hallaban heridos y tres habían muerto ya en aquel combate homérico. La situación era insostenible. A retaguardia un escuadrón hostilizádole, otro que le cargaba por el frente. La mayor parte de sus granaderos casi fuera de combate y allí, a dos pasos, el mar Pacifico. Entonces, Pringles, con un salto de su caballo se arrojó a las olas, bajo las cuales hubiera perecido si los propios enemigos, impresionados por aquel acto, no lo indujeran a volver, gritándole: "¡Ríndase Vd., señor oficial, que su vida es la garantía de que

En 1826 llegó Pringles a Buenos Aires, procedente de Mendoza, para presentarse al gobierno nacional y marchar a la guerra contra el Brasil. Venía en la misma galera con el coronel Deheza. Paró en la casa de los Castex (calle del Parque entre San Martín y Reconquista) y allí trabó relación con el general Julián Martínez. Nombrado segundo jefe del coronel Isidoro Suárez, con quien sirviera en Junín, marchó a Navarro y Guardia del Monte para proceder al reclutamiento del 17 de caballería de línea. En ese último sitio concurrió a un baile, donde tuvo un incidente con don Juan Manuel de Rosas, que era como el dueño del pago y cuyos desplantes no quiso tolerar. Afortunadamente las cosas no pasaron a mayores.

A pesar de formar parte del ejército, Pringles no pudo hallarse en Ituzaingo por haber sido destinado al sitio de la Colonia y a las maniobras sobre el Taim, en cuyas acciones se distinguió, como siempre, por su eficacia y su valor.

Más tarde combatió contra los caudillos a las órdenes del general Paz, figurando en Oncativo y La Tablada. En esta lucha oscura contra la montonera debía encontrar la muerte el glorioso guerrero que la había desafiado tantas veces en las grandes batallas por la libertad americana. Alcanzado por las hordas de Quiroga en el paso

del Río Quinto, a unas doce leguas de San Luis, a las cinco de la tarde del 18 de marzo de 1831, al tratar de reunirse a su gente, casi toda recluta, y que se había dispersado al figurar una carga, cansó su caballo a tal punto que éste se desplomó muerto en el arenal de aquellos parajes. Guareciéndose tras de él, Pringles aguardó a pie firme a los enemigos que le perseguían. Según algunas versiones, el primero en acercársele fué el puntano Fermín Camargo, aunque hay quien dice que fué un cordobés de nombre Murúa, o bien un teniente Fredes. "Entregue su espada", intimó con arrogancia. "Mi espada no se rinde a ningún canalla. Que venga su jefe", respondió Pringles. Un balazo mortal le hizo caer, rompiendo la espada en que se apoyaba. El cadáver fué puesto en la grupa de un caballo y llevado a Quiroga, quien manifestó gran disgusto y mandó cesar las dianas que resonaban en el campamento.

Cuando Facundo tomó posesión de Mendoza, don Gabriel Pringles, que estaba allí con su familia, se vió en la necesidad de verlo para que autorizara la salida de los suyos. Quiroga le recibió cortésmente: "Señor don Gabriel, —le dijo—, aunque los amigos de Vd. encadenaron a mi vieja madre en La Rioja, yo no haré eso con la familia de Pringles, al que respetaba y cuya muerte he sentido mucho, llevándose una reprensión el oficial que tuvo parte en ella. Tres días he contemplado el cadáver del coronel Pringles envuelto en una manta de vicuña, y queda señalado por Huidobro el calden a cuyo pie lo mandé sepultar".

Según lo describen sus compañeros de armas y otras personas que le conocieron, el coronel Pringles era relativamente bajo de estatura y más bien grueso y fornido. En su cara redonda y trigueña se destacaban sus ojos negros, de mirada enérgica. Sólo usaba bigote, y el cabello, muy abundante y lacio, llevábalo prendido atrás con un peñecillo. Era amable, de sentimientos generosos y de una moral severa. Gustaba mucho de los dulces. Muy pulcro y atildado en su persona, gastaba un lujoso equipaje, en el que abundaban objetos de plata que le regalaran en el Perú. Usaba generalmente casa azul con vivo punzón, y una vez a caballo, con su uniforme de gala, sus condecoraciones y su hermosa lanza, resultaba una imponente figura ecuestre. Era modesto y no gustaba de que se le elogiara en su presencia. Una noche, en una función del Teatro Argentino, la señora Máxima Olmos, esposa del famoso ministro Tagle, ponderaba ante varios caballeros, entre los que estaban los puntanos Climaco y Mauricio Daract, la conducta heroica de Pringles en una ocasión determinada. El elogiado la interrumpió con visible turbación: "¡Pero, mi señora! Eso es cumplir con el deber y nada más".

Su fama de valiente y hombre puntilloso en materia de honor cundía por todas partes. El coronel Lucero refería que en una ocasión, hallándose Pringles en una tertulia numerosa, fué provocado por un joven imprudente que no sabía con quién tenía que habérselas y que le desafió para las doce de la noche en el atrio de la Merced. Pringles acudió acompañado por el doctor Cecilio Lucero y envuelto en su capa esperó a su contrincante. Por fin se presentó éste con dos amigos y acercándose le dijo: "Deseo saber primero con quién me voy a batir". "Con el comandante Pringles", contestó éste secamente. Al oír ese nombre los tres quedaron estupefactos, dieron toda clase de satisfacciones y manifestaron que jamás esgrimirían sus armas contra un guerrero de tales antecedentes.

El general Paz, que le había visto hacer proezas al frente del 2 de coraceros en La Tablada, en Oncativo, San Roque y otras acciones en que sirvió a sus órdenes, le profesaba una amistad profunda. Hay cartas suyas en las que le pide lo acompañe aunque sea "desde el lecho", en que le tenían postrado sus heridas. Hablando de La Tablada, donde le hizo coronel, decía Paz: "Pringles dió una carga tan oportuna y brillante que no sólo restableció el combate, sino que hizo inclinar la victoria de nuestro lado".

Y el general Pedernera, puntano como él y su jefe inmediato, recordando su actuación en la campaña del Perú, decía: "Durante mi larga vida militar sólo el valor de un hombre he envidiado: el del coronel Pringles".

Estos testimonios hablan más alto que nada acerca de lo que fué el valor, el espíritu militar y el patriotismo del ilustre guerrero cuyo centenario recordamos.

Ronald Colman, caracterizado de "cricketer" para una escena de la versión cinematográfica de "Raffles"



Kay Francis, primera actriz de la película "Raffles"

TRIUNFA EL INGLÉS EN LOS "TALKIES"

Por LUCIE WALKER - LEIGH

(Para LA NACION)
LONDRES, febrero de 1931

de pronunciación, en lugar de seguir prostituyendo el bello idioma al nivel de las clases depravadas de Brooklyn y de Chicago.

Tal fué el ideal que Mr. Goldwyn determinó poner en práctica desde el momento que las películas habladas reemplazaron a las mudas.

"Bulldog Drummond", su primera producción sonora, tuvo un argumento inglés y fué realizada en la pantalla por un elenco casi enteramente británico, encabezado por el célebre actor de la misma nacionalidad: Ronald Colman. Su "partenaire" fué Joan Bennett, una de las tres brillantes hijas de Richard Bennett (actor entre los más pulidos en los escenarios neoyorquinos). Joan se distingue por la pureza de su dicción. La otra artista norteamericana en este "film" fué Lilyan Tashman, a quien se describe como una de las más cultas y mundanas estrellas contemporáneas.

Encantado con el éxito enorme que tuvo "Bulldog Drummond", tanto en Inglaterra como en América, Goldwyn se dedicó a la producción de "Condemned", que presentaba a una colonia de presos franceses situada en la Isla del Diablo.

Esta película poco tuvo que ver con Inglaterra y los ingleses, pero este hecho no cambió la decisión de Mr. Goldwyn de que fuera interpretada por artistas y actores que hablaran el inglés perfectamente. Entre sus intérpretes ingleses había sólo Ronald Colman, pero tuvo como colaboradores a Ann Harding y a Dudley Digges, conocidos ambos por su dicción perfecta en los teatros de Nueva York. Dudley Digges, actor nuevo para la pantalla, fué llevado a Hollywood especialmente para tomar parte en "Condemned"; es el director de escena y uno de los actores principales de la New York Theatre Guild, donde se representan piezas de Bernard Shaw, Galsworthy y otros

clásicos autores ingleses. Louis Wolheim tuvo a su cargo otro papel importante en "Condemned", y si bien es cierto que hablaba en la jerga callejera adecuada a su papel, hay que decir que es una de las personas más cultas de Hollywood, pues su carrera cinematográfica fué precedida por el desempeño de una cátedra universitaria!

Varios conocidos productores de Hollywood trataron de disuadir a Mr. Goldwyn y le aconsejaron de salvarse mientras pudiera de las consecuencias de su política errónea: imponer el "buen inglés" en los "talkies". Le dijeron que el público norteamericano no lo toleraría y que para éste sería un idioma tan extranjero como era para el inglés la jerga norteamericana. Lo que realmente sucedió ya es un capítulo que ha pasado a la historia del cinematógrafo.

El público norteamericano aclamó a Ronald Colman como el más popular de las estrellas de los "talkies", declarando resueltamente que prefieren oír el "buen inglés" que sufrir eternamente el castigo de "nasalidades en conserva".

Premiado por el éxito decisivo, Mr. Goldwyn ya no miró atrás y se concentró en la producción de películas de tipo "inglés". "Raffles" con Ronald Colman, estrenada hace poco, tuvo un elenco inglés con la excepción de Kay Francis, otra norteamericana cuyo inglés es impecable. Finalmente, Goldwyn contrató a la divinamente bonita artista de comedias musicales inglesas, miss Evelyn Laye, para actuar en una serie de operetas que se realizarán en la pantalla. Miss Laye acaba de "filmar" "Lilli" en Hollywood, y ha regresado a su patria por una corta temporada para cantar en la opereta de Noel Coward "Bitter Sweet", cuya popularidad no da señales de disminuir, después de centenares de representaciones.

A pesar de todo lo que han dicho los derrotistas de Inglaterra en contra de las películas británicas, los esfuerzos de los productores ingleses ya merecen el aplauso general y se reconoce que esta joven y viril industria está firmemente establecida en Gran Bretaña. Da empleo a millares de artistas,



Ronald Colman, que tiene a su cargo el papel de protagonista en "Raffles"

trabajadores y obreros, y concurren millones de personas anualmente a salas fiscalizadas por el capital inglés.

En uno de sus discursos recientes, el Príncipe de Gales dijo que bien valía la pena que la nación inglesa tomara seriamente en cuenta la industria cinematográfica, y que todos hicieran lo posible para fomentar su progreso. El mismo se describió como "un pedazo de materia prima que a menudo servía de blanco a la máquina". Durante el curso de su próxima visita a Buenos Aires es improbable que los operadores portefios no dejes de aprovechar esta materia prima de calidad regia, y es probable que el Príncipe también aprovechará la ocasión que ofrecen los "talkies" para lucir el castellano que estudia diariamente con el embajador de España, el marqués de Merry del Val.

Aparte de la oportunidad magnífica que la película hablada ofrece al inglés y a los ingleses, varias compañías productoras británicas no pierden de vista el hecho de que todo el mundo no entiende el inglés, y dentro de poco la Gaumont-British Corporation empezará a ensanchar sus estudios y edificará nuevos para la producción de películas multilingües.

También acaba de organizarse una nueva compañía dirigida por William Hutter, conocido y poderoso empresario londinense, cuyo programa inmediato abarca la "filmación" de películas habladas en inglés, francés y español, comenzando con la comedia de Walter Hackett "77 Park Lane".

Terminará con unas cifras que revelan los progresos hechos por la nueva industria.

British International Pictures empezó a trabajar con un capital de 50.000 libras esterlinas. Tiene hoy 20 millones invertidos y el año pasado hizo 56 películas, empleando 11.344 personas entre artistas y varios. Su personal permanente cuenta con 600 personas y emplea otras 3000 en sus teatros y agencias varias.

La Associated British Cinemas tiene 120 teatros bajo su control y a éstos concurren 65.000.000 de personas anualmente.

Además de la British International Pictures, las siguientes compañías productoras se dedican a la realización de películas destinadas al mercado mundial:

British and Dominions Corporation, British Lion Film Corporation (Edgar Wallace), Twickenham Film Studios, Pro-Patria Films, Gaumont-British Corporation y Associated Film Industries.

Una de las escenas principales de la nueva película "Raffles"



L título de este artículo se refiere, no sólo al idioma, sino también incluye al artista de nacionalidad inglesa. La exactitud de esta afirmación suscitará cierta duda entre los que se interesan en las cuestiones cinematográficas, y trataré de llevar alguna convicción a los espíritus que dudan, citando como autoridad a Mr. Cedric Befrage, jefe de la sección de publicidad de la Samuel Goldwyn Productions en Londres. El Sr. Befrage estuvo en Hollywood durante una larga temporada como corresponsal especial de varias revistas inglesas, y ha regresado a su patria con el importante cargo mencionado.

Entre los datos de índole diversa que me facilitó en el curso de nuestra entrevista, dijo que Samuel Goldwyn ha tenido la costumbre de visitar a Inglaterra anualmente, pues se interesa mucho por la opinión y los gustos de nuestro público. Este interés no está compartido por todos sus coproductores en Hollywood, pues la mayoría piensa que el mercado británico de películas no es más que una gota en el océano del rendimiento financiero que dan las películas destinadas para agradar al público norteamericano exclusivamente.

Nadie ignoraba que el público cinematográfico británico estuvo aturcido primero, y luego exasperado, por los curiosos sonidos que emanaban de boca de sus estrellas favoritas al presentarse las primeras películas parlantes, y se protestó enérgicamente contra la forma atroz en que el idioma nativo se forzó, maltrataba y torturaba. Hasta ese momento los ingleses en general no se habían dado cuenta exacta hasta qué punto el idioma norteamericano habíase divorciado de su honrado origen. La palabra "talkie" misma — ya atrincherada de modo inexpugnable en el idioma inglés — es un atentado sin igual, feroz barbarismo cuya aceptación ha sido tan mansa como universal en los países de habla inglesa, hecho que se explica únicamente por su aptitud diabólicamente exacta.

En el lejano Hollywood entonces, hace rato ya, Mr. Samuel Goldwyn hizo caso a las protestas de los ingleses, y gracias a sus conocimientos y discernimiento fué el "pioneer" del movimiento en favor de una reforma del inglés empleado en las películas habladas.

Desde el principio, Mr. Goldwyn sintió que a los productores de películas parlantes les tocaba una nueva y pesada responsabilidad, y se convenció en seguida que en éstas debía emplearse el más fino y puro acento inglés, o a lo menos, en caso de que esto no fuera apropiado al papel interpretado, que los artistas se expresaran correctamente. Mr. Goldwyn no dudó que la influencia de los "talkies" sobre el lenguaje de las naciones de habla inglesa sería enorme, y no vaciló en tratar de convertir a su público al ideal inglés

LA CREACION POETICA



AS de un joven poeta que me vió en consulta, recordará esta analogía a propósito del verso y de su técnica necesaria:

Cuando un concertista afirma que va a tocar el piano, preciso es que sepa hacerlo; porque si se pone a golpear el teclado, sin ton ni son, su público creerá que se trata de un farsante o de un demente, y en el mejor de los casos, abandonará fastidiado la sala. El verso es también un instrumento musical formado con palabras; de suerte que para usarlo, modificarlo o dejarlo de usar, hay que conocer su técnica. De lo contrario, el falso poeta tendrá la suerte del falso pianista. Con ello, es imposible también hacer versos por casualidad. Cuando se dice que el poeta nace, esta afirmación refiérese a la facultad que algunas personas poseen de expresar emociones por medio del lenguaje musical; sin que el don nativo de emplear este último, como el de tocar cualquier instrumento, baste tampoco para constituir un artista.

Estudiado ya en qué consiste el lenguaje poético, es decir el verso, la expresión de emociones por medio de ese lenguaje, o sea la poesía, constituirá la creación artística que es un don nativo a cuya virtud quien lo posee, halla en el verso el modo más natural, y más fácil por consiguiente, de expresar determinadas emociones, causando íntimo deleite a quien participa de tal comunicación. De esta suerte, no existe para él la distinción entre fondo y forma que el crítico establece para analizar, como no existe para la sensibilidad del ser viviente, la diferencia entre alma y cuerpo considerada por el moralista y el psicólogo. Por esto también, no basta el verso para que haya poesía. La animación que lo vivifica es, por definición, un acto vital, y así el artista crea verdaderamente.

Ahora bien, crear es reproducir la vida engendrando un ser de especie determinada pero de individualidad distinta. Bajo este concepto, vivir es diferenciarse; y he aquí cómo el poeta produce obra original empleando el mismo verso que otros. La reproducción puramente formal puede lograrse mediante reglas como cualquier artificio; pero carece de vida, y con esto, de originalidad. Ya veremos cuáles son los caracteres esenciales de la vitalidad poética. Corresponde por ahora estudiar en qué consiste la creación.

Creo que hace algunos años lo descubrí reflexionando sobre el concepto estético de los prototipos platónicos.

La repetición de impresiones en el alma humana durante generaciones sucesivas, acaba por incorporarlas a la índole de la especie con carácter innato, transformándolas así en instinto. Para reducirnos por ahora a las agradables, serán las primeras las del amor y las del triunfo en las luchas que suscita. Vendrán después las de morada en lugar propicio por su seguridad y sus condiciones naturales de vida, o sea lo que podríamos llamar el encanto del paisaje. Así empieza la contemplación, que es ya impresión meditativa, y que luego se sutiliza y extiende a los grandes espectáculos naturales del firmamento, el mar, las estaciones, para completarse por fin con la complacencia que causa la armonía intelectual y moral, o sea la síntesis superior que llamamos el Bien, nombre del orden perfecto.

Esos estados innatos de belleza, son los prototipos, y claro está que la reproducción del fenómeno causal los reanima por sí sola; pero hay ciertos individuos que nacen con esa facultad

de reanimación mediante palabras, sonidos, volúmenes, colores: y éstos son los artistas. Intentando una comparación platónica, diremos que toda alma humana lleva los prototipos en estado de pasividad, como el sér femenino los gérmenes maternos; mientras el artista es el fecundador, que al reanimar en aquellas almas la belleza latente, la crea deleitándolas y elevándolas a un estado de vida superior cuya consecuencia natural es ponerlas por simpatía en análogas condiciones de nobleza. Este don del artista, es un instinto como el del amor, y por ello crea. Ya que, como lo he dicho alguna vez, sólo la vida engendra vida. De ahí también que la obra de arte deba ser acto de comunicación para resultar completa. Y con todo ello defínese claramente la importancia social del artista.

Mas, si la superioridad esencial de la obra de arte está en el instinto creador por cuya virtud es belleza viviente, la inteligencia superior que el artista debe poner en su composición material, hace de ella el producto más perfecto del espíritu, la expresión más completa de humanidad, porque sólo el hombre es artista entre los seres. Así, el pájaro canta, pero no afina; pues la transformación de los sonidos agradables en arte propiamente dicho, comienza por su coordinación voluntaria ajustada a un tono.

Sentamos ya que la síntesis superior llamada el Bien, es el orden perfecto. El arte a su vez estriba en la noción del orden. Ningún conjunto subsiste sino por la correspondencia de sus partes; y éstas, hasta en el caso de una perfecta igualdad intrínseca y extrínseca, resultarán desiguales por su distinta posición. Orden y jerarquía son, pues, sinónimos. Y de consiguiente, anarquía lo es a su vez de anulación. Por esto tengo dicho también que en los dominios físico y racional, lo absoluto es una reducción a cero. Así el arte viene a ser la síntesis de instinto y de inteligencia.

De aquí su poder para realizar esta otra vivificación en belleza:

Si volvemos a la formación prototípica hallamos que a las impresiones gratas corresponden sus contrarios: odio, derrota, miedo, catástrofe, enajenación, delito...

El arte reanimamos también, pero transformados en emoción de belleza mediante el encanto de su expresión que es, en suma, el sometimiento al orden. Este consiste, repitámoslo, en la norma de proporción, sin la cual nada puede subsistir, desde el montón de tierra hasta el astro, y desde la célula hasta el hombre.

Sobre esta ley primordial de toda existencia, cuyo imperio manifiesto causa la impresión prototípica de serenidad, el poeta dispone de tres elementos fundamentales: la emoción, la imagen y la personificación o encarnación en las cosas inanimadas, cuyo análisis resulta del mayor interés.

La emoción es el instinto creador espiritualizado: vale decir una forma de amor puro, acendrado por reabsorción en su esencia, ya que su satisfacción material significaría su absorción por otro ser. Esta mística del amor, que fué el Perfecto Amor de trovadores y caballeros, la estudiaré pronto, acaso, en una interpretación de la "Vita Nuova". Véase, entretanto, cómo el primer prototipo, ya que a no dudarlo el amor lo constituye, así como el primer elemento de la creación poética, que viene a ser, repitámoslo, el amor mismo, forma el tema preferido de aquélla. La poesía es un estado de amor.

En la imagen está, por decirlo así, la originalidad personal o fisonomía de la creación poética, puesto que esa

representación manifiesta una correspondencia especial descubierta por el artista entre las cosas y entre los seres, con eficacia tanto mayor, cuanto más novedad, exactitud, y consiguiente interés ofrezca.

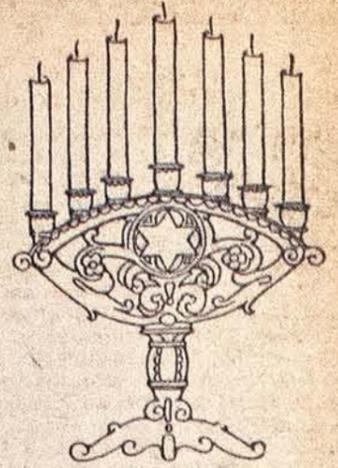
Por último, la personificación, ora humaniza las cosas vinculándolas esencialmente con el alma en la emoción de belleza, como cuando el poeta las invoca, interroga o consulta, o como cuando las anima de espíritu panteísta, atribuyendo su náyade a la fuente, su driade al árbol, su hada a la nieve, su gnomo al metal...

Resumiendo, pues, todo ello es la proyección de la sensibilidad del artista en la inanimación del sér o de la cosa que lo conmueve, y en la pasividad del alma receptora, para comunicar la Belleza, que ni es inherente a aquéllos, puesto que se trata de una emoción humana, ni existe en esotra, sino latente y pasiva: así, diríamos, el ovario en la flor. Y del propio modo que el verso no es la poesía, sino su instrumento, la emoción, la imagen y la percepción, tampoco la constituyen cada cual por sí sola, así como el hombre no consiste únicamente en su sensibilidad, su fisonomía o su inteligencia. Es cuerpo y alma, o no es, y con el arte pasa lo mismo. Pues de tal manera vive la creación poética y son sus obras seres vivientes.

Este proceso requiere que la sensación se transforme en contemplación, pues de lo contrario el arte consistiría en un relato de fenómenos. Pero ningún fenómeno es bello en sí, como no lo es, repito, ninguna cosa. La emoción de belleza está en la antedicha transformación de las sensaciones que causan. Así el deseo se vuelve amor: afecto que en el dominio sentimental define la superioridad del hombre.

Nada hay, pues, tan humano como el arte; y en serlo a la perfección, está el secreto de su revelación divina. Por esto, la estatua del numen pagano prefiguraba la futura humanidad superior en que había de manifestarse el "deus" interno, y la catedral gótica simbolizaba el cuerpo del crucificado cuyo sacrificio fué la ratificación del plan divino en la tierra. En ambos sistemas religiosos, el arte, que había empezado realista, idealizábase tipificando la Belleza. Opuestos en su propósito que fué respectivamente la idealización de la realidad y la realización del ideal, la vida del arte condujolos a idéntico resultado. El Apolo hermoso de la perfección helénica, corresponde al "Beau Dieu" de la perfección gótica. Atena y María alcanzan su prototípica perfección en la virgen de la leve sonrisa. Todas, como se ve, expresiones de serenidad, porque manifiestan el imperio religioso, artístico, social: es decir completo, de la Norma. Jerarquía y disciplina habían alcanzado entonces el apogeo; pues no hubo, en efecto, civilizaciones más militares que la helénica del Partenón y la gótica de las catedrales excelsas. ¿No dije que el segundo prototipo era el triunfo?

La creación poética no es, pues, juego baladí ni complacencia vanidosa. Su ejercicio cuenta entre las virtudes heroicas, y por esto exige ante todo el sacrificio que es la humildad. Hay que aceptar la maestría y ser buen discípulo para llegar a maestro. Así desde Homero, quien, por veneración magistral, empezó la Iliada con un verso de Orfeo, hasta Dante y su "dulce pedagogo" Virgilio. La vida con su ardua experiencia, el arte con su disciplina, la ciencia con su matemática, es decir con su definitiva metodización, enseñan al fin que, no obstante las apariencias de ilimitada libertad, la anarquía es una cosa pequeña.



SABADO
NUEVO

HILO DE ORO,
HILO DE PLATA

*¡Reb Menáshe Dorogofski
qué bellas hijas tenéis!*

*La trigueña me enamora
y la rojiza también.*

*Rusalcas de nuestro siglo,
arranca desde sus pies
la comba del cielo hebreo
que reclamaba mi fe*

*—cenopegias de mi vida,
nuevas Tablas de la Ley—
Adonái tendió ese puente
con figura de mujer
entre mis ásperos sueños
y los sueños de Israel*

*Centelleo de sus risas
y rodmiel de su tez
las espeja el agua ansiosa
del mundo cuando las ve
tan rubias como Dios manda
aquí y en Jerusalem.*

*¡Hijas de chamarilero
parecen hijas de rey!*

*Reb Menáshe Dorogofski,
qué bellas hijas tenéis.*

*¿Para las fiestas nupciales
por cuál de ellas optaré,
si la trigueña es de rosas
y la rojiza de miel?*

*Me quedaría con ambas
y las dotes que les deis;
con ellas y mis ardides
yo las sabré mantener,*

*que para cazar fortuna
los versos son mi cimbel.*

*Viviremos con la dicha
del refrán "no hay dos sin tres",
reverdecido las ramas
del rubio tronco de Sem.*

*Hilo de oro, hilo de plata,
Reb Menáshe, ya lo veis:*

*hilo de oro: vuestras hijas,
y el de plata..., vos diréis.*

REDOLOR

*¡Ah si pudiera cambiar
mis sueños por otros sueños!
Y ser como esos pequeños
que duermen para soñar.*

*O como esos taheños
israelitas que al rezar
saben dejarse llevar
por su goleta de sueños*

*Pero en mi onírico mar
bate el oleaje sus leños:
mis sueños son esos sueños
que nadie quiere soñar.*

CESAR
TIEMPO

¿POR QUE SE VUELVE A LA FILOSOFIA?

(Para LA NACION)
MADRID, febrero de 1931

Por JOSE ORTEGA Y GASSET

VII Y ULTIMO



El error más grave de toda la tradición filosófica hasta Kant ha sido presumir que las cosas "tienen" un ser, ellas por sí, por su propia cuenta y riesgo. De este modo se hacía del ser una hiper-cosa de carácter fantasmático, y la filosofía consistió en una marcha errabunda sin norte ni trayectoria al través de los espacios universales para buscarlo. Así no hay manera de encontrar una cosa y menos una vaga hiper-cosa. Lo primero que hace falta ante un problema es situarlo, determinar el punto del universo donde arraiga. Sólo así, guiados por su raíz y asiento, podemos llegar con algún método hasta él. No vale decir: "lo que busco está en alguna parte, echémonos a dar con ello". Esos problemas sin localización son falsos problemas. Los auténticos están siempre arraigados en algún sitio determinado. Es de toda evidencia no haber ningún problema que no lo sea del hombre. Por tanto, han de brotar todos en una u otra dimensión de la vida humana.

La tradición nos ahoga con una avalancha de cuestiones acumuladas, donde vienen confundidas las substanciales con las ficticias. Por esto urge una investigación radical de ellas, quiero decir, un riguroso examen de su raíz vital que permita eliminar todas las que no la poseen. Imperativo general de sobriedad. Hay que sacudir el mundo para dejarlo reducido, por lo pronto, a lo inevitable.

Las cosas no tienen por sí un ser. El ser surge como una necesidad que el hombre siente frente a las cosas. ¿Cuál? Esta. El hombre no es más que vida. Vivir es encontrarse náufrago entre las cosas. No hay más remedio que agarrarse a ellas. Pero ellas son flúidas, indecisas, fortuitas. No hay modo de hacer pie en su inquieto elemento. De aquí que nuestra relación con las cosas sea constitutivamente inseguridad. En cambio, si la bala que el fusil dispara poseyese "espíritu", vería su existencia como una trayectoria segura. Todo en su marcha está predeterminado por la necesidad física. En ningún momento tiene ella que resolver lo que va a hacer, por tanto, lo que va a ser en el momento siguiente. Dicho en otra forma: su existencia — su trayectoria — le es dada ya hecha, no es problema para ella. El "espíritu" de la bala actuaría simplemente como espectador que contemplaría el desarrollo de su vuelo aéreo desde fuera de él, sin intervenir en él. Por lo mismo, la existencia de la bala no tiene el peculiar carácter de un vivir. Vivir es verse obligado en cada instante a decidir lo que vamos a hacer, por tanto, a ser en el inmediato futuro. La vida no nos es dada ya hecha, sino que tiene que hacerse cada cual y el espíritu del hombre no es primariamente espectador de su existencia, sino autor de ésta: tiene que ir decidiendo de momento a momento. Si las cosas que nos rodean se nos impusieran absolutamente en cada instante, serían ellas las que decidirían de nosotros y nuestro caso se parecería al de la bala. Pero, ahí está, las cosas en torno se presentan respecto de nosotros con un carácter indeciso. ¿Saldrá mañana el sol? ¿Tendrá esta tarde una angina de pecho? ¿Bajarán los valores en la bolsa? La vida es en su más primaria esencia interrogación — o lo que es igual — inseguridad — o lo que es igual — imposibilidad de contentarse con las cosas, con lo que está ahí ahora y "forzosidad de anticipar lo que serán". Pero esas "co-

sas futuras o en su futuro" no son ya las cosas que nos rodean y por sí mismas se presentan. El futuro de las cosas tiene que ser imaginado, construido por el hombre. Y para ello tiene que pasar revista a cuanto de ellas recuerda, a lo que las cosas fueron hasta aquí y procurar extraer de esa "experiencia" una imagen o esquema de su conducta fija, "de lo que son siempre", no en este o el otro instante. De esta suerte construye el hombre tras las cosas efectivas de cada instante la "cosa permanente, inmutable", en suma, el "ser" de las cosas. Cuando cree haberlo hallado sabe ya a qué atenerse respecto a ellas, dejan de ser inseguras, indecisas, flúidas. El mundo no es ya un océano y la vida no es ya un náufrago. Bajo sus plan-

obligados a buscarles un ser y a descubrir o construir éste. Lo construido no son, pues, las cosas, sino su ser. Esta luz no es una "representación" mía, sino, al revés: porque no es una representación o idea mía, sino una absoluta realidad que me alumbró, me esfuerzo en construir su "ser", su "idea" o "noción" en la óptica.

La vida es primariamente encontrarse uno sumergido entre las cosas y mientras es sólo eso consiste en sentirse absolutamente perdido. La vida es pérdida. Mas por lo mismo, obliga, queramos o no, a un esfuerzo para orientarse en el caos, para salvarse de esa pérdida. Este esfuerzo es el conocimiento que extrae del caos un esquema de orden, un cosmos. Este es-

que el náufrago se construye con lo que le rodea.

El ser de una cosa no es, pues, una cosa ni una hiper-cosa: es un esquema intelectual. Su contenido nos expresa o descubre "lo que" una cosa "es". Y "lo que una cosa es" está constituido siempre por el papel que la cosa representa en la vida. No nos habla, por tanto, de la cosa "en sí" — en este punto tenía razón Kant —, sino de la cosa "en nuestra vida", de su significación intravital. Búsquese la raíz del sentido que lleva cualquier concepto y se verá que lo en él pensado es siempre la relación entre una cosa y nosotros, aquella relación que nos proporciona seguridad en nuestro trato con ella.

El ser, repito, no es una cosa entre las cosas y además de las cosas, sino que es interpretación de ellas en cuanto ingredientes de la vida. En última instancia es interpretación de la vida. Interpretación es "logos", razón. De donde resulta que el ser de algo no es sino su razón vital.

Nada, pues, más lejos de la pura verdad que presentar el conocimiento como un esfuerzo advenedizo que el hombre ocioso ejercita por "curiosidad". Como si el hombre pudiese primero vivir sin conocer y añadiese luego por grata diversión al vivir el conocer. No hay vida sin interpretación del mundo y de sí misma. Como antes decía, no hay vida sin convicciones últimas sobre sí misma.

De ordinario, estas convicciones son recibidas por nosotros del ambiente social. Oímos que las cosas son de este y del otro modo, que hay estos o aquellos valores decisivos, es decir, que la vida se justifica cuando se pone al servicio de tal o cual cosa. Este repertorio de convicciones mostrencas constituye la cultura anónima y atmosférica de cada época. El hombre medio y, en buena parte, el escogido, tranquilizan su existencia montándola sobre ese sistema de convicciones recibidas, las cuales cubren la conciencia radical de pérdida que es la realidad primaria de toda vida. Hay en ésta una tendencia vehementemente a no querer ver su dramática substancia, la absoluta inseguridad que la constituye. El hombre se ciega voluntariamente para huir de su propio abismático fondo y está dispuesto a creer cualquier cosa. De aquí el poder inmarcesible de la tradición. Preferimos vivir sobre opiniones hechas por otros. Formarnos las nuestras implica que nos hemos desasido de toda interpretación recibida y que por un momento nos sentimos absolutamente perdidos.

Ahora bien; esta conciencia de pérdida puede ser más o menos extensa y profunda. Cuando en la carretera solitaria el automóvil se detiene espontáneamente, el conductor que no es buen mecánico se siente perdido y daría cualquier cosa por saber lo que "es" la máquina automóvil. Aquí la pérdida es mínima y queda circunscripta a un detalle de la vida: el desplazamiento en un viaje. Pero, a veces, queda en "panne" la integridad de nuestra vida porque todas las convicciones fundamentales se han hecho problemáticas. Las últimas ideas científicas, las normas éticas sobre que solíamos flotar vacilan, se muestran, a su vez, inseguras, mal fundadas. Es una época de crisis radical en una cultura. El hombre entonces redescubre por debajo de aquel sistema de opiniones el caos primigenio de que está hecha la substancia más auténtica de nuestra vida. Vuelve a sentirse absolutamente náufrago y tras ello la absoluta necesidad de salvarse, de construir un "ser" más firme. Entonces se vuelve a la filosofía.

ITINERARIO DE UN ALMA HUMILDE

*Eres baldío cual las esquinitas
Donde flamean, ciegos, deshilados,
Los gallardetes de las calecitas
Parecidos a colas de pescados.*

*Vives la soledad de los soldados,
Que después de dar vueltas infinitas
Por las murallas del cuartel, cansados,
Se meten, cuando llueve, en las garitas.*

*Eres el hombre en el que nadie piensa,
Para quien la ciudad guarda la ofensa
De sus cosas inútiles y crueles.*

*Como ser, en la calle, la congoja
De un niño que reparte unos papeles,
Y que la gente, sin leer, arroja.*

HORACIO REGA MOLINA

tas siente la tierra firme y el universo se convierte en una arquitectura con sus puntos cardinales, con su orden cósmico. Entonces puede el hombre decidir con seguridad. Entonces sus decisiones tienen para él sentido y su vida es un caminar ordenado en vez de un hundirse en el caos.

Esta idea de que el ser de las cosas es algo que el hombre construye porque lo necesita y, consecuentemente, que no ha lugar a hablar de un ser si se abstrae de la vida humana no implica lo más mínimo recaída en el idealismo y menos en el que fuera peor de todos, en un idealismo antropológico. Porque aquí no se dice que las cosas, que las "realidades" sean construcción de la mente. Todo lo contrario. Porque las cosas nos aprietan inexorablemente, antes de que pensemos en ellas nos vemos

quemado del universo es el sistema de nuestras ideas o convicciones vigentes. Queramos o no, vivimos con convicciones y de convicciones. El más escéptico teóricamente existe apoyándose en un soporte de creencias sobre lo que las cosas son. La vida es absoluta convicción. La duda intelectual más extrema es vitalmente una absoluta convicción de que todo "es" dudoso. Y el "ser" dudoso algo o todo no es menos creencia en un "ser" que cualquiera otra de aspecto más positivo.

Ahora se comprende por qué el entendimiento funciona. No simplemente porque lo tengamos. Funciona como en el náufrago los brazos para mantenerle a flote: pensar es un movimiento natorio para salvarse de la pérdida en el caos. Si se quiere insistir en la comparación dígame que el "ser" es la balsa

LA ESCLAVITUD DE LA PARROQUIA

Por NEMESIO GARCIA NARANJO

(Para LA NACION) CARACAS, febrero de 1931



La Academia de Suecia creyó que Sinclair Lewis era un escritor de espíritu universal, digno de codearse con Rabindranath Tagore, Romain Rolland, George Bernard Shaw y Jacinto Benavente, ya debe estar plenamente convencida de lo contrario, porque el novelista laureado, al recibir el premio Nobel, pronunció un discurso sectario que a nadie interesa, fuera de los Estados Unidos.

Aunque el premio Nobel se encuentra muy lejos de significar una consagración inapelable y definitiva, su carácter mundial parece exigir de quienes lo reciben, una amplitud de criterio y una serenidad de espíritu, que los

coloque arriba de las pasiones y los odios que agitan a la mediocridad. Sinclair Lewis mira con desdén a la Academia literaria de los Estados Unidos y está en su perfecto derecho para ello; pero... su alta posición en las Letras debería refrenar sus estallidos violentos. Alfonso Daudet fué grande, no por haberse reído de los cuarenta académicos de Francia, sino por haber hecho con sus risas una obra suprema de arte. Ahí — si en vez de escribir las páginas impercederas de "El In-

mortal", hubiera publicado un manifiesto en contra de la Academia, el delirioso autor de Tartarin, se habría puesto en ridículo.

¡Un manifiesto: eso es el discurso de Sinclair Lewis! Un manifiesto que tiene por objeto fulminar al poeta Henry Van Dyke, al novelista Howell y a todos los escritores norteamericanos que no forman parte de la camarilla literaria de "The American Mercury", a cuya cabeza se encuentra el mordaz escritor Henry La Motte.

La lucha entre dicha camarilla y los demás grupos literarios de los Estados Unidos, no pasa de ser una querrela de campanario. En todos los países se efectúan polémicas sobre el mérito de este o aquel escritor. En Méjico discutieron mucho el poeta Gutiérrez Najera, y el crítico Puga y Acal sobre la estatura lírica de D. Juan de Dios Peza. En el resto de la América, constantemente se registran debates entre los que se consideran depositarios de la cultura tradicional, y los muchachos de la "última barca", que creen traer la fórmula definitiva de la belleza... Pero ¿qué objeto tenía llevar a la Academia de Estocolmo, una de estas contiendas parroquiales? Una lucha entre "arribeños" y "abajeros" (Continúa en la pág. 10)

MARIA CHRISTIANE

Sombrero de panamá papel azul nacarado y adornado con una triple cinta en tres colores: negro, rosa pálido y blanco. El movimiento del ala es sumamente nuevo, formando dos pliegues bien marcados, hacia delante



MARIA GUY

Sombrero grande de "paillason" verde y satén escocés verde, blanco y gris

Este modelo en "lalze" de paja azul marino, de CHEZ MARIA GUY, lleva un "drapé" en "tafetás" escocés azul, blanco y beige

DIBUJO DE REYNALDO LUZA

LOS SOMBREROS

POR

EVELYN GREIG

PARIS, febrero de 1931

HA pasado la época en que era necesario que el color del vestido y del sombrero fuese el mismo para asegurarse el éxito de una "toilette".

Escoger un sombrero esta estación será correr el albur de una aventura llena de colorido, porque los colores están en el apogeo de su gloria y su mayor interés radica en los sombreros.

Ha vuelto el sombrero colorado y también el verde, y éstos, acompañados de algún otro detalle del mismo tono, dan los resultados más elegantes.

Hace dos años nuestros sombreros quedaban colocados como debiendo formar un marco de las cejas sin dejar ver el pelo. Entonces nos pareció que obteníamos una expresión dura y severa... ¡pero era chic! El año pasado descubrimos la posibilidad de belleza que nos ofrece una frente descubierta y adoptamos las copas (calottes) muy ceñidas a la cabeza, rodeando la cara y dejando ver algunas ondas de cabello por los lados. Mirándonos al espejo tuvimos que admitir que estábamos mucho más bonitas. Este año hemos ido aun más lejos. El sombrero descubre no sólo la frente por completo, sino parte de la cabeza; por los lados y detrás preciosos rizos de pelo forman un marco decorativo para la mujer y para el sombrero. Nunca desde la edad de seis años nos habremos visto ante el mundo con un aire tan angelical.

Puede decirse que los tocados acaban de sufrir una sensible transformación, y a pesar de que las opiniones suelen estar divididas, un momento llega en que se sigue una misma orientación. Por un lado hay quien con gusto volvería a los bordes; por otro se insiste en conservar los gorritos, pero oímos con frecuencia un deseo en favor del sombrero grande. ¿Qué resultará de todo esto?...

Nuestra opinión es que todo es bonito y que depende del momento y de la ocasión. Es probable que para la primavera se seguirán usando los sombreros pequeños mientras la temperatura nos obligue a llevar un cuello guarnecido de piel, pero también parece igualmente probable que con los días más calurosos adoptaremos los sombreros grandes.

No obstante, es evidente que las mujeres elegantes lucharán contra el bonete de serie que tanto se ha vulgarizado, y con ese objeto vemos ya tocados muy lindos, sobre los cuales se detalla un trabajo de gran maestría; así el sombrero recobrará su valor, puesto que será más delicado y, por consiguiente, más difícil de reproducir.

El sombrero pequeño o gorro liso de color vivo se lleva mucho por la noche, en el restaurante o en el teatro, con un vestido negro; es muy elegante para las jóvenes, y las damas de edad eligen terciopelo negro.

La temporada de primavera preocupa a las que deben llevar la nueva creación, y estas coquetas nos han confesado ya que esperan con impaciencia la ocasión de lucir la capelina ancha y el sombrero-campana de forma nueva cuyo borde se echará hacia atrás, dejando libre el rostro.

Se habla mucho del panamá papel o papyrus y lo emplean las casas más importantes, en blanco y en los colores más lindos. También se usa una cierta paja trenzada a dos colores, blanco y negro, la que armoniza con una pluma de ala de un verde luminoso. Una toca de cinta de seda con bordes de terciopelo negro se coloca bien hacia atrás sobre la cabeza, sin otro adorno que un velito de pliegues irregulares. El tricot, la pluma de avestruz cortada, el galón, las cintas de crespón de China, etc., responden al gusto de cada mujer.

En los sombreros pequeños hay una gran tendencia al movimiento sobre una oreja, dejando libre el otro lado: esta línea da una gracia incomparable.

Se dice que llevaremos sombreros adornados con plumas de paraíso "aigrettes" y "crosses", pues resulta indispensable que la mujer elegante vuelva a adoptar el sombrero de mañana, el de tarde y el de noche y fuera de París, el de viaje o el de sport.



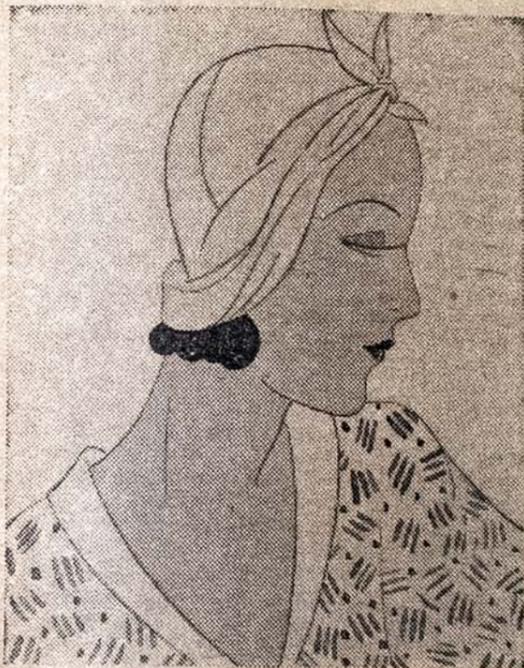
ROSE DESCAT con su gusto exquisito nos presenta una colección que posee la nota del detalle. Esta modista es una de las que nos afirman la aparición del sombrero más trabajado, y ella lo interpreta con tan buen gusto que sólo podemos reconocerle el mérito de su arte. Usa mucho el panamá papel y la paja "bakou". Como la mayoría de las demás casas, tiene una colección que se divide en sombreros de primavera (los que nos pondremos en seguida) y al mismo tiempo nos permite ver buen número de modelos para el pleno verano. La frente completamente descubierta y los bordes de línea sencilla.

MARY GUY ha hecho una colección muy variada, pero en la cual, en su mayoría, los sombreros son más bien pequeños. Algunas de sus últimas creaciones llevan el fondo de tafetán escocés de dos o tres colores y el borde de paja. Esta novedad que señalamos constituye el éxito de su colección y nada puede ser más elegante que uno de esos sombreros de tafetán y paja, para acompañar una "toilette" cuyo color sea unido.

LOUISE BOURBON. Ella misma ha elegido entre toda su colección esta toca cuyo dibujo reproducimos y que con su sencillez y elegancia interpreta el gusto muy parisiense de su creadora.

MARIE CHRISTIANE presenta con mucho éxito el sombrero de panamá papel que será el predilecto para los días de sol y el complemento para una "toilette" de verano. En su colección adquirimos una gran novedad, que es el empleo del nuevo jersey de Chanel (jersey de hilo y lana) para hacer preciosos gorritos y sombreros tan sumamente trabajados que al detallarlos nos revelan la minuciosidad más exquisita; no obstante, son de línea muy sencilla y se adaptan a las caras jóvenes.

O'ROSSEN ha dedicado esta estación un estudio muy especial a sus blusas, que al ser muy lindas, deberán poner de relieve el corte irreprochable de esta casa.



La blusa "Coup Double" de CHEZ O'ROSSEN es en encaje crudo con un moño en el cuello

Boina en terciopelo gris azulado de LOUISE BOURBON, muy levantada a un costado

Capelina de ROSE DESCAT en "bakou" nacarado rosa, guarnecido con una cinta de terciopelo rojo obscuro. El ala está trabajada con alforzas

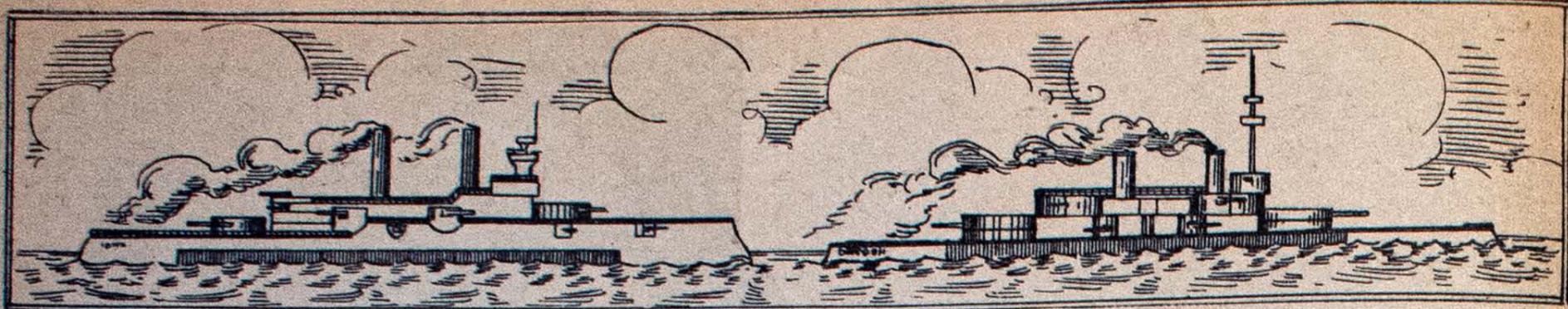
JEAN PATOU

Para el final del verano este sombrero, modelo nuevo de Patou en fieltro "beige", introduce de nuevo en la moda el ala delantera, cuya tendencia se vuelve a marcar decididamente en las nuevas colecciones. Como único adorno, dos pequeños botones del mismo fieltro

O'ROSSEN compone esta blusa estilo "satin" en satén blanco "pekiné" lavable. El cuello termina con un pequeño moño en la parte de atrás



LAS MIL Y UNA AVENTURAS



CAPITULO XVI

El "Iowa" y el "Oregon" acorazados que en 1898 hicieron un viaje alrededor de toda la América, determinando para los Estados Unidos la necesidad de abrir el canal de Panamá, iniciando lo que se llamó "El Destino Manifiesto". (Adaptación calcofónica de "The Naval Annual". T. A. Brassey. 1898)

LA LLAVE DEL MUNDO

Por JOSE SANTOS CHOCANO

de rayos y, hube, entre sueños de ver de nuevo a los fantasmas del "Iowa" y el "Oregon", proyectándose, apocalípticamente, en el fondo del destino común de nuestra América.

Una mañana jubilosa y rica de colores me sorprendió, ofreciéndome, en la jocosidad de las aguas verdiazuladas del Golfo, el espectáculo pagano de cien islotes cubiertos de vegetación profusa, cuyo verdor se me aparecía estampado de flores y recamado por el sol.

La diaphanidad del cielo cubría, con su tremulante campana de cristal, la alegría dionisiaca de los islotes derramados como un coro griego, ensayando una danza geométrica, gobernada por el son polirrítmico del mar, de cuyo fondo se me figuraba ver surgir al efecto, entre orlas de espuma, una distribución armoniosa de canastillos de flores y de azafates de frutas.

Pululaban sobre los islotes alcatrazes, que en su hieratismo asumían una actitud simbólica. No en vano el pelicano de la fábula se rasga las entrañas para alimentar con ellas a sus hijos, como mi fantasía de poeta me hacía ver a Panamá, abriéndose en canal con el propósito de infundir una vida nueva al mundo.

Por entre el bosque aladinesco de los mástiles en la bahía, en que la red de las jarcias relumbra palpitante como una telaraña del sol, veo yo languidecer la figura yacente y extenuada de la ciudad, que se alarga como con un gesto de esplín y negligencia.

Yo no sé qué impresión me da la ciudad, así, tendida a lo largo de la playa ondulante, como de pereza mecida en una hamaca, con un vaivén de siglos... Bien podría imaginarse tal hamaca oscilando de manera que la criolla, mecida en ella, asomárase, alternativamente, al uno y al otro espejo de óvalo de los dos mares en que sonríe su coquetería...

Alrededor del cuello de la criolla imaginaria se enrosca, por varias veces, de rico collar de perlas, recogidas por los buzos nativos en el coire de las profundidades azules del Golfo, que salpicara con el huevo de paloma de una de ellas el sombrío jubón de Felipe II, sobre cuyo pecho pendiera de una finísima cadena de oro de Indias.

La criolla me traga con los ojos, y me doy todo a ella.

■

Cuando he saltado a tierra me he sentido en la hamaca.

Una caricia voluptuosa me ha envuelto como en una brancada de opio... He empezado a sentir el adormecimiento precursor del sopor visionario. Voy caminando por las calles estrechas y angustiadas, como si me trajera y llevara el vaivén de las olas. Una marejada parece que hay en el fondo de mi paseo por las calles de Panamá.

Todas las casas son de tres y más pisos, improvisadas con el afán de no dar a la vida un sentido de grave permanencia.

Un signo temporal predomina en el ambiente, en que flota una como sonrisa escéptica, en la que se disuelve la vanidad de vanidades salomónica...

■

Paréceme que esta ciudad de tránsito se recuesta apenas en la

CUANDO el estrépito de la cadena rechinante denunció al ancla que caía en las aguas de Panamá, salté de mi lecho y en pijamas salí del camarote y, por entre las tinieblas, me deslicé hasta proa. La noche estaba negra como caldera de betún volcada sobre un mar espeso y semialejargado.

El esfuerzo visual me permitía descubrir salpicados en la vasta bahía innumerables islotes, alrededor de cuyas negruras apretadas pintábanse y despintábanse sortijas de espuma.

Hacia tierra mis ojos penetraron la masa enorme de la ciudad dormida, que, en su sueño, profundamente sumido en la obscuridad, abría y cerraba con guiño picaresco sus ojos de Argos.

Pensé yo en un Micromegas, que totalmente envuelto en luto y dotado de gigantescas alas de murciélago había descendido del cielo sobre el mar y la tierra, y después de pasar la caricia de sus manos negras, entenebreciendo los islotes y espesando las aguas y encrespando las costas concluía por enfundar las torres, los edificios todos, la arquitectura angulosa de la ciudad, y se entretenía en jugar, como mediante un resorte, con encender y apagar las lucerillas vigilantes, como puñado de luciérnagas recogido en una de las manos enguantadas del pavoroso personaje.

De pronto, en la lejanía del mar y del cielo confundidos en el espesor de la noche, cayó un rayo en seco, como si hubiese saltado una cuerda en un arpa. Tras de ése, saltó otro, y luego otro y otros, como si un instrumento cortante hubiera ido en tal arpa haciendo saltar todas las cuerdas...

Estaba yo maravillado. Ni una gota de lluvia, ni un aleteo de viento ni un estremecimiento en el agua que apenas ponía un chisquín en la voluptuosa redondez de la nave. Una serenidad trascendental invitaba a la oración y al recogimiento, dentro del panteísmo extático en que la noche toda se consumía como un grano de incienso en el ardor sagrado de los trópicos.

Si Payta me había hecho pensar en Egipto, si Guayaquil me había dado impresión indostánica, la noche en el mar de Panamá me había llenado de una emoción religiosa semejante a la que infunde la majestad de Buda en el Celeste Imperio.

Así es como la seda mullida de la obscuridad, oblicuamente rasgada por los rayos, me hizo imaginar un gran biombo negro, todo él bordado con los flechazos de cien cigueras de oro.

A la luz fosfórica con que cada rayo calibraba el mar veía yo por un instante los esqueletos de las arboladuras y los ataúdes de los cascotes, que me hacían aparecer la bahía oscura a la manera de un cementerio de naves. Pude imaginarme, en una de esas instantáneas apariciones y desapariciones, los fantasmagóricos del "Iowa" y del "Oregon", que habían echado el ancla para siempre en las aguas de Panamá quedando allí como una visión inmóvil e imperiosa, en la permanente exigencia de lo que se estimara una necesidad.

Al volver a mi camarote y recogerme en mi lecho, después bajo mis párpados cerrados la obscuridad de terciopelo de la noche, pesumbreada

ciudad bullente me he venido a dar de bruces en el reposo sepulcral de tanto escombros.

Empínase, en sentido acusador o profético la torre de la antigua Catedral, alrededor de la que ha crecido la maraña como un reclamo de la Naturaleza, exigiendo la vuelta a su seno de los encumbramientos humanos, donde antes anidaban palomas anidan hoy murciélagos; y en donde se dejaba oír el retintín de las campanas se oye hoy el graznido de los buhos. No sé por qué, sin embargo me parece que tal torre en ruinas cumpliera mejor ahora su misión religiosa, pues invita a la meditación y al silencio tanto como al amor hacia la Naturaleza y al menosprecio de las vanidades humanas.

La imaginación me hace sospechar en el mar azul que desde la vieja Panamá se divisa, el velamen en que Darke aparece, rasgando al sesgo la noche de los tiempos, en cuya obscuridad sigue poniendo un relámpago sangriento su hacha de abordaje...

Por entre los escombros de la vieja Panamá, pienso que discurre el alma en pena de Enrique Morgan, cuyo rostro apoplético y melenudo se me figura asomado a lo más alto de la torre ruinosa.

Cuando vuelvo de la muerte a la vida, de la ciudad escombrada a la ciudad siempre en fiesta, traigo en mi espíritu impresa una de las láminas grabadas en acero a fines del siglo XVII, por Exquemelin en su obra sobre los "Bucaneros en la América".

Hierven en mi mente cuentos de piratas, asaltos de galeones, raptos de doncellas, matanzas de poblaciones, incendios de ciudades, romances enteros de aventuras y lances extraordinarios, en que Panamá es como la llave misteriosa que abre y cierra las puertas del milagro del oro.

■

Al saltar de mi coche humorístico, las figuras irónicas de los caballos se alejan arrastrando la filosofía en que yo vengo a convenirme de que la vida animal en los trópicos, está sujeta a la absorción de la vida vegetal, por obra concurrente del calor y la humedad.

Ya Buftón observaba que en América no hay animales corpulentos y, en cambio, árboles hay de robustez y elevación extraordinarias.

Así es como el caballo se va empequeñeciendo en sus reproducciones, hasta el extremo de que se dan casos en que, a la cuarta o quinta generación, sus descendientes son como juguetes vivos que pueden ser puestos a correr sobre una mesa.

En el Istmo de Panamá hay, en cambio, caobas que son torres de madera, al pie de las que la figura humana resulta insignificante.

■

Prodigio de la Naturaleza, el Istmo de Panamá se adelgaza en la labor de pulimento que parecen emprender armoniosamente los oleajes de dos mares.

Nudo dijérase en que el mundo está por los extremos, alrededor de su máxima redondez, la túnica de las aguas.

■

En ese nudo se atan las dos lá-

bulas que cubren hacia un lado el incendio de la Atlántida y hacia el otro el naufragio de la Lemuria.

Puente de maravilla, sirvió de paso a Balboa a Pizarro, a Almagro, a todos los conquistadores de Centro América y de los países bañados por el Mar del Sur. Por Panamá vino a penetrar la sangre ibérica en las venas de un gran número de pueblos del Nuevo Mundo; y éste hizo el pago de esa sangre, en un raudal de oro que, por Panamá, fué a repletar las arcas de la Real Corona.

Transformando el comercio con las remesas de metales preciosos, Panamá fué la llave del mundo.

Bolívar escogió tal punto estratégico para su ensayo anfitrónico en que empieza a germinar la Liga de las Naciones.

Puente de maravilla, sobre él sigue paseándose la sombra de Bolívar, como la de un Capitán sobre el de una nave que pudiera ser el mundo.

Llave del mundo fué Panamá, al volcar sobre Europa el Tesoro de los Incas, transformando el comercio universal con el oro del Cuzco y la plata de Potosí. Llave del mundo se prepara a ser de nuevo, transformando la navegación con el canal, por donde Europa y Asia han de realizar su intercambio.

El canal de Panamá es la realización de un sueño histórico.

Pasando por alto todas las exploraciones de Rodríguez de la Bastida, Enciso Ojeda, Núñez de Balboa, González Dávila, Cernuda y otros, sábese que tanto Angel Saavedra como Sandoval llaman la atención del emperador Carlos V sobre la posibilidad de romper el istmo que se extiende entre las hoy repúblicas de Méjico y Colombia. Carlos V interésase, al fin, y dicta una orden para que el gobernador de Tierra Firme proceda a facilitar los estudios relativos a la comunicación del río Chagras con el Mar del Sur. Conviene recordar que el gobernador de Tierra Firme considera, por su cuenta y riesgo, impracticable la obra, y hasta se toma la libertad de recomendar al Emperador que no preste oídos a los halagos de tal utopía. Este "hombre práctico" hizo pesar su criterio por más de dos siglos. El pensamiento español se dejó impresionar por las sedudas reflexiones de tal Sancho Panza; y, naturalmente, se sacudió, como de moscas pegadizas, de cuantos pretendieron arrastrarlo a la aventura verdaderamente quijotesca del Canal.

Sólo en 1780 el pensamiento español se reincorpora. Don Quijote se llama entonces Carlos III. Cosa convenida es que Carlos III fué un rey extraordinario. Comisiona al español Manuel Salistro y al francés Martin de la Bastida, para hacer los estudios correspondientes; pero los desvelos de estos dos sabios hombres y los empeños del gran Rey, hubieron de fracasar ante la conflagración universal provocada por la Revolución Francesa.

Hombres de ciencia siguen adelantando estudios al respecto: Corral, Carriell, Humboldt. En los principios del siglo XIX el pensamiento español hace una nueva excursión por el istmo, con el general Obregón y D. José de Garay.

Don Quijote da un salto a Hispano-América, y se llama Simón Bolívar. Basta recordar la carta con que el Libertador trata de interesar el pensamiento inglés en la gran obra. Es por orden de Bolívar que Lloyd y Tolundre hacen sus estudios sobre la vía segura

practicabilidad del Canal. Bolívar tenía muy fijos sus ojos en el istmo; recuérdense sus palabras grandilocuentes en el Congreso Hispano-Americano de Panamá.

El pensamiento inglés no se interesó, propiamente, en la magna obra, hasta el Tratado con los Estados Unidos, en 1850, y el con Nicaragua en 1860, asegurando en ambos la neutralidad del Canal.

Mucho antes, el pensamiento francés se ha interesado: en 1838, una Compañía Franco-Granadina se propone realizar la obra; y, cinco años más tarde, Luis Felipe comisiona a Napoleón Cabelle para perfeccionar el proyecto. Por aquel entonces, también el príncipe Napoleón y el marino Doré se empeñan en hacer el canal de Nicaragua.

Siguen tanteos, estudios, trabajos, exploraciones, proyectos: Bell, Nillaud, Michler, Kelly, Lacharni, Selfridge, ya por el Atrato, ya por San Blas, ya por Tehuantepec, ya por Nicaragua, ya por el Darien.

Al fin, se cristaliza en 1876 el plan con respecto a Panamá: Colombia celebra contrato con el general Tourr, en el que, por cierto cedía, además de las tierras necesarias, la no desdeñable cantidad de 250 mil hectáreas a los dos lados del Canal. Emiten su dictamen Wyse y Reclus; y, por último, Lesseps pone sus doctas manos en el asunto: es el año de 1879. La Compañía Francesa del Canal de Panamá queda organizada; y empieza sus labores en 1881. Aquí se señala ya una nueva época. ¿Y los Estados Unidos de América?...

En 1852, Henry Clay se interesa por el Canal de Nicaragua; al siguiente año, Palmer celebra su contrato respectivo. En 1846, los Estados Unidos perfeccionan con Colombia el primer Tratado sobre el Canal de Panamá, tres años después, la Panama Railroad Co. suple el Canal con el Ferrocarril de Panamá a Colón. En 1850 se firma el primer tratado al respecto entre Estados Unidos e Inglaterra (el Clayton-Bullwer). Los estudios de Cullen, Strain, Nitchler y Davis habían sido hechos por orden de los Estados Unidos. En 1869 firman los Estados Unidos su segundo tratado con Colombia, que no llega a ser aprobado por ésta. En 1870 el presidente Grant (el mismo que decía "Debemos tratar de hacer que el caucho sea un producto nacional") guía la atención hacia el Canal de Nicaragua. Sólo en 1886 se cristaliza este proyecto en la Nicaragua Canal Association. En 1900 los Estados Unidos e Inglaterra celebran su segundo tratado sobre el Canal (el Hay-Panceffote).

Es en tal punto que cruzo yo por el Istmo.

Ya el Iowa y el Oregón habían hecho su histórico viaje alrededor de toda nuestra América; y sus fantasmas habían echado el ancla para siempre en las aguas de Panamá, determinando la perspectiva del Canal, de la estación carbonera de Guantánamo, de los dominios de Puerto Rico y Filipinas, de la situación equívoca de Nicaragua y de las preocupaciones sobre el Golfo de Fonseca y sobre las Islas de Galápagos...

Es el instante en que Panamá va a ser otra vez la llave del mundo. Con ella abrió las puertas de la Edad Moderna la mano generosa de España. Esta vez la llave aparece cogida por la astuta tenaza de otra mano.

Sólo tres días paso en el istmo. El mareo que me produce la algazara unánime y filosófica de la ciudad en fiesta nunca interrumpida, me libra del temor a la fiebre, al vómito, a la viruela a tanta peste que rebulle a manera de comparsa en el carnaval de la muerte.

En "La Estrella de Panamá" se me entrevista, dedicándome vasto espacio en tres páginas.

Llegan en mi busca los poetas de entonces: Simón Rivas, fino mulato de clara inteligencia; y Federico Escobar, negro puro, en que se renueva el arte de Plácido y Obeso. Había muerto Adolfo García. Estaba ausente Darío Herrera, a quien conocí en Lima: pálido, nervioso, delicado, enfermizo cultor del "vacío elegante". No era el tiempo todavía de Carrasquilla Mallarino, de Ricardo Miró y de Demetrio Korsi.

La nota de la poesía trae a



semejanza de la mayoría de las instituciones británicas, la Cámara de los Comunes observa una serie de costumbres peculiares, y si bien muchas de ellas pueden actualmente parecer extrañas y hasta inexplicables, tuvieron en su origen una perfecta razón de ser.

En efecto, a quien visita hoy la Cámara de los Comunes y ve desde la Galería de los Extraños aquellas hileras de parlamentarios, bien vestidos e inofensivos, le resulta difícil retroceder con el pensamiento hasta aquellos tiempos en que los descotes, los pantalones cortos y los espadines formaban para el miembro del parlamento un equipo tan completo como lo puede ser el traje de calle en la actualidad. Desde la lejana época de las espadas existe en la Cámara de los Comunes un hábito que parece hoy completamente inexplicable para numerosas personas.

A diferencia de muchos otros edificios parlamentarios, en cuyas salas de sesiones las bancas se encuentran dispuestas en círculo, en la Cámara de los Comunes tienen una ubicación tal, que la oposición se sitúa justamente frente al partido oficial.

Entre las bancas de los rivales hay una mesa, destinada a los empleados de la Cámara, sobre la cual se encuentra la histórica maza del cuerpo, siempre que, como se dice en el lenguaje oficial, la Cámara no esté en comisión.

La maza adquirió recientemente una gran notoriedad porque uno de los miembros del parlamento, olvidando completamente su tradición histórica y su función, se apoderó de ella, ante el asombro de todos sus colegas. La citada maza constituye el símbolo de la autoridad de la Cámara de los Comunes. Quien se burla de ella lo hace de la Cámara. No hay entre las imágenes religiosas antiguas otra cuya santidad se haya cuidado con igual celo. Considero por eso que no estarán de más algunas palabras acerca de su historia.

En la Edad Media, las mazas eran las armas más utilizadas por los guerreros eclesiásticos. Con el correr de los años fueron consideradas símbolos de la dignidad cívica. Durante la época del Commonwealth Británico se realizaron pingües negocios con su fabricación, y fué entonces, o

El Parlamento Británico

CURIOSAS FORMALIDADES ORATORIAS Y DE ETIQUETA — COMO SE OBSERVA LA TRADICION EN LA CAMARA DE LOS COMUNES

Por John Nairn

para decirlo con más exactitud, en 1649, cuando Thomas Maundy construyó la de la Cámara de los Comunes. Es, pues, la misma de los días de Cromwell, sólo que se la dotó de una cabeza nueva, para indicar la restauración de la monarquía de Stuart, en 1660.

La mesa de los empleados no es la única valla que se para las bancas de los gobernantes y de las de quienes aspiran llegar a serlo. Delante de las primeras bancas de ambos bandos se halla un camino de alfombra de unos 70 centímetros de ancho. Cualquiera de los miembros del parlamento que al hacer uso de la palabra pase, aunque sólo sea algunos centímetros, más allá de la franja roja de la alfombra, es llamado al orden inmediatamente con fuertes gritos.

Este hábito nació en los tiempos en que después de un acalorado debate era frecuente que alguno de los representantes desenvainara la espada. Por tal motivo, entre las franjas rojas media exactamente la distancia necesaria para evitar que pueda trabarse un duelo.

Recientemente, uno de los miembros de la Cámara, reputado por sus censuras provocativas y no siempre justas, pareció no poder mantenerse dentro de los límites fijados por la alfombra, y sus contrarios no perdieron la oportunidad de gritar "orden, orden", cada vez que avanzaba más allá de la franja.

Cuando un parlamentario entra o sale de la Cámara debe inclinarse ante el presidente. Se asegura que, originariamente, los legisladores se inclinaban ante un altar erigido en el recinto y que fué destruido hace más de cien años por un incendio. Actualmente no existen vestigios del mismo. De todos modos, y cualquiera sea su origen, esta costumbre debe ser escrupulosamente observada.

Una de las reglas más importantes que necesita aprender el representante que se incorpora al parlamento, es que jamás debe dirigirse a un colega, designándole por su nombre. Así, por ejemplo, dirá: "el honorable miembro por Ham-

bledon" cuando desea referirse al representante de ese distrito. Se usan también otras formas aun más corteses para referirse a uno de los miembros del parlamento, como ser "el honorable baronet, miembro por Smethwick"; cuando es militar o marino se le llama con frecuencia "el honorable y valiente caballero", y en el caso de un abogado, "el honorable y estudioso caballero".

Entre los errores más comunes susceptibles de ser cometidos por los miembros nuevos del parlamento puede mencionarse la costumbre de hablar en la Cámara como si fuera una asamblea pública común.

El reglamento de la Cámara de los Comunes prescribe que todos los miembros deben dirigirse, en sus debates, a la presidencia, y los funcionarios que desempeñan este cargo se muestran siempre celosos en conservar los derechos y tradiciones del mismo. Teniendo en cuenta esta prescripción, constituye una grave falta de etiqueta interrumpir sin autorización del presidente a cualquier miembro que haga uso de la palabra para intervenir en un debate. Cuando uno de los legisladores debe pasar necesariamente entre el presidente y el colega que tiene la palabra para llegar a su banca, es indispensable que se incline, cual si quisiera imitar al Atlas.

Pero lo que resulta más divertido son las mociones de orden. En efecto, hay en la Cámara algunos legisladores que conocen muy bien hasta qué punto pueden explotarse estas mociones. Cuando un miembro de la Cámara de los Comunes quiere especializarse en las mociones de orden que, por otra parte, pueden ser muy eficientes en los debates parlamentarios, nunca debe estar lejos de su sombrero o del de algún colega. Si surge una divergencia, cualquiera de los representantes puede presentar una moción de orden, pero para ello es indispensable que permanezca sentado y cubierto. Este formalismo ha dado lugar, con frecuencia, a espectáculos curiosos, pues muchos miembros, deseosos de formu-

lar una moción de orden, no vacilaron en apoderarse del sombrero de algún colega para poder hacerlo. A menudo un mismo sombrero es utilizado por varios legisladores. Este detalle reviste actualmente un interés especial, pues como aumenta constantemente el número de representantes del sexo femenino, no será extraño que alguna de ellas necesite recurrir en un determinado caso a un sombrero de hombre para presentar una moción de orden.

En la historia de la Cámara de los Comunes hay una época en que, prácticamente, todos conservaban puesto el sombrero durante los debates, salvo cuando se ponían de pie, para hacer uso de la palabra. También se observó que algunos legisladores echaban sus sombreros en tal forma sobre los ojos, que resultaba imposible saber si estaban despiertos o dormidos. Ningún miembro del parlamento debe dejarse dominar por el sueño mientras permanezca en el recinto, aun cuando las sesiones se prolonguen hasta las primeras horas de la madrugada, como sucede con frecuencia. Actualmente, son pocos los legisladores que dentro de la sala conservan el sombrero puesto, costumbre que, según dijo en cierta ocasión un irlandés, resulta muy conveniente para aquellos señores que deseaban evitar que sus cerebros pudieran volarse.

Es un error común creer que los miembros del parlamento poseen bancas fijas. No es así. Es cierto que las bancas de primera fila corresponden, por costumbre, a los ministros y ex miembros de gabinete. Además, se reservan, por simple respeto, algunas bancas determinadas a los miembros más ancianos y prominentes del cuerpo; pero, en general, los demás legisladores deben conformarse con los lugares que pueden encontrar y estar contentos si logran conservarlos hasta el final de la sesión.

Todo aquel que visita la Cámara de los Comunes puede presenciar la procesión del presidente, con que se inicia la sesión cotidiana. Cuando la procesión se acerca al recinto, un oficial de policía ordena en voz alta: "Quítense los sombreros, extraños".

Esta orden debe ser acatada por los caballeros presentes. La ceremonia resulta algo impresionante, porque infunde en los espectadores el espíritu histórico, que preside todos los actos realizados en la Cámara de los Comunes.

LOS ALQUIMISTAS DE MONTE GENEROSO

(Continuación de la pág. 14)

ducir descargas continuas de elevadísimo voltaje que substituyan el fenómeno natural.

Por otra parte, ¿qué sucederá si en el Monte Generoso se desencadenasen fuerzas nunca vistas y mortíferas, si se presentase una radiación de altura similar a la descubierta por el físico Hess en 1912? De ella nada se sabe en concreto; es un fenómeno misterioso del que se ignora si es el resultado de la desintegración o construcción de la materia. Por bien aislado y blindado que esté un

mis recuerdos de la del amor, que en tal ciudad de tránsito se me ofreció disimulado con la máscara del placer pasajero.

Refundición de cocotero, sierpe y oleaje, la criolla me mece en su hamaca, me abanica, me agota y me aduerme, invitándome a soñar con la Sulamita. Cuando me alejo del istmo, llevo en el olfato un intenso perfume de vainilla y en el paladar la ilusión de un sabor de canela.

cuerpo cargado de electricidad, pierde su carga gradualmente bajo el influjo de los rayos de Hess, parecidos a los de la aurora boreal en lo relativo a sus propiedades. Se han efectuado mediciones en cumbres altísimas y en ríos y lagos a gran profundidad, para estudiarlos. A fin de eliminar en lo posible la absorción atmosférica, se ha llegado a grandes alturas, hasta un lago del Monte Everest, que, a 7000 metros sobre el nivel del mar, es el de ubicación más elevada de la tierra. La longitud de onda de los rayos de la aurora boreal es de 100 a 1000 veces menor que la de los rayos X más intensos, y se aproxima a la mínima que la teoría admite. De acuerdo con ciertos cálculos, tales rayos pueden atravesar una capa de plomo de casi seis metros de espesor. Para la aurora boreal del 20 de agosto de 1927 se calculó una energía de 100.000 kilovatios. Como se ve, una energía apreciable, pero también una fuerza mortífera eventualmente.

Los técnicos dudan del buen éxito del experimento de Monte Generoso. Manifiestan que la transición brevísima de la energía química a la atómica sería un acontecimiento sin igual en los annales de la ciencia y por

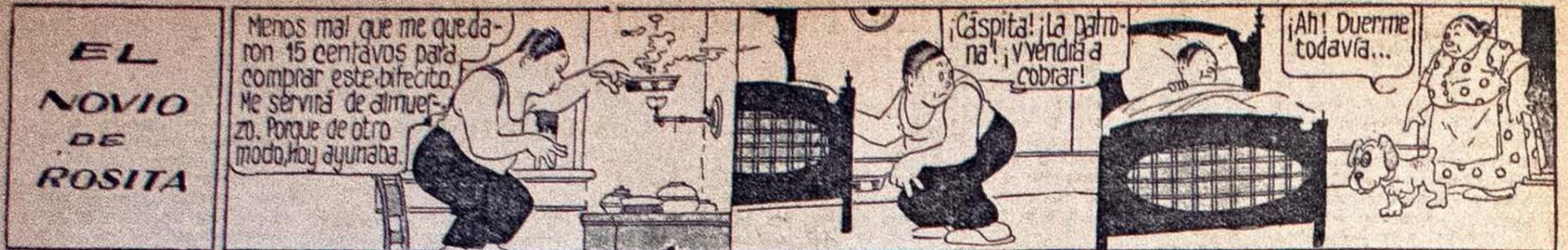
otra parte, aseguran que poco o nada promete la destrucción del átomo, a menos que el ensayo tenga, las proyecciones vastísimas a que hemos hecho alusión. Más les interesa el experimento logrado por Claude. Es decir, el aprovechamiento de la diferencia de la temperatura de los mares del trópico. Y si bien aun no se ha llegado al rendimiento económico de tales fábricas, ingenieros y peritos recuerdan que peor fué el grado de efecto de las turbinas a vapor; hace 30 años, cuando nadie imaginaba como posible la construcción de las actuales con un poder de 200.000 HP.

Con todo, en el Monte Generoso los dos sabios alemanes se aprestan a desmentir a los escépticos y timoratos. Si triunfasen, en menos de un segundo arrancarían de las entrañas mismas del universo los millones de siglos concentrados en la soldera de la materia. Un trozo de carbón daría al hombre terrigeno la fuerza incommensurable del sol, fuente de vida y calor de nuestro sistema planetario. Nuevo Beierofonte, el hombre para siempre habrá vencido al frío y las tinieblas, al monstruo fabuloso, dragón, león y cabra a un tiempo, que los griegos del mito llamaban

Quimera y era símbolo de invierno. A la verdad, cual otros nietos milenarios de Sisifo, los dos sabios alemanes se disponen a luchar, pues, con la quimera legendaria, armados con el rayo del mismo Júpiter. ¿Triunfarán o será la suya la vana quimera del oro de Miethe?



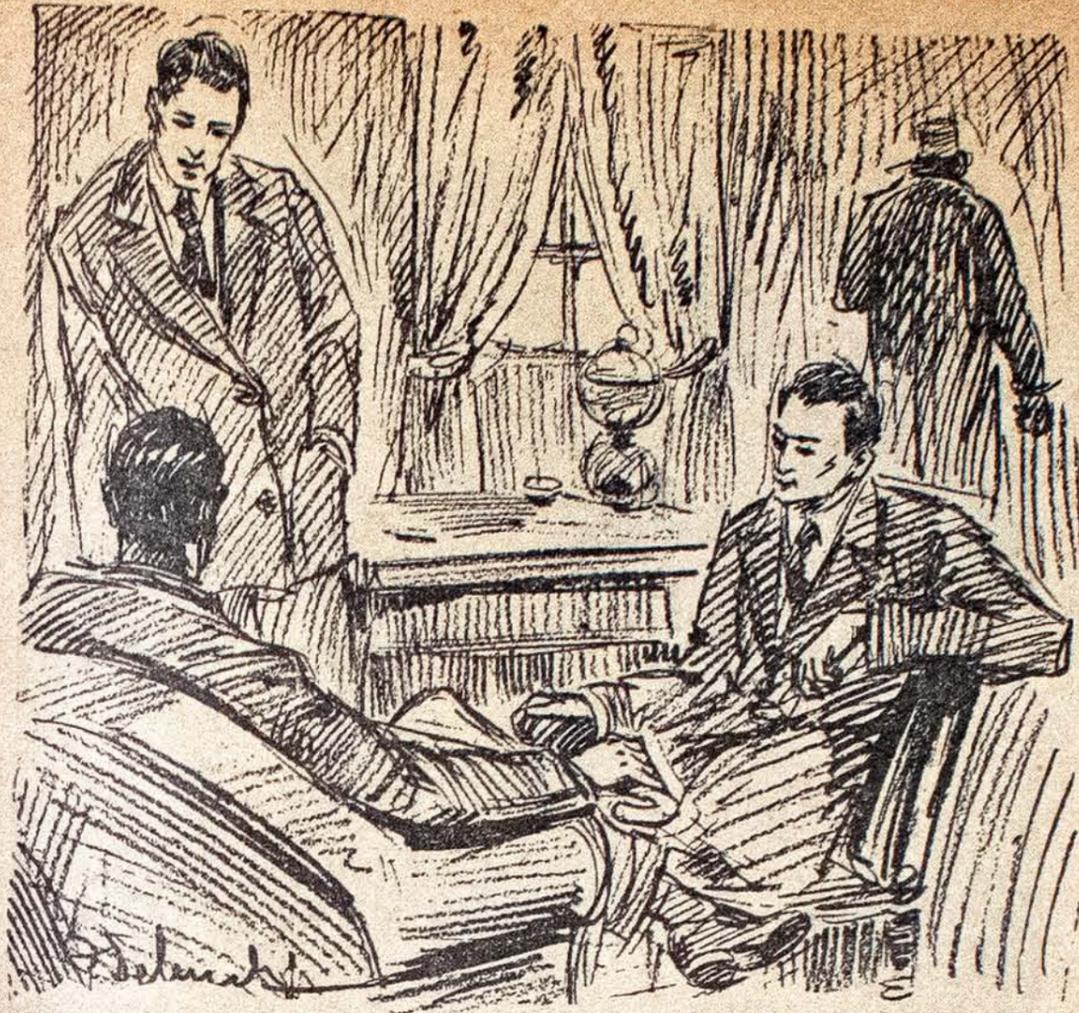
El remedio de actualidad para el cabello canoso es el COLORANTE ALEMAN "NEUGEBAUER" El verdadero producto científico. Resultados incomparables! Tonos naturales sin reflejo rojizo o verdoso! Inofensividad atestiguada por autoridades. Venta y aplicación por especialistas de la CASA WEISS, Callao 714 Es. Aa. U. T. Plaza 4109



FINAL DE JORNADA

Dibujos de GEO McMANUS





El misterioso crimen del escarabajo

Por S.S. Van Dine

Ilustración de Pedro Delucchi

tía—. ¿Y se quedó usted satisfecho con la taza de café en cuestión?

—Sí, "effendi". No tenía ganas de tomar nada más.

Vance pareció sorprenderse bastante.

—¿Sí? No sé por qué me figuraba yo que había usted bajado aquí luego para servirse una segunda taza.

Hani adoptó un aire precavido y titubeó un punto antes de responder.

—¿Una segunda taza?—replió—. ¿Aquí en el comedor? No lo recuerdo...

—No tiene la menor importancia. Alguien estuvo aquí esta mañana hurgando en la cafetera. Y quienquiera que fuese—mejor dicho, la persona que pudo haber estado aquí cuando no había en esta habitación nadie más—se halla comprometida en el complot que costó la vida a Mr. Kyle.

—¿Cómo puede ser así, "effendi"?

Vi entonces por vez primera a Hani seriamente conturbado. Vance no respondió a la pregunta. Inclinado sobre la mesa, examinaba con atención las incrustaciones de ésta.

—Dingle creyó haber oído a alguien hacer ruido aquí después que la señora Bliss y Mr. Salveter se retiraron, y se me ocurrió pensar que tal vez fuese usted—le miró fijamente—. Es posible, desde luego, que la señora Bliss regresara a tomar otra taza de café... o que el mismo Mr. Salveter...

—Fui yo quien entré aquí!—afirmó Hani con gravedad impresionante—. Bajé inmediatamente después de regresar Meryt-Amen a sus habitaciones. Me serví otra taza de café y volví en seguida a mi cuarto. Fué a mí a quien oyó Dingle. Le mentí a usted hace un segundo porque recordé haberle declarado en el museo que permanecí toda la mañana en mi cuarto. Se me había olvidado mi breve salida. No pensé que pudiera tener importancia.

—Perfectamente. Todo queda, entonces, explicado—sonrió Vance—. Y ahora que ha recordado usted su pequeña excursión en procura de otra taza de café ¿querria usted decirnos quién de esta casa guarda opio en su poder?

Contemplaba yo a Hani sin pestañear y esperé verle dar alguna muestra de inquietud al ser interrogado así de sopeito, pero su rostro impávido no reflejó más que sincero asombro. Transcurrió medio minuto largo antes de que respondiera.

—Comprendo al fin la razón de su curiosidad acerca del café—dijo—, pero no cabe duda de que se engaña usted por completo.

—¿Cree usted?—comentó Vance con un bostezo.

—Bliss "effendi" no fué narcotizado esta mañana.

A pesar del invariable tono oracular en que hablaba, subrayó sus palabras un rastro de odio.

—¿De veras? ¿Y quién le ha contado a usted que el doctor Bliss fué narcotizado, Hani?

—El interés de usted en relación con el café... Su pregunta sobre el opio...

—¿Y qué más?

—No tengo nada más que decir.

—Pues sepa usted que encontramos opio en el fondo de la taza de café que el doctor tomó.

La noticia dejó perplejo a Hani.

—¿Está usted seguro, "effendi"? No comprendo como...

—¿Y por qué habría usted de comprender?—Vance dió un paso hacia él y clavó en su mirada fugitiva los ojos—.

—¿Cuánto es lo que sabe usted acerca de este crimen, Hani?

El egipcio recuperó su impavidez.

—No sé nada—contestó fríamente.

Vance hizo un gesto de resignación.

—¿Pero sabrá usted cuando menos quién tiene opio en esta casa?...

—Sí; eso sí lo sé. El opio en polvo formaba parte de nuestro equipo farmacéutico en los viajes que realizábamos por Egipto. Bliss "effendi" en persona cuidaba del botiquín.

Vance aguardó.

—En el vestíbulo del piso superior hay un armario grande en el que se guardan todas las medicinas—completó Hani.

—¿Cerrado con llave?

—Cree que no.

—¿Sería usted tan amable que subiera a cerciorarse de si el opio se encuentra allí aun?

Hani se inclinó y desapareció en silencio. Markham se puso de pie súbitamente y empezó a pasear.

—¿Quiere usted explicarme—prorrumpió—lo que vamos a salir ganando con averiguar si el resto del opio está todavía en el armario? Además, no me fio de Hani.

—Pues le aseguro a usted que me ha enterado ya de muchas cosas—afirmó Vance—.

Permitame que siga aplicándole mis propios métodos de investigación. Se le ocurren muchas cosas, y algunas de ellas interesantes en extremo... En cuanto al opio, no sé por qué me parece que la cajita de cartón que lo contenía debe haber desaparecido del botiquín.

—Pero a santo de qué—se extrañó Markham—había de llevarse todo el opio la persona que lo sacó de allí? Supongo que no iba a cometer la candidez de guardar luego la caja en la mesilla de noche de su cuarto para que nosotros la hallásemos.

—No exactamente eso—la voz de Vance era solemne ahora—mas tal vez quisiera arrojar sospechas sobre un inocente. Se trata de una simple hipótesis, desde luego, pero me llevará una gran destilación si Hani encuentra la caja en el armario.

Heath bufaba de impaciencia.

—Pues yo entiendo, señor—saltó, dirigiéndose a mi amigo—que uno de nosotros debería buscar ese opio. No me inspira confianza nada de lo que dice el egipcio.

—Pero debe usted fiar por completo en sus reacciones, comisario. Por otra parte, al enviar arriba a Hani sólo perseguía yo un objetivo determinado.

Se oyeron en el vestíbulo los pasos de Hani. Vance se aproximó a la ventana y miró fijamente hacia la puerta entornando los ojos.

(Continuará mañana en folletín)

La desaparición de la cajita de opio

CAPITULO XXI

E es a usted simpático Mr. Salveter, verdad, Hani?—preguntó Vance, levantando la tapa de la cafetera y curioseando en su interior.

—Me parece tener razón para considerarle como un joven admirable.

—Desde luego... sonrió débilmente Vance, al tiempo que volvía a tapar la cafetera—. Y, además, su edad se acerca mucho más a la de la señora Bliss que la del esposo de ésta.

Hani pestañeó y me pareció que llegó, incluso, a estremecerse. Fué ello, sin embargo, una reacción momentánea. Cruzó lentamente los brazos y recuperó su actitud silenciosa y ausente de esfinge.

—La señora Bliss y Mr. Salveter se verán de pronto ricos por consecuencia de la muerte de Mr. Kyle.

Dijo esto en tono indiferente y añadió al cabo de una pausa:

—¿Y qué ocurrirá con las excavaciones del doctor Bliss?

—Que han terminado, probablemente, "effendi"—respondió Hani con acento en el que era fácil advertir, pese a su monotonía, una nota de satisfacción triunfal—. ¿Por qué han de ser saqueadas las sacratísimas moradas de descanso eterno de nuestros Faraones?

—Le aseguro a usted que lo ignoro también—contestó Vance—. Las chucherías artísticas que sacan de ellas no valen realmente la pena de la molestia que suponen. El único arte antiguo verdadero es el chino, y la moderna belleza estética no se remonta más allá de los griegos. Pero no me parece la de ahora ocasión apropiada para discutir el instinto creador. Hablemos de las investigaciones del doctor. ¿No cree usted posible que su esposa siga financiando los trabajos?

El rostro de Hani se ensombreció.

—Tal vez. Meryt-Amen es una esposa leal... y nadie sabe lo que es capaz de hacer una mujer.

—Así he oído decir a las gentes poco versadas en psicología femenina—repuso Vance casi con jocosidad—. Y aunque la señora Bliss rehusara sufragar el gasto de las expediciones futuras, quizá Mr. Salveter, entusiasta fanático de la egiptología, podría quizá dejarse persuadir para desempeñar el cargo de ángel tutelar del doctor en materia de recursos económicos.

—Jamás, si ello pudiera molestar a Meryt-Amen...—empezó Hani, y se interrumpió bruscamente.

Vance simuló no darse cuenta de ello.

—¿Supongo que usted ejercería, por su parte, toda la influencia posible cerca de la señora Bliss, a fin de convencerla de que negase a su marido en ese aspecto toda suerte de apoyo pecuniario?

—Oh! No, "effendi"...—Hani meneó la cabeza—. No me atrevería a aconsejarle absolutamente nada. Es dueña absoluta de sus actos, y su lealtad al doctor Bliss le dictaría la decisión oportuna al margen de todo lo que yo pudiera insinuarle.

—Ah!... Y dígame usted Hani, ¿a quién cree usted que beneficia más la muerte de Mr. Kyle?

—Al "ka" de Inteff.

(Sir E. A. Wallis Budge define el "ka"—o, más correctamente, el "ku"—como "el doble de un hombre" y "un divino doble". G. Elliot Smith llama al "ka" "una de las almas gemelas de los muertos". La otra alma, "ba", queda deficiente por identificación con Osiris. "Ka" era el espíritu de la persona mortal. Permanecía en la tumba de ésta a su muerte y si la tumba veía violada o destruida, el "Ka" no hallaba paz ni reposo en lo sucesivo).

Vance alzó la vista y sonrió con ironía.

—Sí, claro...—murmuró—. Dato valiosísimo...

—Por esta causa—continuó Hani mientras en su semblante se pintaba una expresión de iluminación—el espíritu de Sakhmet retornó esta mañana al museo, aniquiló al culpable de las depredaciones, y...

Y le interrumpió Vance

...y desapareció en silencio

—puso el informe financiero en la mano del culpable de las depredaciones, colocó el alfiler de corbata del doctor junto al cadáver, dejó huellas sangrientas de pasos en dirección al despacho... Hay que convenir en que su encumbrada Señora de la Venganza no procede con mucha honradez que digamos. Me parece, por el contrario, bastante ruin intentar que recayera sobre otra persona el castigo de su amena bromita.

Escrutó el rostro del egipcio entornando los ojos, se inclinó sobre la mesa y añadió con severo acento rotundo:

—Está usted intentando encubrir a alguien, Hani. ¿De quién se trata?

Hani respiró profundamente y contestó en voz apenas audible:

—Le he referido cuanto sabía, "effendi". Creo que Shakmet...

—Déjese usted de majaderías!—cortó Vance. Luego se encogió de hombros e hizo una mueca—. "Jawab ul ahmaq sakt".

(Viejo proverbio árabe que significa: "La respuesta más adecuada para un necio es el silencio").

Brilló en las pupilas de Hani una luz extraña y vagó por sus labios la sombra de un mudo comentario sarcástico. Pero Vance no se mostraba desconcertado, ni mucho menos. Algo me afirmaba que, a pesar de la huidiza actitud del egipcio, había logrado enterarse de lo que deseaba. Al cabo de una breve pausa, dió unos golpecitos en la tapa del samovar.

—Prescindiendo de la mitología—repuso con amabilidad—tengo entendido que la señora de Bliss hizo que Brush le llevara a usted esta mañana una taza de café, ¿no es cierto?

Hani se limitó a asentir sin despegar los labios.

—¿Y cuál era, entre paréntesis, la causa de su indisposición?

—Desde que llegué a este país padezco fuertes dolores de cabeza. Cuando me desperté hoy por la mañana...

—Lo lamento muy de veras—murmuró Vance con simpato-



José Mojica y Mona Maris en una escena de la película "Cuando el amor ríe", hablada en castellano

EL SEPTIMO ARTE



Maurice Chevalier y Claudette Colbert en una escena de la película "El gran charco"

Claire Rommer y Hans Stuwe en una escena de "Noches vienesas", producción recientemente estrenada



CARTA DE HOLLYWOOD POR WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, febrero de 1938

La expresión dista mucho de ser metafórica, aunque tal rey no lo sea por derecho hereditario o divino. Tampoco se trata del rey de bastos. La realeza, en el caso de Cinelandia, se refiere al nombre sonoro y significativo del actor Roberto Rey, una de las últimas importaciones a la ciudad de los "sets" cinematográficos.

El caso de Roberto Rey es radicalmente diferente del de los demás actores de habla española que actúan frente a las cámaras cinematográficas locales. Y es el de que el actor llega a los campos de la industria gelatinosa americana con un conocimiento avanzado de la técnica de la pantalla, caso en el que no se encuentran muchos de los actores—especialmente los de procedencia ibérica—que están y van a participar en la realización de películas habladas en la lengua de Cervantes. Roberto Rey, además de ser uno de los jóvenes actores que promete destacarse en el séptimo arte, posee verdaderas cualidades de psicólogo, y su definición del estado actual de la cinematografía hablada, por lo que se refiere a la producción europea, no puede ser más sagaz y concluyente. Dice así el nuevo "Rey" de Hollywood:

"Como quiera que París es el verdadero centro artístico del mundo, tiene todas las condiciones y ventajas posibles para convertirse en el centro cinematográfico, equiparándose y aun superándolo en muchos puntos a Hollywood.

"Sin embargo, para que tal cosa suceda es preciso que París sepa sobreponerse a su tradición artística, por muy paradójico que ello resulte a primera vista.

"Cuando a un francés se le habla de un artista, se imagina inmediatamente un tipo perfectamente aislado del mundo circundante, encerrado en el círculo de sus contemplaciones creadoras, aguardando, anhelante, el arribo de la inspiración.

"El resultado es que el francés no comprende que el arte pueda ser el resultado de una colaboración en gran escala. La suma cooperativa de los esfuerzos de múltiples individualidades es algo hasta la fecha perfectamente desconocido para el espíritu galo. Así París experimentó una conmoción intensa el día en que una de las "leading" empresas cinematográficas americanas se instalaba en Joinville y se lanzaba resueltamente a la realización de películas habladas. París tiene artistas de sobra, y muy buenos, de todas las nacionalidades asequibles. A estos artistas, sin embargo, hay que enseñarles a trabajar en colaboración. El medio unificador, en este caso, será la máquina, y el dueño de ésta el perito técnico. Ante la máquina no existen individualidades. El día en que en París se aprovechen hasta el límite las posibilidades unificadoras de la máquina, la Ville Lumiere pasará con toda probabilidad a convertirse en el centro cinematográfico del mundo".

¡Si las manifestaciones anteriormente expuestas de Rey llegan a cumplirse, a su triple dignidad de "monarca de Hollywood", psicólogo y actor añadirá la aureola del profeta...!

■ ■ ■

Don Gregorio Martínez Sierra acaba de llegar a esta ciudad, donde viene contratado por la compañía Metro Goldwyn Mayer para actuar de supervisor general de las versiones españolas que realice esta empresa en sus "studios" de Culver City.



EL ESPIRITU DEMOCRATICO DE LOS PRINCIPIES BRITANICOS

Por A. M. THOMPSON

LONDRES, febrero de 1931

TIEMPOS hubo en que el viajante comercial — el hombre del saco o, mejor dicho, "the bagman", como lo apodaban en los días de Dickens —, era considerado por la "gente superior" como elemento algún tanto despreciado, amigo de las orgías nocturnas que otrora se describían muy particularmente con el nombre de "coñac y agua"; un personaje que procedía siempre en forma agresivamente jovial y que resultaba decididamente vulgar. Pero desde que el Príncipe de Gales se dedicó al comercio, aquella misma gente superior ha creído oportuno reconsiderar sus juicios.

El heredero del trono británico ha efectuado uno o dos viajes comerciales, no cual si se sintiera avergonzado de la tarea, más sí como un alto funcionario de una nación industrial, empeñado con todo orgullo en salir airoso en la labor emprendida por hacer a su país un servicio grande de todas veras.

¿Cuántos serían los jóvenes de su edad que teniendo las mismas oportunidades que él de conquistar alabanzas sin hacer nada por merecerlas se decidirían a comprender voluntariamente tan arduas tareas con el mero propósito de servir a su país y justificar su lema principesco de "Ich dien"?

El disgusto de los socialistas franceses

Los socialistas franceses y alemanes me han expresado con frecuencia que realmente les resulta completamente imposible comprender la actitud de los "líders" del laborismo británico, para con la monarquía. Un amigo mío, parisiense, me ha escrito hace muy pocas semanas para comentar el discurso de Mr. J. R. Thomas, ante los laboristas de Newport, acerca de la sencillez del Rey. Mr. Thomas habría hecho notar a su auditorio cómo la reina de Gran Bretaña interrumpía una audiencia que el monarca estaba realizando y en la que se trataban importantes asuntos de Estado, tan sólo para que la nietecita de aquél pudiera dar las buenas noches a su augusto abuelo. El republicano francés hace un comentario sarcástico y lleno de amargura a la exclamación entusiasta de Mr. Thomas cuando exclamó:

—¿Cuán humano y natural es todo esto!

Mi amigo francés dice que querría saber si el ministro del Trabajo del Reino Unido pretendía que el Rey pudiera ser antinatural e inhumano, y que ordenara que la criatura fuese decapitada por el delito de comportarse como una osada intrusa.

—"Franchement" — me preguntaba —: ¿no es acaso deber de todo socialista revelar la esencial falta de humanidad del despotismo, en lugar de glorificarlo como signo de notable mérito del déspota esos pequeños rasgos de debilidad humana que tan sólo prueban que es igual al más humilde de sus súbditos?

Mostré la terrible acusación a un ministro que se jacta de la incorruptible pureza de su fe socialista. Como solía cantar nuestro propio Chevalier: "¿Reirse? Pensé que lo matarían las carcajadas". Aquello me recordó la anécdota de un extremista de tintes rojizos, quien solía mofarse del servilismo de los "camaradas" que sucumbieron ante la aflagaza de la genialidad del Rey... hasta que él mismo recibió un día una invitación para cierta fiesta que la familia real ofrecía en los jardines del palacio de Buckingham. Acudió "para ver cómo era aquello" y volvió converso.

—Veo — reconocía luego — que el hombre es un perfecto caballero.

Tras la anécdota recordé al ministro socialista el encuentro que tuvo la Reina, en un almacén de West End, con una simpática anciana, que dijo a S. M.:

—Me parece que conozco su cara, pero no puedo recordar su nombre. Yo soy la señora de Brown.

A lo que la Reina contestó: —Y a mí me parece recordar su nombre, señora de Brown, pero no recuerdo su cara. Creo que no nos conocíamos hasta ahora, pero tengo la esperanza de que volveremos a encontrarnos.

La suerte de nuestros "déspotas"

Lo que acabo de decir podrá ser un relato hartamente pobre del género "ben trovato"; pero es algo típico de nuestros tiempos, algo que jamás pudo haberse dicho de la esposa de un déspota; es una narración que ningún escritor, exceptuando tal vez a W. S. Gilbert, pudo haber asociado con la vida

de aquella "orgullosa pequeña dama" que se llamó reina Victoria. Pero los tiempos han cambiado, y con ellos lo han hecho nuestros "déspotas".

No sería posible imaginarse al Primer Caballero de Europa, como solía llamarse a un pretérito Príncipe de Gales, empeñado en aprender español con miras a ponerse en condiciones de desempeñar el puesto de viajante de comercio británico en la América del Sur. No cabría imaginar seme ante cosa tratándose de Alberto el Bueno.

Thackeray nos habla en los Snob Papers, con transparente insinuación, de "un reino en el que hay un príncipe-consorte alemán". Este príncipe solía ir a cazar y "tenía un guardabosque que le cargaba la escopeta y luego la entregaba al noble que ejercía las funciones del caballero para que, a su vez, pusiera el arma cargada en manos del príncipe; éste hacía fuego, entregaba la escopeta descargada al noble, éste al guardabosque y así sucesivamente. "Pero el príncipe no se rebajaría a recibir el arma de manos de quien la había cargado".

El mismo escritor cuenta cómo, hallándose presente en un motín que hubo en El Cairo, preguntó "a un joven que estaba de pie allí cerca" que cuáles eran los motivos de la revuelta. El "joven" pareció sentirse muy mortificado y... "haciendo un movimiento de cabeza, indicó a su edecán que se aproximara y hablase conmigo". Supo entonces Thackeray que había osado dirigir la palabra a un príncipe; pero, como expresa para justificar su audacia, "aquél no llevaba puesta su corona ni empuñaba un cetro", y añade: "¿cómo había yo de saber que el joven caballero era un príncipe?"

Entre el verdadero, legal y oficial personaje que es visto como príncipe real, y el joven despreocupado que ocasionalmente "entra como una tromba" a la casa de la Downing Street señalada con el número 10, y pide a miss Ishbel que le sirva una taza de té, hay una diferencia enorme. Nuestro Viajante Comercial del Imperio no habría "estado de pie allí cerca" en una fevuelta callejera, ni habría necesitado la intervención de un sustituto para responder a la pregunta que le formulaba un extraño: habría sabido per-

fectamente cuáles eran los motivos del desorden.

Y tampoco hubiera necesitado un duque y un lacayo para que le cargaran y alcanzaran las escopetas mientras se hallaba de caza, porque a buen seguro él habría derribado una docena de animales mientras aquellos consultaban el libro de la etiqueta para averiguar qué clase de genuflexiones correspondían al acto.

Príncipe republicano

Recuerdo una ocasión en que nuestro Real Viajante de Comercio fué con un grupo de amigos a ver una pieza teatral que a mí me interesaba. Un personaje del mundo oficial zumbaba en derredor del Príncipe, cual un moscardón, mientras los miembros de la comitiva ocupaban sus respectivos asientos; andaba el hombre con zalamerías sin fin; decía "V. A. R. esto" y "V. A. R. aquello", hasta que llegó un momento en que S. A. no pudo soportar más.

—¿Todos los miembros de la comitiva han ocupado ya sus asientos? — preguntó al personaje oficial.

—"Yes, your Royal Highness".

—¿Y cada uno tiene ya su programa?

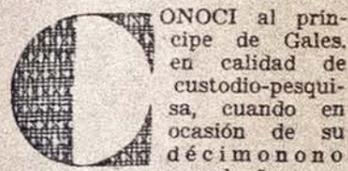
—"Yes, your Royal Highness".

—Perfectamente — dijo entonces el Príncipe —; pues ahora vaya usted a zumbiar a otra parte.

Y el salamero, zumbando todavía, se alejó como un moscardón.

En los días de Thackeray había republicamos en Gran Bretaña; ahora sólo tenemos a H. G. Wells. Algunos entendidos predicen que la cifra se elevará a dos cuando el Príncipe de Gales sea llamado a ocupar el trono. Huelga decir que él será uno de los dos.

Si, lector; nosotros los británicos carecemos de lógica, y la política se encuentra algún tanto enmarañada actualmente. Lealtad al Rey mientras esté dispuesto a actuar como jefe supremo de nuestro admirable Civil Service, es algo tan hondamente arraigado en el pecho de los socialistas rojos, como en el de los "torios" de azul puro. El más popular de los ídolos de la democracia británica es hoy el Príncipe de Gales, heredero del monarca por Derecho Divino, que fué decapitado por Oliverio Cromwell. Y la más conspicua y notable estatua en el Parlamento Imperial es la del primer presidente de una república británica.



COMO CONOCI AL PRINCIPE DE GALES

Por EDWIN T. WOODHALL

(De los servicios especiales de LA NACION)

CONOCI al príncipe de Gales, en calidad de custodio-pesquisista, cuando en ocasión de su décimo nono cumpleaños, recibí en nombre de su padre el Rey al presidente de Francia Poincaré, en el año de 1913.

El Príncipe se dirigió a Portsmouth y recibió al Presidente en el yate "Fire Queen", acompañándolo a Victoria, de donde, en medio de las aclamaciones de millares de personas que les formaban calle, prosiguieron ambos personajes al palacio de St. James.

Para aquella noche se había preparado en el Palacio Buckingham, en honor del presidente francés, un banquete en el cual ciento treinta invitados distinguidos deberían sentarse en catorce mesas.

A la sazón yo estaba en servicio, a órdenes del finado inspector F. Powell, y recuerdo un notable incidente que ocurrió con motivo de la fiesta. Un caballero impecablemente trajeado de etiqueta pretendió entrar en los salones del palacio; pero no se le permitió, en vista de que sus credenciales no estaban en orden. Era un ciudadano francés, que alardeaba de haber sido objeto de altas distinciones y ser miembro de ilustres sociedades de Francia, y pedía que se le introdujese sin tardanza ante el primer magistrado de esa nación.

Nuevamente le negó entrada el inspector Powell, pidiéndole cortésmente que se retirase y ordenándome a mí que lo acompañase hasta las afueras del palacio. El caballero se retiró sin decir más, con altanería; pero al aproximarse a la entrada principal, se volvió

bruscamente y echó a correr por el inmenso patio del edificio.

Le seguí sin tardanza; pero me llevaba una delantera de diez metros y me di cuenta que se dirigía hacia la puerta principal, por donde entraban los invitados distinguidos. Por fortuna, intervino de súbito teatralmente el centinela que cuidaba la puerta. Viendo acercarse al sujeto a toda carrera, y en el preciso instante en que el lunático (pues tal era) se precipitaba por la entrada, le asestó la culata de su rifle en la boca del estómago, derribándolo sin aliento. Acudí y con ayuda de otros guardias, me llevé al infeliz del Palacio al cuartel de policía.

Entretanto, el demente echaba espumarajos por la boca, rezoñaba, crujía los dientes y profería maldiciones, de modo que no tardamos en ponerle esposas y llevárnoslo. Trabajo nos costó a las tres personas que intervinimos en la operación, subirlo a un coche de punto, y eso que era un hombre de estatura baja. Presa de un ataque de locura furiosa, se revolvió durante todo el trayecto del Palacio a la comisaría de policía de Cannon Row.

Llevaba en su cinturón un puñal grande que nos apresuramos a quitarle, y con la misma presteza con que se ponía frenético recaía en profunda depresión.

Dejamos al desdichado en una celda, mientras se le trasladaba a un asilo de insanos, custodiado por dos vigilantes.

Al cabo de un cuarto de hora llegaron dos empleados del asilo y se lo llevaron en un automóvil de la institución. Supi-

mos por ellos que hacía unos tres días que se había escapado de allí. Una vez libre, con la astucia del demente convenció a un amigo de que debía prestarle una suma considerable de dinero. Con ésta en la mano, alquiló un traje de etiqueta y compró un puñal... disponiéndose así a entrevistar al presidente de la República Francesa.

No es difícil imaginar lo que habría ocurrido de no haber detenido al sujeto en la entrada el inspector Powell.

Porque ha de saberse que los lunáticos y desequilibrados son la pesadilla constante del guardia-pesquisista. El público sabe poco de incidentes como el que he referido y que ocurren muy a menudo. El Servicio Especial marcha despacito... pero va lejos. No trabaja a la luz de proyectores; su atribución es siempre de "vigilancia protectora".

Un distinguido y muy antiguo colega mío, el ex inspector Trevor Fitch, que custodió a muchas realzas en sus días, fué actor en un incidente análogo al que he narrado al finalizar la temporada londinense de 1913. Recibió una llamada telefónica de la Real Opera de Covent Garden, donde se encontraba el rey Jorge y la reina María, en compañía de otros miembros de la familia real, es el palco regio. Se habían dado cuenta de que cerca de allí, en el pasillo exterior un individuo

atisbaba el palco. Esto no era cosa inusitada en una noche de asistencia de la familia real a Covent Garden; pero ocurría que en la pechera del intruso veíase pintados con tinta negra una calavera y dos tibias cruzadas.

Recordó Fitch que al inquietante desconocido se le había visto en la Opera en ajetreos semejantes, en ocasión de una asistencia anterior del Rey. En tal ocasión, un servidor le vió merodeando cerca del palco real, sólo que informó del incidente después de terminada la función.

Su reaparición esa noche, y sobre todo su acercamiento a la familia real, suscitó las más vivas aprensiones. El desconocido se hallaba aún en el teatro cuando llegó el pesquisista, si bien había ocultado con una corbata de seda el extraordinario emblema dibujado en su pechera.

Ahora bien, el arresto de una persona a quien se presume fuera de su razón y peligrosa para la sociedad, es cosa muy delicada. Desde luego, tal persona no puede ser arrestada en el interior de una casa cualquiera, a menos que el funcionario que la arreste se halle provisto de una orden judicial, y en todo caso deberá hacer todo lo posible para evitar un escándalo en un lugar público, como un teatro.

Adoptáronse las medidas necesarias para seguir todos los movimientos del individuo en el teatro, de modo que si abrigaba intenciones criminales, no pudiese dañar al Rey ni a ninguna persona que se hallase en el teatro.

Cuando salió de la Opera, fué seguido. Mi colega se dirigió al Hotel Berners y lo aguardó en la acera. Su espera en la calle de Berners fué angustiosa. No habrían transcurrido diez minutos del final de la función, cuando un coche de alquiler se acercó a la puerta y un hombre sin sombrero y vestido de etiqueta bajó a la acera. En la pechera de su camisa veíase el emblema siniestro.

El exótico personaje se puso a discutir con el cocheru, pues parece que no tenía dinero para pagar el viaje. Mi colega no desperdició la oportunidad; adelantóse unos pasos, se quitó el sombrero y amablemente ofreció al cliente unas monedas de plata.

El semblante hosco de éste no le dejó la menor duda acerca de su desequilibrio mental. Fitch se aproximó más a él y siguióse un breve pugilato; pero el tipo no era hombre como para habérselas con el Inspector, que en sus tiempos había luchado en Africa del Sur y sabía manejar sus puños.

El incidente tuvo por epílogo que los parientes del insano le internaron en un asilo de alienados.

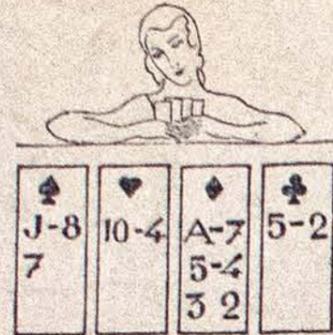
Escoriaciones
Escaldaduras
Quemaduras
Ectemas
Granos

PASTA VASENOL

Picaduras
de
insectos
y toda clase de
afecciones de la piel

BRIDGE.—CONTRATO AMERICANO DECLARACIONES EXTRAORDINARIAS

DECLARACIONES INICIALES DE "TRES" DE UN PALO NOBLE



- Piques: A-Q
- Corazones: A-J-10
- Diamantes: A-J-X
- Tréboles: K-Q-10-X-X
- A-J-10
- A-Q-X
- A-J-9
- K-Q-X-X
- K-Q-10
- A-J-X-X
- A-Q-X
- A-Q-X
- A-X-X
- A-X-X
- A-K-10-X
- A-Q-10

Declaraciones originales de "cuatro" de un palo noble o "cinco" de un palo débil

Los elementos que se requieren para esta clase de declaraciones que dan la ganancia del "game", deben ser de una fuer-

- A-K-Q-X-X-X
- Ninguno
- K-J-9-8
- A-Q
- A-K
- Ninguno
- A-K-X-X
- K-Q-J-10-X-X-X

Work dice que los palos largos, cuando son triunfos, tienen un valor en bazas superior al representado por sus honores. Para estimar ese valor es necesario suponer que las cartas ausentes del palo elegido triunfo, se encuentran normalmente repartidas entre las otras manos. Esto quiere decir que a todo palo de cuatro o más cartas, elegido triunfo, es necesario adjudicarle tantas bazas probables como triunfos exceden de tres. Ejemplo: A-K-Q-X-X representan tres bazas seguras (A-K-Q) y dos bazas probables para las dos cartas que exceden a tres triunfos.

Work declara que para declarar "cuatro" de un palo noble o "cinco" de un palo débil son necesarias en la mano del declarante la casi totalidad de las diez bazas entre bazas seguras y probables.

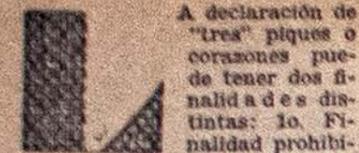
Declaraciones originales, de diversa índole en tercer mano

Así como el primero y segundo jugador deben ser más conservadores para abrir el remate en Contrato que lo eran en Auction, los requisitos necesarios para efectuar una declaración en tercer término sufren una pequeña modificación proporcional.

El deseo de informar al compañero sobre una buena salida, previendo que el cuarto jugador pueda hacer una declaración (tan usual en Auction) debe usarse con precaución.

La tercer mano no puede abrir el remate con un sin triunfo compuesto de dos palos únicamente y una declaración en ese sentido, debe indicar siempre tres palos cuidados y una mano con elementos superiores a los que se requieren para declarar "un S. T.", en primer término; según Work, un mínimo de 14 puntos. Lenz es partidario de los 15, sobre todo, en "zona vulnerable".

Los "dos sin triunfos" en esta ubicación exigen, lo mismo que en cualquier otra, 17 puntos. Los tres: 21 puntos.



A declaración de "tres" piques o corazones puede tener dos finalidades distintas: 1o. Finalidad prohibitiva, sistema

usado en Auction para impedir la intervención combinada de los adversarios en el remate; 2o. Alentadora, invitando al compañero a aumentar el contrato inicial hasta "cuatro", siempre que posea un As o un Rey Dama o dos Reyes, aunque no tenga ayuda normal de triunfos.

Expongo a continuación tres ejemplos de manos que justifican una declaración inicial de "tres":

- Piques: K-Q-J-10-X-X
- Corazones: —
- Diamantes: A-Q-J-X
- Tréboles: A-X-X-X
- X—
- A-K-10-X-X-X-X
- A-J-10-X
- X
- A-K-Q-X-X-X
- A-X
- A-Q
- J-10-X

Como resulta de estas manos, la declaración inicial de "tres" debe indicar un mínimo de ocho bazas jugando el palo declarado y encontrando una distribución normal.

Declaraciones iniciales contratando el "game"

Una declaración original de "tres sin triunfo" o "cuatro" de un palo noble, o "cinco" de un palo menor, debe estar justificada por elementos fuertes y capaces de poder prescindir de un apoyo normal del "muerto".

Como excepción, esta clase de declaraciones pueden tener caracteres prohibitivos: "cinco" de un palo menor o "cuatro" de un palo mayor (corazones especialmente) pueden tratar de impedir declaraciones adversarias. El método es muy peligroso y sólo puede usarse alguna vez extraordinariamente en situación "no vulnerable" para salvar un partido.

"Tres sin triunfos"

La mano que justifica una declaración inicial de "tres sin triunfos" debe tener las siguientes características:

- a) todos los palos perfecta-

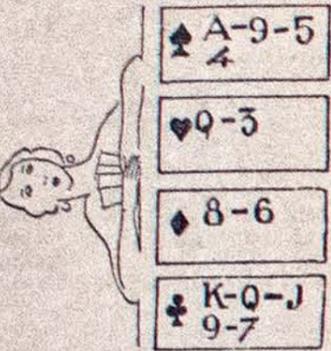
mente cuidados. Esta garantía es imprescindible;

b) una composición tal de elementos que baste el aporte de un quick-trick del compañero para ganar el "game".

Milton C. Work, en su tratado de "Contract Bridge For All", para facilitar las declaraciones de Sin Triunfo actualiza con ciertas modificaciones un viejo sistema que consiste en dar un valor determinado, a los honores, de la siguiente manera:

Un As vale 4 puntos; un Rey, 3; una Dama, 2; un Valet, 1, y dos diez, 1.

El autor en cuestión entiende que para declarar originalmente "tres sin triunfos", son necesarios 21 puntos bien repartidos entre los cuatro pa-

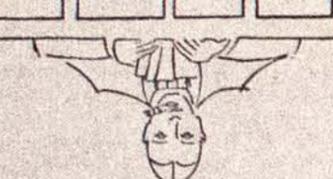
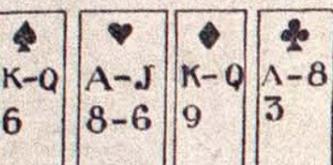
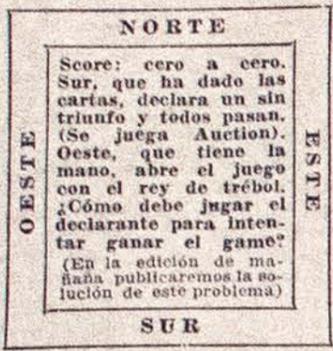


Esta cuenta no debe ser una guía absoluta por la razón de que una mano puede justificar la declaración de "tres sin triunfos", y otra no, teniendo ambas el mismo total numérico.

Cuidar dos veces cada palo es casi imprescindible, pero jamás debe prescindirse de ese mínimo de 21 puntos.

El "diez", no es una carta de la cual puede prescindirse y su presencia o ausencia resuelven en algún caso si una mano es apta o no, para la declaración que estudio.

Las manos siguientes justifican una declaración de "tres sin triunfos":



LEON CASABAL

está perfectamente en un rancho, pero no en un centro donde se pretenden medir los valores intelectuales del mundo.

Mr. Sinclair Lewis es "arribeño", y se dedicó a pulverizar a Mr. Henry Van Dyke, que es "abajero". Dreiser, O'Neill, Nathan y Anderson también son "arribeños" y resultaron bañados en agua de rosas. En cambio, Howell y Longfellow, por ser "abajeros", fueron vapuleados, sin que la circunstancia de haber muerto, les sirviera de atenuante. El manifiesto de Sinclair Lewis es unilateral, con todas sus mezquinas consecuencias.

Esto de los manifiestos literarios es de una puerilidad grotesca. Desde el momento en que las proclamas líricas de Victor Hugo (¿qué otra cosa sino una proclama, fué el prólogo de la tragedia Cromwell?) fueron incapaces de acabar con los clásicos, ¿quién es el ingenuo que pretende marcar con discursos las orientaciones mentales de los pueblos? Los grandes revolucionarios de la novela y el drama han hecho cambiar el gusto de las gentes, no con manifiestos sonoros, sino con obras auténticas de Arte, que traen nuevas revelaciones de belleza. El que tenga que decir algo nuevo, que lo diga, pero no con programas literarios, sino con espléndidas creaciones. Stendhal no necesitó anunciar el realismo, para escribir "La Cartuja de Parma". Tampoco redactó alegatos en contra de los románticos, el genio de Balzac: prefirió escribir "La Piel de Zapa", "El Padre Geriot", y sus demás estupendas novelas de la Comedia Humana. Emilio Zola fué grande por su serie maravillosa de los Rougon Marquart, pero no por sus manifiestos literarios. ¡Ah! Los manifiestos literarios casi siempre son peores que los manifiestos políticos.

Alace un tercio de siglo, que se presentó en Italia un joven impulsivo y

LA ESCLAVITUD DE LA PARROQUIA

(Continuación de la pág. 19)

audaz llamado Marinetti, que se hizo famoso por abominar de las obras maestras de Arte, y por el anuncio que hizo del reinado de la escuela futurista. Aquel escritor no le dió a las letras italianas ninguna obra que merezca llamar la atención: lo único notable que hizo fué su manifiesto iconoclasta. El nombre que le dió a su escuela fué poco afortunado, porque no hay futuro que no esté condenado a convertirse en pretérito, con el transcurso de un poco de tiempo. En el año de 1897, se consideraba el advenimiento del siglo XX como algo que estaba envuelto en las nieblas del porvenir, en tanto que ahora, ese advenimiento lo vemos hundido en el pasado. Por eso el "futurismo" de Marinetti se ha transformado en "pasadismo".

Se explica que un muchacho sin experiencia y ambicioso de notoriedad, se presente en el campo de las letras con solemnes promesas de renovación, y anuncie la próxima transformación del mundo; pero cuando ese anuncio lo hace un hombre próximo a cumplir cincuenta años de edad, no se explica tamaña puerilidad. ¿Cómo es posible que un literato de relieve crea que el realismo crudo es la cúspide del Arte? Emilio Zola creía que todos los tipos que no eran asquerosos eran convencionales, y Sinclair Lewis parece predicar la misma monstruosidad. Y, sin embargo, después de la avalancha realista, Edmundo Rostand pudo levantar triunfalmente su penacho romántico, y Pierre Loti no necesitó que los marineros que pasan por sus novelas vomitasen insolencias y blasfemias, para que fuesen verdaderos.

Otra tesis de Sinclair Lewis, que es imposible de sostenerse, es que los vie-

jos no valen nada, en tanto que los jóvenes son maestros. Eso siempre depende de quiénes son los viejos y quiénes los jóvenes. Cuando Hugo y Gautier, Lamartine y Vigny llegaron a la ancianidad, los jóvenes ocuparon segunda fila. Lo mismo pasó en España delante de aquellos ancianos que se llamaron José Zorrilla, Ramón de Campoamor, Benito Pérez Galdós, Juan Valera, José María de Pereda, etc., etc.

Sinclair Lewis cree en la juventud porque es realista. Eso tiene que hacer sonreír a todos los que consideran las novelas de Zola como cosa del Pasado. Cosa respetabilísima, ciertamente; pero del pasado. Eso de anunciar que los literatos jóvenes son buenos porque se asoman a las infamias de la vida, nos hace pensar en aquel humorista que decía que Mr. Charles Evans Hughes era el más avanzado de los pensadores del siglo XVIII. Y así está el discurso de Sinclair Lewis: una novedad... en el año de 1870.

Al poeta Van Dyke lo quiere hacer pedazos con su ruda ironía. Pasa por alto su producción lírica, y sólo quiere ver en él, a un experto en el deporte de pescar. Y, sin embargo, le dedica 500 palabras de su discurso. Si Van Dyke es tan insignificante como aparenta creer Sinclair Lewis, ¿por qué le da tanta importancia? Y si no es un cero a la izquierda, ¿por qué lo trata tan despectivamente? Quiéntas palabras constituyen un homenaje extraordinario, sobre todo, si quien las emite es una celebridad mundial. Mr. Lewis sabe bien que su presidente Calvin Coolidge no necesitó más de 500 palabras para escribir la Historia de los Estados Unidos. Sinclair Lewis dice muchas verda-

des; pero las dice con escándalo, como para llamar la atención. Casi se deja ver que se trata del anuncio estridente de una casa editorial. Claro está que se encuentra en su derecho para hacerse el reclamo que guste; pero la circunstancia de haber recibido un premio universal, le impone cuando menos la obligación de comprender cuáles son los deberes de un grande hombre.

En resumen, el novelista laureado, tuvo la oportunidad de exhibir un criterio amplio y un espíritu generoso, y sólo se cuidó de ostentar un sectarismo limitado y un alma susceptible y rencorosa. La Academia de Suecia lo ha colocado en un escenario mundial; pero él sigue siendo un esclavo de su parroquia.

Como abanderado del grupo de Mencken, no lo ha hecho mal: ese es su puesto. Ese grupo lleva ya varios años de combatir, desde las columnas de "The American Mercury", la "standardización" intelectual de los Estados Unidos. Campaña benemérita, pero que, como todas las campañas, ha avivado en los combatientes la superstición faccional. Y cosa curiosa: esa "standardización" es tan poderosa y arrolladora que se ha impuesto sobre los mismos que la tratan de destruir. ¡Ya los redactores de "The American Mercury" se han "standardizado"! Mencken no hace ya sino repetirse, y en sus mismas condiciones se encuentran los escritores que lo rodean. En cuanto a Sinclair Lewis, que después de haber visto acertadamente el tipo de "Babbit" en la mayoría de sus compatriotas, ha querido verlo en el recuerdo de Longfellow y de Howell, no se da cuenta de que "Babbit" se le ha metido en el corazón. A fuerza de mirar tipos estrechos, se le ha estrechado la inteligencia.



BAJO un alegre sol primaveral, pero ya entrada la tarde, pues venían de lejos, seis caballeros magníficamente vestidos y montados sobre unos soberbios corceles, adornados con arneses de plata y seguidos por seis lacayos igualmente montados, llegaron frente al castillo de Armor.

Estando Judicael en edad de casarse, enviaba a estos caballeros para pedir la mano de la bella Azenor, hija única del Rey de León, cuya sabiduría igualaba su belleza, según el decir de la gente.

Y esto era la pura verdad.

Deteniéndose a pocos pasos del puente levadizo, tomó uno de ellos el cuerno de marfil que colgaba de su cinturón y lo hizo sonar para que abrieran. Uno de los arqueros que hacía guardia corrió a advertir al Rey de la visita.

—¡Señor!—dijo—. Son seis caballeros seguidos de sus lacayos que piden permiso para entrar. ¿Debo abrirles?

—Ciertamente, y pronto—ordenó el Rey—. Preparen la mesa, pues es ya tarde, y nuestros visitantes deben tener mucho apetito.

Una vez introducidos, los seis caballeros saludaron respetuosamente al Rey, y el jefe de ellos, impaciente por cumplir su misión, tomó la palabra para preguntar si aceptaban como yerno al hijo de su señor, al joven y valiente Judicael.

—Lo conozco—dijo el Rey—. Tiene buena reputación. Es digno hijo de su padre, valeroso, honrado y generoso. Mi hija es tan bella como bondadosa y se entenderán a maravillas. Por más dolorosa que me sea la separación, no debo oponerme a esta unión. Podéis comunicársela a vuestro señor.

Pocas semanas más tarde se celebraron las bodas en el castillo de Armor. El obispo de Jo se trasladó hasta allí para bendecir a la nueva pareja y las fiestas duraron quince días, como lo quería la moda de ese país. Durante todo este tiempo fueron servidos a los innumerables convidados los platos más exquisitos y el vino corría en abundancia. Se bailó, se cantó; todo era alegría. En fin, fueron las bodas más famosas registradas en esa comarca.

Al terminar el décimoquinto día, Judicael tomó suavemente las manos de su joven esposa y, mirándola en los ojos, le preguntó si estaba dispuesta a seguirlo a su país, que debía ser en adelante el de la princesa.

—Estoy lista—respondió la joven—. Vuestra casa será la mía y estoy dispuesta a seguirlos a cualquier parte del mundo. Sed mi guía y mi sostén, pues soy débil e indefensa.

Cuando llegó la hora de la separación, el Rey abrazó tiernamente a su hija, sin lograr disimular la pena que sentía.

lecturas infantiles.

La bella Azenor

Judicael y Azenor montaron a caballo y se alejaron lentamente del castillo.

El padre del joven los recibió con gran emoción, siendo su estado muy delicado, razón por la cual no había ido a presenciar las bodas. La Reina también los recibió con grandes muestras de cariño, pero a éste iba mezclado los celos de ver a una extranjera dueña del corazón de su hijo.

Poco después murió el Rey, subiendo Judicael al trono, lo que mortificó a su madre, que se veía así relegada al tercer puesto. Azenor, bondadosa y humilde, hacía todo lo posible por hacerse querer y pronto fué adorada por todos los cortesanos.

—¡Ah! ¡Picara!—se decía la reina madre—. Todos esos imbéciles están de rodillas ante ella. ¡Por qué no será fea y antipática!... Mi hijo ya no me quiere como antes y pronto dejará de hacerlo... Todos los hijos son unos ingratos... Pero no me dejaré vencer... Ya verán...

Habían transcurrido siete meses desde el día del casamiento, cuando la pérdida reina dijo un día a su hijo:

—¡Cuida tus bienes, Judicael!... Si tú no lo haces, ¿quién lo hará por ti? Los ojos son para ver y los oídos para escuchar.

Y como el joven le preguntara lo que quería decir, ella añadió que un caballero hacía la corte a Azenor y que estaba segura que ella le correspondía.

Sin duda, conociendo la rectitud de la joven, su marido no debió creer nunca en semejante acusación, pero dicen que el amor es ciego, y Judicael amaba apasionadamente a su mujer. Esta vez fué la cólera lo que lo cegó, y sin permitir que ella le hablara, la hizo encerrar en una torre, ordenando que sería quemada viva dentro de tres días.

La infortunada e inocente Azenor pidió en todas formas que la dejaran comparecer ante su señor para disculparse; pero, no sólo no quiso oírlo, sino que ordenó le devolviera su anillo nupcial, símbolo de una eterna unión.

Sintiéndose inocente, Azenor marchó con la cabeza alta y sin demostrar miedo alguno hasta la hoguera que la aguardaba. Caminaba con paso firme, vestida con una túnica blanca y con los pies descalzos.

Al abrirle paso, el gentío que se encontraba aglomerado, sintió su corazón oprimirse y sus ojos llenarse de lágrimas.

mas, pues estaban convencidos de que ella no era culpable. Temiendo a su amo, no se animaban a protestar, pero condenaban el injusto crimen.

—¡Es posible, Dios mío, matar a una inocente mujer!

La reina madre, que se encontraba en la primera fila para gozar del espantoso espectáculo, mientras el rey esperaba encerrado en el palacio, oyó los comentarios de las personas que la rodeaban y gritó indignada:

—¡Callaos! ¿No es acaso justo matar a las víboras venenosas?—y dándose vuelta hacia la hoguera, donde unos servidores soplaban el fuego encendido en los cuatro costados, añadió:

—¡Vamos, soplen fuerte! La leña está bien seca. ¡Ya debería estar ardiendo! ¡Soplen!

Pero todos los esfuerzos resultaban inútiles. El fuego no prendía.

—Eso no es natural—dijo uno de los servidores, que era un hombre malísimo, favorito de la reina madre—. Tiene que estar embrujada la leña, pues no quiere arder. Pero si nos falla el fuego, nos queda el recurso del agua. ¿Queréis que la ahoguemos?

—¡Magnífica idea!—exclamó la reina—. Que la metan en esa barca medio podrida que se encuentra en la playa y que la lleven mar adentro, abandonándola allí. Su suplicio será más largo. Si la barca tarda en hundirse, tanto mejor, sufrirá de hambre y de sed.

Y así se hizo.

—¡Marinero, qué has visto en plena mar?

—He visto en los días claros de sol, y por la noche a la luz de la luna, una barca parecida a las que usamos en nuestras playas, pero ella navegaba sola. En la proa había un ángel cuyas alas abiertas servían de velas.

—¿Qué más has visto, marinero?

—Sentada a popa iba una mujer joven que tenía en sus brazos a un niño recién nacido. Mostrándolo desde lejos, cantaba y su voz decía: "Hijo mío de mi alma, sólo tienes a mi amor. Tu padre no te verá jamás; pero si Dios lo quiere, yo cuidaré de ti."

Mientras tanto, en el castillo del rey todo era alboroto e inquietud. La reina madre padecía desde el día anterior de una extraña enfermedad, ante

la cual los médicos se declaraban impotentes. Extendida en su lecho de dolor, la anciana reina parecía estar a punto de expirar, cuando de repente, en medio del impresionante silencio, se sentó, y con los ojos tan dilatados que parecían salirse de las órbitas, exclamó:

—¡Socorro! ¡Piedad! Voy a morir... ¡La puerta del infierno se halla abierta de par en par! ¡Veo las llamas rojas y verdes! Satanás me invita a entrar... ¡Socorro! ¡Judicael, defiende a tu madre contra Satanás!

Corren en busca del joven rey, que acude en el acto. Al verlo a su lado, la reina confiesa:

—He hecho mal, hijo mío, en acusar a tu mujer. Ella era inocente... todo lo que dije eran mentiras. Perdóname pronto. Si no lo haces, estaré condenada...

Una espantosa convulsión le impide seguir hablando y un minuto más tarde había muerto.

Desesperado al comprender su error, el rey sale inmediatamente en busca de su esposa. Sabe que, felizmente, ella no ha muerto y que los marineros aseguran haberla visto en una barca llevando en brazos a su hijo.

Judicael se hace a la vela, recorre toda la costa de Bretaña, pero es presa de una espantosa tempestad que arroja su embarcación sobre una playa.

¿Qué encuentra en ella? Un niño solitario que se entretiene buscando conchillas. Sus cabellos son más rubios que el oro y sus hermosos ojos azules recuerdan al rey los de la desgraciada Azenor.

Sin sentir temor alguno, el niño levanta los ojos, mirando al recién venido.

—Niño—pregunta el rey con emocionado acento—, ¿está tu padre por aquí?

—Sólo tengo a Dios por padre—responde el niño—pues he perdido el mío hace ya tres años, y mi madre llora pensando en él.

—Pero tu madre, ¿dónde está, hijo mío? Dime dónde se encuentra.

—Está en el arroyo lavando la ropa; si quieres, lo llevaré junto a ella.

El rey, temblando de emoción, toma entre las suyas la pequeña mano que le tiende el niño.

—¡Allí está mamá!—dice, indicando a su madre, y al sentir el grito que ésta no pudo reprimir, exclamó, comprendiendo todo y lleno de alegría: —¡Es mi papá! ¡Es mi papá! ¡Qué suerte! Ahora no dejaré que se vaya nunca más.

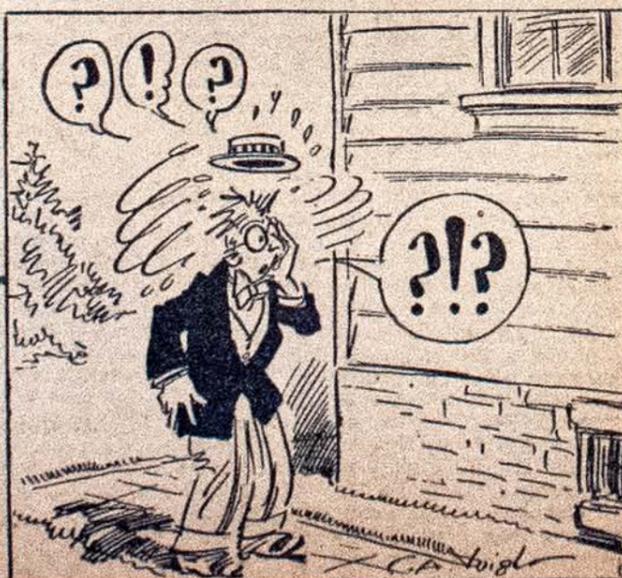
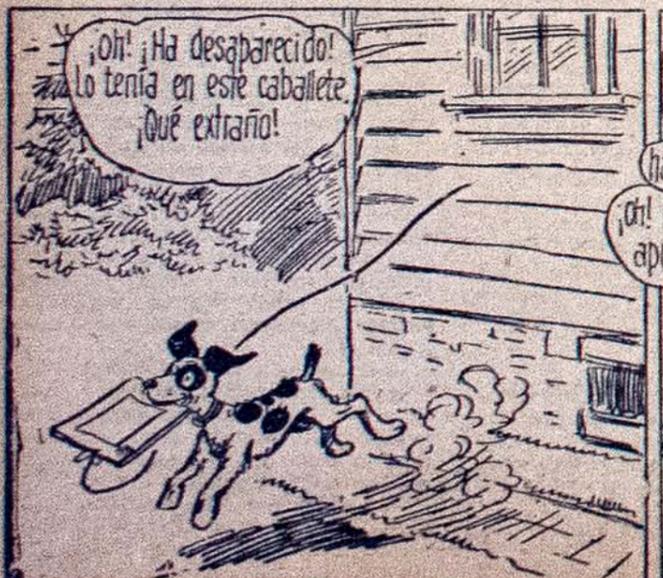
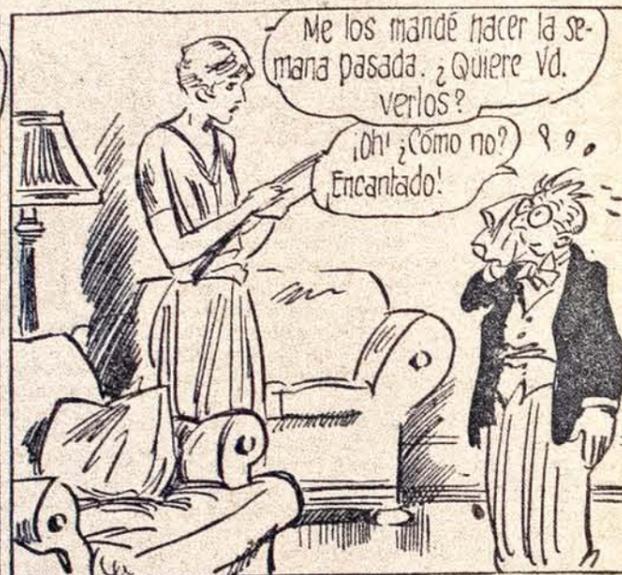
—Pídeselo a tu madre—dijo el rey, poniendo una rodilla en tierra ante su esposa—. Pídeselo, para que, si llega a perdonarme, empiece para ella una vida tan dulce que la haga olvidar las amarguras pasadas.

La reina perdonó y juntos emprendieron el regreso a Bretaña, donde vivieron muchos años muy felices y contentos.

ILUSTRACION DE J.C. HIVERGO

Betty POR C. A. Voight

EL RETRATO RESERVADO



BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

"LA DIVINA COMEDIA"

(Nueva traducción castellana de "El Infierno")

UN estimable juriconsulto, el Dr. Antonio Luis Beruti, como digno solaz de sus ratos de ocio, emprendió y llevó a término la ardua tarea de trasladar El Infierno de la Divina Comedia a tercetos castellanos, y esto, a pesar de estar convencido, según lo dice en una bien escrita "Advertencia", de que "en toda versión poética el fondo siempre afectará la forma y la forma exigirá sacrificios del fondo".

En verdad que no se advertía la necesidad de esta nueva versión castellana del "Infierno", pero esto no es razón para que se critique a su autor, ya que, como él lo dice, citando a Cervantes, en otras cosas peores que traducir podría ocuparse el hombre.

En la aludida "Advertencia" dice el Dr. Beruti cosas muy acertadas respecto de las cualidades que debe tener una buena traducción, declarando, en síntesis, con relación a la suya, que su propósito ha sido "conservar en la versión no sólo las ideas y los conceptos, sino también la fuerza sugestiva y el tono emocional" de la obra trasladada.

Hasta qué punto ha conseguido el Dr. Beruti, al traducir los tercetos dantescos "en estilo fácil" y sin respetar las rimas, cómodo le será darse cuenta al lector que posea bien la lengua toscana, pues la edición de esta nueva traducción del "Infierno" ha sido hecha poniendo el texto original frente al castellano. Por esta sola circunstancia vale la pena de adquirir la obra.

Analizar esta traducción terceto por terceto, para ponderar sus aciertos o apuntar sus yerros, es tarea superior al cometido bibliográfico. Nos limitaremos, pues, a considerar el primer terceto, que no podemos en italiano por estarlo así en la memoria de todos los hombres cultos:

A mitad del camino de la vida
Me encontré en una selva tenebrosa,
La recta senda en mí vagar perdida.

El primer verso es, sin duda, bastante feliz, pero el segundo ya no lo es tanto. Todos los traductores castellanos le han conservado a la selva infernal el calificativo de obscura, y don Gaspar Núñez de Arce, que era un buen hablante, tituló "La Selva Obscura" su celebrado poema en tercetos, inspirados en los del altísimo poeta. En cuanto al tercer verso, es de observar que el texto original dice claramente que lo perdido es la senda, mientras que para el Dr. Beruti el que anda perdido es Dante. Verdad es que el verso 120, parece justificar esta infidelidad, pues dice:

che la verace via abbandonai.

J. LAJOUANE y Cía.
EDITORES
"LIBRERIA NACIONAL"
BOLIVAR 270

ACABA de APARECER:

ROSAS
ANTE LA HISTORIA
POR

RAMON DE CASTRO ESTEVES

Miembro de la Academia Americana de la Historia, etc.

Un elegante volumen \$ 3.-

El problema que en la historia argentina entraña el gobierno de Rosas es el de más palpitante interés y el que en medida mayor ha provocado el apasionamiento. "ROSAS ANTE LA HISTORIA" es la única obra publicada en los últimos tiempos que emite al respecto un juicio desapasionado, utilísimo para formarse una opinión sobre tan trágica época.

COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL

NOVELAS DE AVENTURAS

POR

PIERRE DRIEU
LA ROCHELLE

(Para LA NACION)
PARIS, febrero 6. 1931

A propósito de la nueva novela que André Malraux acaba de publicar en varias lenguas, "La voie royale", y que confirma el gran éxito de "Les conquérants" se me ocurren algunas reflexiones sobre la aventura.

Malraux, después de haber puesto en evidencia, en "Les conquérants", a esos aventureros europeos de la propaganda revolucionaria que ayudaron a los chinos en su rebelión contra Europa, nos muestra en "La voie royale" otro tipo de aventurero en Asia. Entre sus singulares personajes hay rusos y alemanes, pero hay también franceses.

¿Cuál es, por consiguiente, la participación del aventurero francés en la aventura y cuál es su parte en la literatura francesa?

EN el curso de su historia los franceses han lanzado muchos aventureros al mundo, sin duda tantos como los ingleses y los españoles, más que los alemanes. Existe, entre otros elementos de la sangre francesa, un elemento celta y un elemento germánico que se muestran siempre propicios al riesgo lejano. Sin remontarnos hasta las invasiones galas a través del mundo me-

Ya se ve, pues, por la muestra, que con esta nueva traducción del "Infierno" no les ha caído poca tela en que cortar a los dantistas, filólogos, dramáticos, etc., lo que, en resumen, es muy plausible, pues nunca se comentará lo bastante, y con cualquier pretexto, las bellezas y las obscuridades del magno poema. Es de suponer que esta consideración debe haber contribuido para que la "Revista de la Universidad de Buenos Aires" acogiera en sus páginas el arduo trabajo del Dr. Beruti.

"LOS CHILENOS EN SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA"

Don Roberto Hernández C., cuya labor de investigador lo señala como uno de los más destacados historiadores chilenos, prosigue en este libro una obra que emprendió con uno anterior, "El roto chileno", que es la de resumir los elementos dispersos que contribuyen a afianzar la personalidad, ya histórica, del tipo popular del vecino país, comparable con nuestro "gaucho" por sus virtudes y por sus características raciales inconfundibles. Por la índole del tema, "Los chilenos en San Francisco de California" comprende algo más que el simple "roto". Y es que en la epopeya de la conquista de los yacimientos auríferos que hicieron célebre aquella región, hace más de ochenta años, jugaron un papel importante no sólo el "roto", sino los más variados elementos del conglomerado social chileno de esa época.

Ofrece el autor un panorama político de la América en el año 1848. Las provincias de California, Tejas y Nuevo Méjico, pertenecían aún a la república mejicana, de modo que los Estados Unidos no tenían salida al Pacífico. Y en esa forma Chile, que desde los lejanos días de la independencia había sabido cimentar su hegemonía marítima en toda la costa americana de Occidente, la mantenía sin contrapeso, pues todo el comercio de esa costa, hasta el de la lejana y aun despoblada Alaska, dependía de Valparaíso y de su aliado el Cabo de Hornos, único paso accesible entre el Atlántico y el Pacífico para los productos de Europa. Pero con el tratado de Guadalupe del año mencionado, que puso término a la guerra entre los Estados Unidos y Méjico, las tres provincias citadas pasaron a poder de la Unión y la hegemonía chilena se vio amenazada. En esas circunstancias, James W. Marshall, modesto peón de Sutter, el fundador de Nueva Helvetia, dió

el barretazo feliz que habría de transformar su suerte y ejercer influencia hasta en la historia, y halló las primeras pepitas de oro, y la situación política de California sufrió la más honda convulsión conocida. Las primeras noticias del hallazgo de oro en aquellas regiones llegaron, como consecuencia de la hegemonía chilena, a Valparaíso y provocaron en su pueblo, de suyo aficionado a las andanzas aventureras, un éxodo que amenazó en pocos meses despoblar la incipiente república de O'Higgins.

En dos tomos nutridos de documentación y con gran acopio de anécdotas, datos y cifras, el Sr. Hernández estudia la contribución chilena a la riqueza y engrandecimiento de California. Analiza la influencia que el descubrimiento de esos terrenos auríferos tuvo para la marina de comercio de Chile y demuestra cómo el acicate del oro despertó el interés de los Estados Unidos, hasta entonces replegados en el Atlántico, por las nuevas tierras recién conquistadas. Pinta con mano hábil y con profusión de documentos las luchas que la codicia desató en esas tierras; remoja las leyendas que circulan sobre la bravura y el arrojo de los "rotos" cuando veían amenazados sus intereses por la fiebre del oro, y en suma, describe la epopeya de los valerosos y esforzados ciudadanos chilenos, que fueron los verdaderos "pioneers" de California, y que, mientras abrían a proyecciones tan amplias para el mundo esas regiones hasta entonces ignotas, viendo a la naturaleza con tesón y heroísmo, no tuvieron—salvo unos cuantos elegidos por la fortuna—premio alguno para sus cruentas fatigas, y pobres y anónimos dejaron olvidados allá sus huesos y hasta su recuerdo. "Los chilenos en San Francisco de California" es, en suma, una obra que refirma el bien ganado prestigio de investigador e historiador agudo y sagaz de que goza el autor.

"TIPOS RACIALES"

Por NOEL RAMIREZ

Lo primero que sorprende en esta obra del escritor colombiano Sr. Noel Ramírez es el sabor reiteradamente familiar de sus escenas, cuyos detalles característicos no resultan, a pesar de la distancia, de ningún modo ajenos a nuestra idiosincrasia. Son estos "cuentos y leyendas" reunidos bajo el nombre de "Tipos raciales", breves cuadros típicos de la vida campesina y pueblerina de la república del

NOTICIAS LITERARIAS

Volvamos al tema de los premios literarios. Y esta vez cedamos la palabra al Boletín de la Asociación de la Crítica, donde Alberic Capuet escribe esto: "Hay actualmente trescientos premios literarios, cuyas nueve décimas partes se consagran a la novela. Pronto el número de premios excederá al de los novelistas. ¡Es deplorable! Porque el resultado no es sólo fomentar falsas vocaciones, sino engañar al público. Esas ofrendas mezquinas atacan gravemente la dignidad del escritor. Sería preferible—pues-

to que la mayoría de cada premio no es mayor de 1500 francos y aun alguno de 500— que se deje a las cajas de Asistencia de las sociedades literarias el cuidado de repartir esas limosnas. Y que no se les grave con un cálculo de publicidad que da tan poco honor como provecho al beneficiado. El mundo de las letras no debe aparecer ante el público como una pobre zona de jornaleros a quienes importa más socorrer que leer"... Es duro, pero es verdad. Veremos lo que contesta André Thérive en favor de los premios literarios, ya que es su más entusiasta defensor.

Mussolini sigue dando pruebas de su actividad literaria. Ha escrito un prólogo para el diario de guerra que acaba de publicar la Duquesa de Aosta con el título "Junto a los héroes". Esta obra está editada por la Cruz Roja Italiana en atención a que la Duquesa de Aosta hizo toda la guerra en primera línea del frente italiano con un gran espíritu de sacrificio, socorriendo a heridos y enfermos. La edición constará de 2000 ejemplares a buen precio y en beneficio de la Cruz Roja Italiana.

ZOOLOGIA, BOTANICA,
HIGIENE Y PUERICULTURA
POR EL DOCTOR
Mariano Etchegaray

Textos para Colegios Nacionales y Escuelas Normales.
En las principales librerías
Por mayor: Librería 124

LIBROS

Jorge Obligado

Horizontes

POEMAS

Si le interesa a usted la poesía, pero está cansado de las eternas quejas sentimentales, y por otra parte no siente los versos sin rima ni ritmo, lea "Horizontes". Libro moderno y enérgico, expresa con singular acierto el alma de nuestra época, sin desdeñar por ello las viejas culturas. Impresiones de viaje por muchos países. Temas tan antiguos como la Esfinge, El Arcéopago, Florencia, junto a otros tan modernos como la radiotelefonía y el submarino. Un cuadro inolvidable logrado al describir un paseo en motocicleta. El placer viril de los deportes, la vida de las playas magistralmente descripta; todo ello en el sonoro verso antiguo, por un artista que siente la adoración de la forma.

Lea usted "Horizontes" y reconocerá que la juventud ha encontrado por fin su poeta.

LIBRERIA y EDITORIAL "LA FACULTAD"
FLORIDA 359

diterráneo ni aun a las expediciones normandas en Inglaterra y en Italia, en Sicilia, se está obligado a señalar el papel enorme de los franceses en las Cruzadas. Entonces los franceses fundaron reinos en Grecia, en Palestina, en Siria, en Chipre.

Más tarde, las bandas francesas se desbordaron frecuentemente sobre España e Italia.

Después vino el movimiento hacia América. Los misioneros y los exploradores franceses han descubierto una parte de la América del Norte (Canadá y los Estados Unidos). Se ven también muchos franceses en las Antillas y hasta en el Brasil. Por otra parte, llevan un siglo en las Indias.

La población francesa deja de aumentar muy pronto, desde la mitad del siglo XIX y, por consiguiente, no proporciona masas de emigrantes para las Américas, como lo hicieron la mayor parte de los demás pueblos de Europa en el curso de ese siglo. Pero antes, a fines del siglo XVII y al comienzo del XVIII, Francia había arrojado, al menos, algunos centenares de "pioneers" hacia el Canadá y la Luisiana. En el siglo XIX Francia no ha producido más que dos masas de emigración, una hacia Argel, Túnez, Marruecos, y la otra, más reciente, hacia la Argentina (vasco-franceses). Si en el siglo XIX viven en el mundo menos aventureros franceses, aislados, originales, audaces — tales como pululaban en Alemania en el siglo XVII, en Rusia, en Turquía —, la aventura francesa, no obstante en este siglo, ha sido tan rica como en los demás siglos, pero fué aspirada casi toda ella por el nuevo imperio colonial que Francia se hizo entonces en Africa y en Asia, para reemplazar la India y Canadá — países que no había sabido guardar contra Inglaterra —, potencia insular marítima y libre, que supo suscitar contra ella enemigos continentales.

Por consiguiente, se equivocan los que consideran casero al francés; se ignora o se olvida que edificó consecutivamente dos imperios, de los cuales el segundo, el actual, se mantiene sólidamente, y que en ellos se han gastado enormes energías.

Todos los franceses no son campesinos o parisien-ses. Hay millares entre ellos que han vivido, o que viven, en el desierto, en la selva o en el bosque virgen. Actualmente puede inclusive decirse que, en unión de los ingleses, los franceses facilitan el más cuantioso contingente de hombres que se juegan la vida todos los días. En las arenas del Sahara, en el bosque del Congo o de Camboya, hay millares de oficiales o de soldados, de administradores y de colonos que llevan una vida peligrosa entre los salvajes, las fieras y la intemperie. Podrían escribirse epopeyas sobre la vida de los oficiales que mantienen la paz en el Sahara y que recorren a lomos de dromedario millares de kilómetros, amenazados sin cesar por la sed y la tortura.

En estas condiciones tenemos derecho a preguntarnos qué papel ocupa la aventura en la literatura francesa y nos quedamos sorprendidos al encontrar que es muy pequeño.

¿Cuáles son los escritores franceses de aventuras que han leído ustedes? Alejandro Dumas, pero este contaba aventuras del pasado; Julio Verne, pero éste escribía para los niños. No, no hemos tenido verdaderos novelistas de aventuras que sean al mismo tiempo grandes escritores, serios y profundos. No tenemos a nadie como Stevenson, Kipling y Conrad. Loti anotó los viajes siempre apacibles de un contemplativo que seguía estando casi inmóvil entre la sucesión de paisajes.

Hemos tenido en estos últimos años muchos escritores exóticos, pero no nos han dado obras maestras. Hay también algunas páginas admirables de Psichari — nieto de Renan, muerto en 1914 — sobre la vida de los oficiales en el desierto ("Le voyage du Centurion").

Nuestro más grande poeta, Rimbaud, que vivió doce años en Abisinia, no intentó siquiera o no tuvo tiempo para escribir sobre esta experiencia. Lo que mejor tenemos en este dominio son las cartas del pintor Gauguin que acabó su vida entre los indígenas de Tahití.

Por este motivo la aparición de André Malraux, francés, novelista de aventuras es muy interesante.

CUALES son, por consiguiente, las razones que han impedido el nacimiento de la novela de aventuras en Francia? Hay ante todo una razón exterior, y es que, en suma, el nuevo imperio francés se ha constituido hace poco y que los franceses no han tenido conciencia de los trabajos que le prepararon más que hace veinte o treinta años. La imaginación de los escritores no estaba por tanto vertida hacia esas cosas.

Pero hay razones más interiores. Hasta estos últimos años el francés ha producido, sobre todo, dos tipos de aventureros modernos: el intrigante y el soldado. Antiguamente Francia dió muy buenos hombres de espada cuyos tipos legendarios son d'Artagnan y Cyrano y en estos tiempos ese tipo, bajo la influencia inglesa, se ha hecho un hombre de sport y un atleta

(los aviadores, Alain Gerbault, etc.). Pero ha habido un largo siglo durante el cual el francés descuidó mucho su cuerpo.

De suerte que los escritores franceses no pueden tomar como ejemplo el verdadero tipo de aventurero, esto es, aquel en que se encuentra la fuerza física aliada a la audacia y a la astucia. Nuestros oficiales han dado asombrosos ejemplos de resistencia corporal (entre ellos, hombres que han atravesado el Africa a pie, solos, con un centenar de tiradores), pero no trabajaban para ellos mismos. Eran completamente desinteresados y por esto perdían su pintoresquismo.

Por otra parte, los grandes novelistas franceses que tenían afición a las aventuras (Balzac, Stendhal, Zola) fueron absorbidos completamente por el estudio del aventurero parisiense, del intrigante, del hombre que triunfa de los hombres y de las mujeres mediante una audacia puramente interior.

En fin, podría decirse que el genio francés se presta mal a la descripción de la aventura física, pues la lengua francesa es abstracta y no tiene como el idioma inglés maravillosos recursos dinámicos para describir los movimientos y las sensaciones del cuerpo.

Al menos, eso se creía hasta los últimos años, pero los jóvenes escritores franceses que tienen una vida más libre, más abierta que sus precursores y que se han aprovechado de los ejemplos ingleses y americanos están a punto de desmentir esa creencia: piénsese en Morand, en Montherlant. Y ahora agréguese a ellos a Malraux.

PERO, ¿qué es la aventura? Se diría que yo le doy un sentido parcial, puesto que sólo hablo de la aventura física, del riesgo de ser herido o muerto, de ser torturado por los suplicios o por las enfermedades. Este género de aventura, que ha llegado a ser exótico con relación a Europa, no contiene la aventura más que como un factor desdeñable; un europeo movilizad en una guerra no puede tener la impresión de que arriesga algo por sí mismo cuando queda limitado, al mismo tiempo que millares de otros individuos, a hundirse en una trinchera durante algunos años.

Ciertamente, existen otras clases de aventuras además de la aventura física: existen la aventura intelectual, la aventura moral. Pero si se reflexiona sobre cualquier aventura se verá que, en fin de cuentas, esta aventura sólo vale en la medida en que es apta para resolverse en una aventura física. Puede haber gran peligro para un hombre en lanzarse a la persecución de un pensamiento, pues un pensamiento, mediante el mecanismo de la lógica, puede llevarle a uno muy lejos del punto de partida, a un lugar completamente inexplorado, peligroso. Puede haber también un gran peligro en querer a una mujer, pues puede arrastrarle a uno tan lejos como un pensamiento, a regiones por uno mismo desconocidas, vertiginosas. Pero en última conjetura, nadie tendrá la sensación de que uno corre un peligro real persiguiendo esta mujer o aquel pensamiento más que cuando se vea que uno se deja llevar hasta la muerte por esa mujer o aquel pensamiento.

Obsérvese que no tomo la palabra muerte en su sentido grosero y que morir puede querer decir para mí, no el hecho de caer bajo una bala o un cuchillo, sino de sucumbir por un exceso de sentimiento. Nietzsche no arriesgó nada de su piel durante la guerra franco-alemana de 1870, pero murió en 1889 de una muerte heroica en distinto modo; a fuerza de haber pensado sincera y minuciosamente en el destino humano y en el porvenir de la raza blanca, se volvió loco.

Por consiguiente, André Malraux, escogiendo la aventura física, no da pruebas de ligereza ni de grosería, pues no pasea a sus héroes en medio de las balas que silban en una ciudad revolucionada, o entre las flechas envenenadas de los salvajes en una selva virgen para divertir a sus lectores, sino que lo hace después de haber meditado y descubierto que el dolor del cuerpo es el límite y la prueba de todo pensamiento y de todo sentimiento.

Esta es, sin duda, la misma perspectiva que había guiado antes a Conrad, a Kipling, a Stevenson hacia la aventura exótica.

OTRA razón ha impulsado a Malraux a expresarse por medio de un relato de aventuras; y consiste en que es un hombre nuevo y que tiene el sentido del hombre nuevo.

(Creo al mismo tiempo que el hombre es eterno y siempre nuevo. Creo tanto más en la necesidad de las frecuentes revoluciones cuanto que a mis ojos éste es el medio que tienen los hombres para sumergirse sin cesar en una tradición profunda. Estoy seguro de que ustedes, argentinos que acaban de hacer una pequeña revolución, me comprenderán. Resulta sorprendente que aun ustedes, que son tan revolucionarios con respecto a la vieja Europa, tengan necesidad de dar un papirotazo cada cierto tiempo para activar el paso de una generación a otra).

Por consiguiente, lo que caracteriza al hombre del siglo XX — y en esto Nietzsche ha sido su magnífico precursor — es que ve la vida como una aventura. Resulta imposible para él verla de otra forma, pues es a la vez, demasiado escéptico y demasiado ardiente. Siendo demasiado escéptico para creer que vive en un mundo continuo, en el cual todas las piezas se ajustan fácilmente unas en otras, tiene el sentido de lo relativo y es demasiado ardiente para asustarse de este aspecto plural del mundo. Por el contrario, se siente hostigado por la impresión de misterio infranqueable que le da toda cosa y que le asegura un destino movido y sin reposo. La práctica de la ciencia, del sport, de los negocios, le lleva a un estado que podría llamarse primitivo. El hombre ha renunciado por el momento a soñar reposadamente ante los enigmas y prefiere atacarlos, jugar con ellos. De esta suerte todo hombre de este siglo se reconocerá con emoción y gratitud en Garin y en Perken, los héroes de Malraux que no creen en nada, por decirlo así.

Otra ventaja de la aventura: mostrar en el hombre sus resortes espirituales. Para un hombre que tiene sangre en las venas, y que vive dentro de una civilización complicada y refinada, resulta una necesidad buscar fuera de él ejemplos de humanidad más sencillos y más fuertes.

Esta necesidad es la que hizo que Kipling cantase a Mowgli y a Kim, la que arrojó a Conrad, después de Stevenson, a los mares del Sur. Todos estos espíritus son discípulos de Rousseau, pero, más avisados que él, saben que el hombre en la naturaleza no es todo suavidad, que es una mezcla de astucia y de lealtad, de temor y de arrojo, de bondad y de violencia.

Es lo que había experimentado admirablemente Nietzsche, quien en su montaña de la Engadina meditaba desesperadamente sobre la verdadera naturaleza humana. En el fondo, Nietzsche era un verdadero Rousseau; también predicaba un verdadero retorno a la naturaleza. Por otra parte, eso es lo que han hecho todos los grandes soñadores del siglo XVIII y del XIX: Diderot y Rousseau, Byron y Shelley, Dostoiowski y Tolstoy, Michelet y Hugo. Pero Nietzsche era el más clarividente de todos: veía a la vez en el hombre natural la inocencia y la crueldad. Pues bien, Malraux es un discípulo de Nietzsche.

(No hay hombres que puedan comprender mejor este retorno a la naturaleza que los hombres cuyos antepasados abandonaron Europa por América, pues haciendo este viaje querían practicar instintivamente ese retorno a la naturaleza. Y aun si están aglomerados en las ciudades, estas ciudades son más abiertas a la naturaleza próxima que las ciudades de Europa).

Malraux, discípulo de Nietzsche, busca en el hombre los verdaderos resortes que le animan. Arroja todas las ideas convencionales, con las cuales el hombre habitualmente por pereza o por ignorancia, adorna sus actos. Muestra al hombre dominado ante todo por el temor de la muerte y extrayendo paradójicamente toda su vivacidad y su acción de este mismo miedo: "No quiero morir, no estoy próximo a morir, la prueba es que obro, que actúo intensamente"; tal es el monólogo en el cual Malraux resume toda la actitud del hombre.

Deduca los demás instintos primarios del hombre de esta esencial necesidad de acción: apetito sexual, concupiscencia, ambición.

Eso es lo que Nietzsche llamaba el concepto trágico de la vida: Malraux no intenta idealizar la vida o dar una ventaja imaginaria a cualquiera de sus caracteres: los toma tal como son, en su realidad inmediata, y dice: esto es la vida. No dice que sea buena o mala, dice sencillamente que eso es la vida.

De esta forma, a través de aventuras excepcionales para el hombre civilizado ordinario, Malraux vuelve a remontarse a lo humano y viene a recordar al hombre civilizado aquello que es verdaderamente humano: el valor.





Las mellizas Maria Luisa e Isabel Gopmeet, de Seattle, visitando el jardín zoológico de esa ciudad.



La destacada nadadora austriaca, Idá Kohn, debe su intensa popularidad en Viena, a dos razones, una derivada de sus habilidades náuticas y la otra correspondiente a su belleza.



La que triunfa...

conoce el valor de un cutis terso...
¡y el de la Crema Hinds!

AQUELLOS que aprecian la belleza, otorgan la palma a la mujer de cutis hermoso, porque su lozanía, suavidad y blancura proclaman los encantos seductores de la juventud...

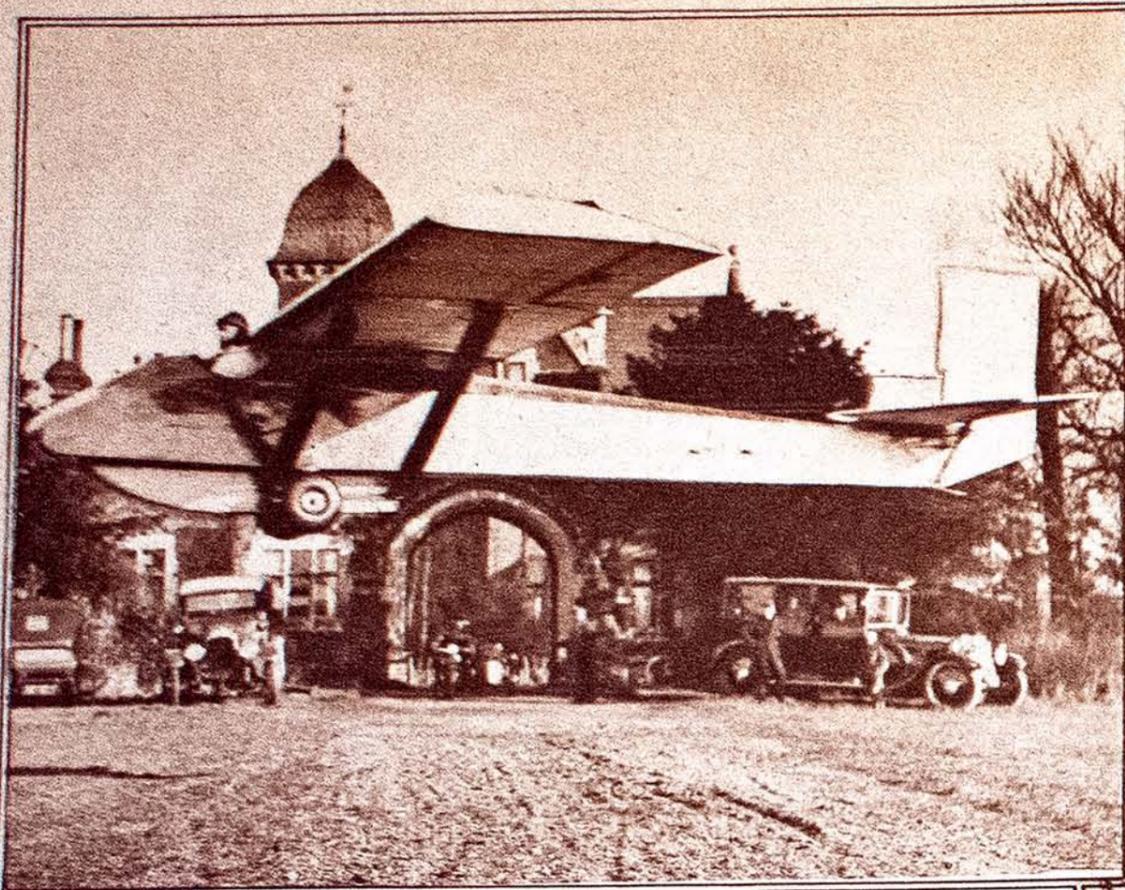
Si su cutis posee estas cualidades, protéjalo para conservarlas. Si en cambio ha sido maltratado por la dañina influencia de la intemperie, cuidelo más para que recobre toda su hermosura. Siga el ejemplo de millares de mujeres refinadas de todo el mundo. Use la Crema Hinds que, por combinar

soberbios ingredientes, da la mayor satisfacción a las que saben cómo cuidar su cutis.

Aplique la Crema Hinds al rostro, las manos, los brazos, los hombros: al levantarse; antes de empolvarse, para que el polvo adhiera bien y parejo; antes de salir a la calle, y al acostarse, para que mientras usted duerma el cutis recobre toda su lozanía... Y cuando note usted que la admiran más y más, entonces conocerá el valor de un cutis sano y terso... ¡y el de la Crema Hinds!



CREMA de miel y almendras **HINDS**



Nuevo tipo de deslizador. En Hanworth se efectuaron las demostraciones de la nueva máquina bajo la dirección de su constructor, Mr. Lowe Wylde. El deslizador es arrastrado por un automóvil y asciende rápidamente hasta una altura de 300 o 400 metros, siendo la última palabra en lo referente al entrenamiento de pilotos.



Vestidos con manises. Todos los años aparecen en Londres, en la calle y en la Exposición de Monos, tipos con trajes cubiertos de perlas. Estos dos, sin embargo, se lucieron este año completamente cubiertos de manises.



Mr. Saxon Brown es un británico poseedor de un notable vigor físico. En la prueba que muestra la fotografía resistió la fuerza de dos caballos de tiro que empujaban en direcciones opuestas. El empuje de cada lado se calculó en cuatro toneladas, más o menos.

HECHO
PARA
HOMBRES



Para después del baño y la afeitada. Nada lo iguala. Masculino desde el color al perfume y al nombre ya famoso:



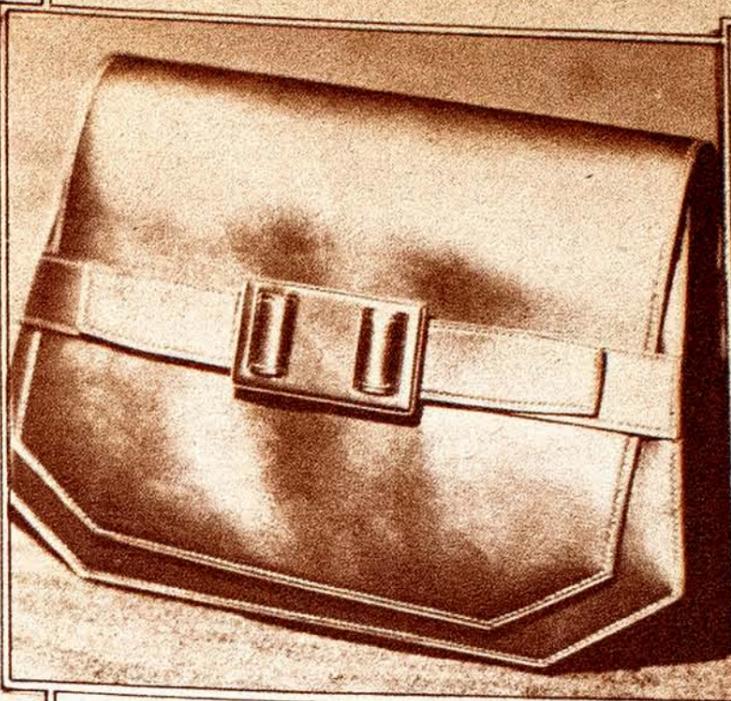
SUPER-TALCO
para HOMBRES
MENNEN

Distribuidor:
H. E. HERZFELD
Rio de Janeiro 233. Bs. As.

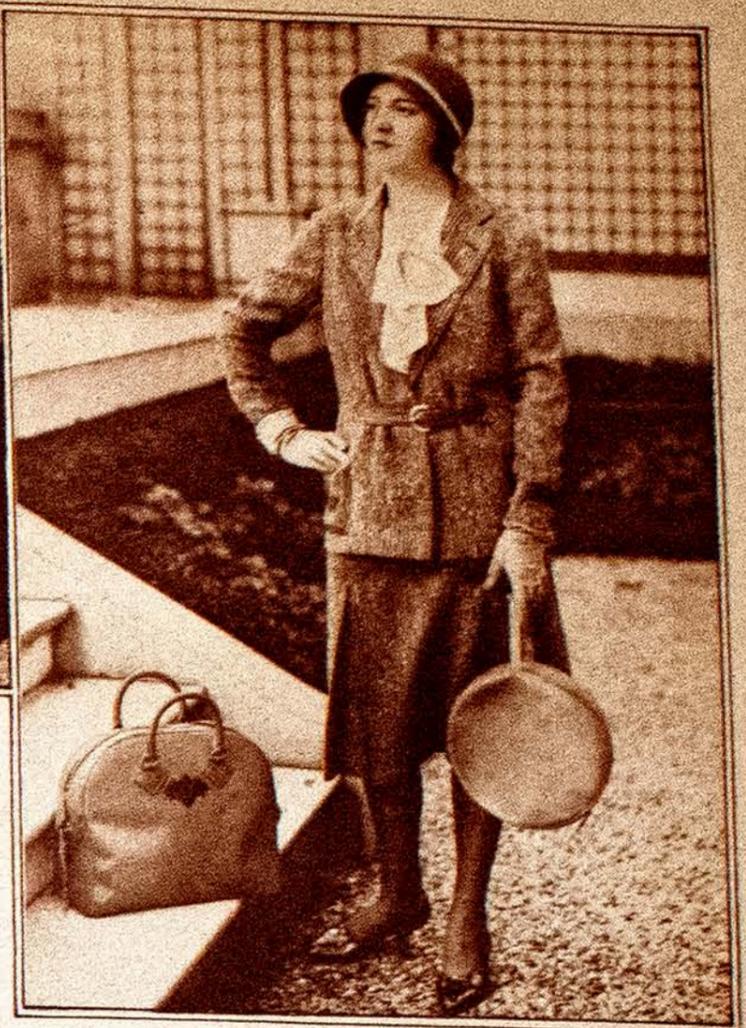
0.70



Para examinar este trozo de cristal natural es necesario protegerse con una careta en la forma que se ve en la fotografía, pues ataca rápidamente a los ojos, la nariz y la boca. El examen no deja, por lo tanto, de ser peligroso.



Cartera amazona en becerro o en cuero de chanco, con el mismo cierre que el cinturón del vestido que se sujeta con una hebilla igual a la cartera.



Hermes llama "Week End" a este modelo estilo sastre, en tweed marrón y blanco adornado con cuero marrón. El sombrero es de fieltro marrón, beige y blanco. Los guantes son en cuero de chanco, lo mismo que la valija, que tiene además incrustaciones en cuero negro y rojo. El estuche de discos es en cuero de chanco.



Tapado original, estilo ruso, de la casa Poiret, adornado con botones en el delantero y las mangas.



Traje de noche de Blanche Lebouvier en "crêpe monique" azul con mangas de muselina.





Deje que su cutis transpire.

Durante el sueño, la piel, despierta, necesita transpirar. Lávese cada noche con Jabón Heno de Pravia. Tendrá los poros bien limpios y amanecerá fresca y descansada de cutis.

\$ 0,70
EN LA CAPITAL FEDERAL



JABÓN HENO DE PRAVIA

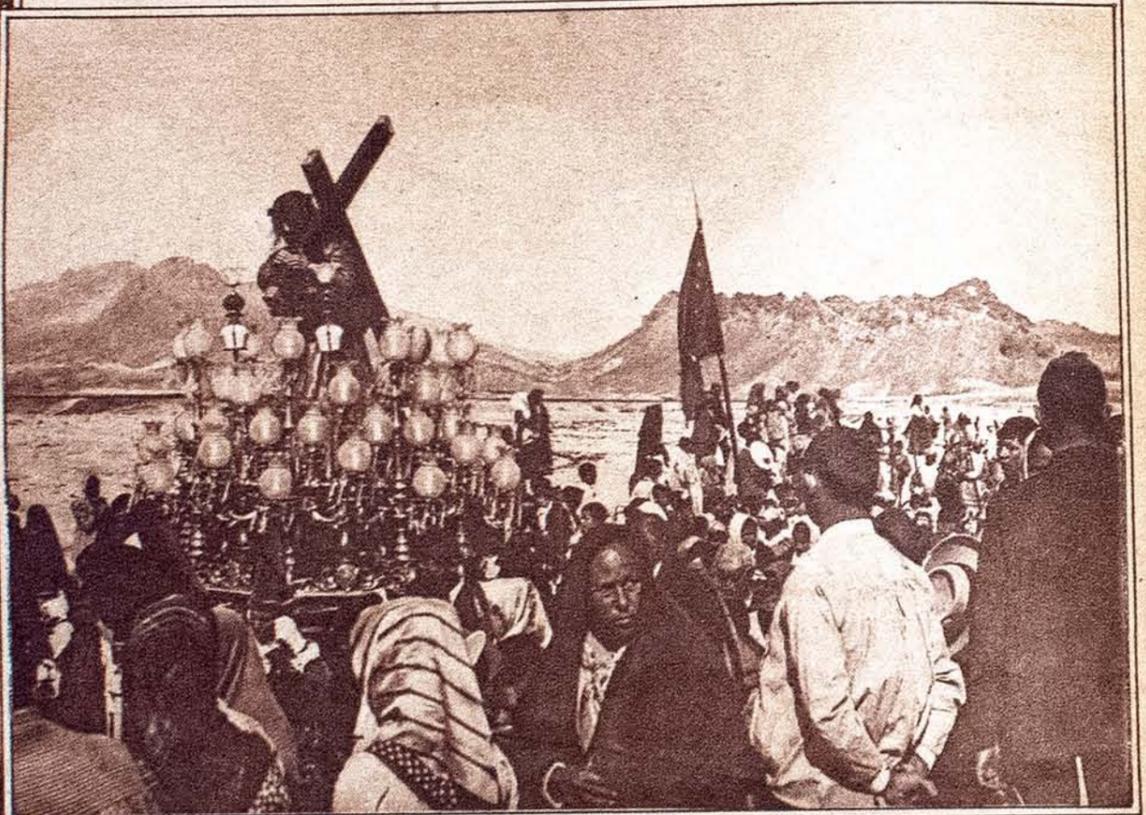
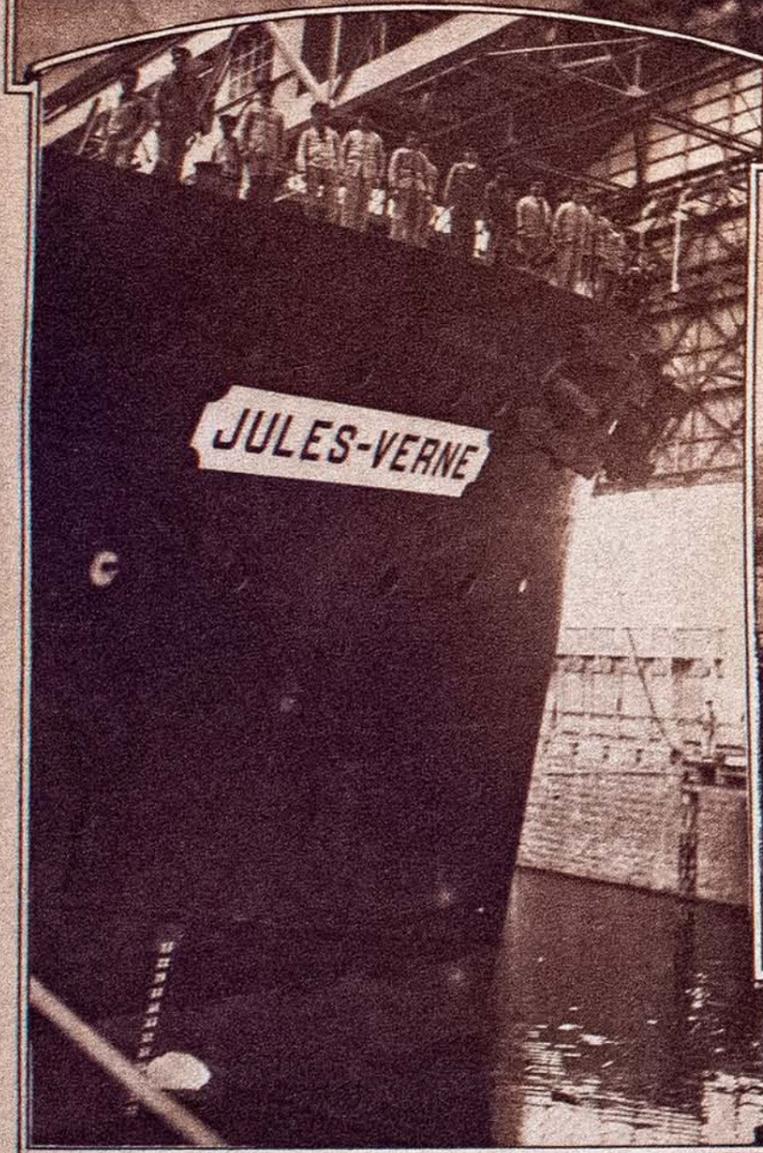
Pasta pura, espuma cremosa y suave. Perfume inconfundible, que persiste sobre la piel.

Proveedores de
SS. MM. los Reyes de España.

PERFUMERÍA
GAL
MADRID BUENOS AIRES LONDON NEW YORK



Un aeroplano, con su piloto y un operador cinematográfico, empleado por el Hon. Antonio Asquith, cayó en los jardines de unas casas de Gresham Road, Brixton, derribando un muro y destrozándose. El piloto sufrió heridas en la cara, y el "cameraman" salió ileso.



En Lorient ha sido botado el avituallador de submarinos "Jules Verne". Ya era hora de que la marina francesa dedicase un recuerdo al novelista de la Nautilus, autor de "veinte mil leguas de viaje submarino". Los viejos de esta época que leyeron todas las novelas, en donde campean la fantasía, el instinto creador y la ciencia, se remozan al evocar el nombre de este mago literario que consiguió popularizar sus obras y elevar con su fama el nombre de su patria: Francia.

Vicente Medina, procedente de Buenos Aires y de paso en París, dió en el Instituto de Estudios Hispánicos una conferencia, seguida de lectura de poesías sobre "Aires nrturcianos". Las poesías, ilustradas con proyecciones, fueron celebradísimas por el auditorio. Llamó la atención el paso del Cristo con la Cruz a cuestras de la Semana Santa de Marchena, patria chica del gran poeta.

PARIS LE BRISTOL

112 - Faubourg Saint Honoré

El único Hotel dotado de una instalación especial de ventilación y de refrigeración para el verano.

ABIERTO EN 1930

Telegr. Bristonoré-París



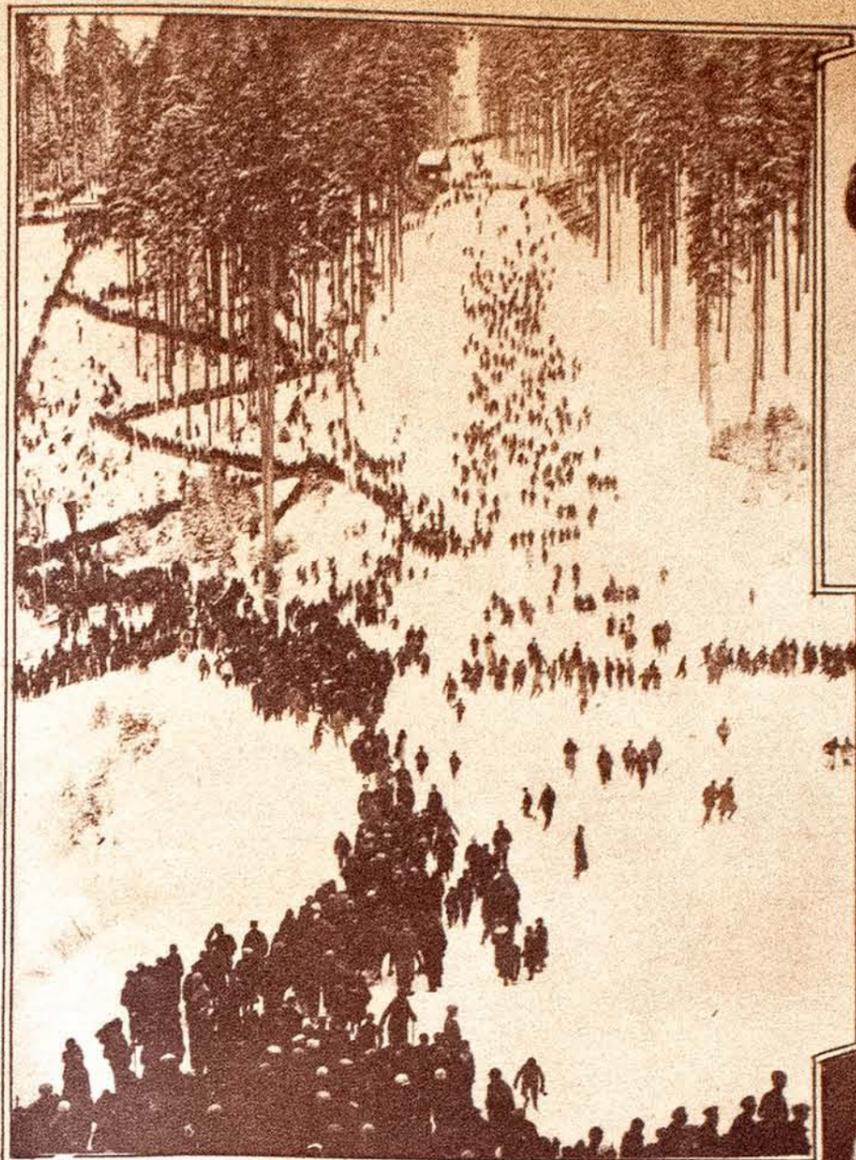
EL HOMBRE
ECONÓMICO ES UN
BIENHECHOR DE LA
SOCIEDAD.

LA RIQUEZA

es consecuencia de la práctica del ahorro. Contribuya a mejorar su destino. ¡Guarde algo cada mes! El Banco "El Ahorro" le abona el 8 % de interés anual, y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veintidós años a completa satisfacción de sus clientes.

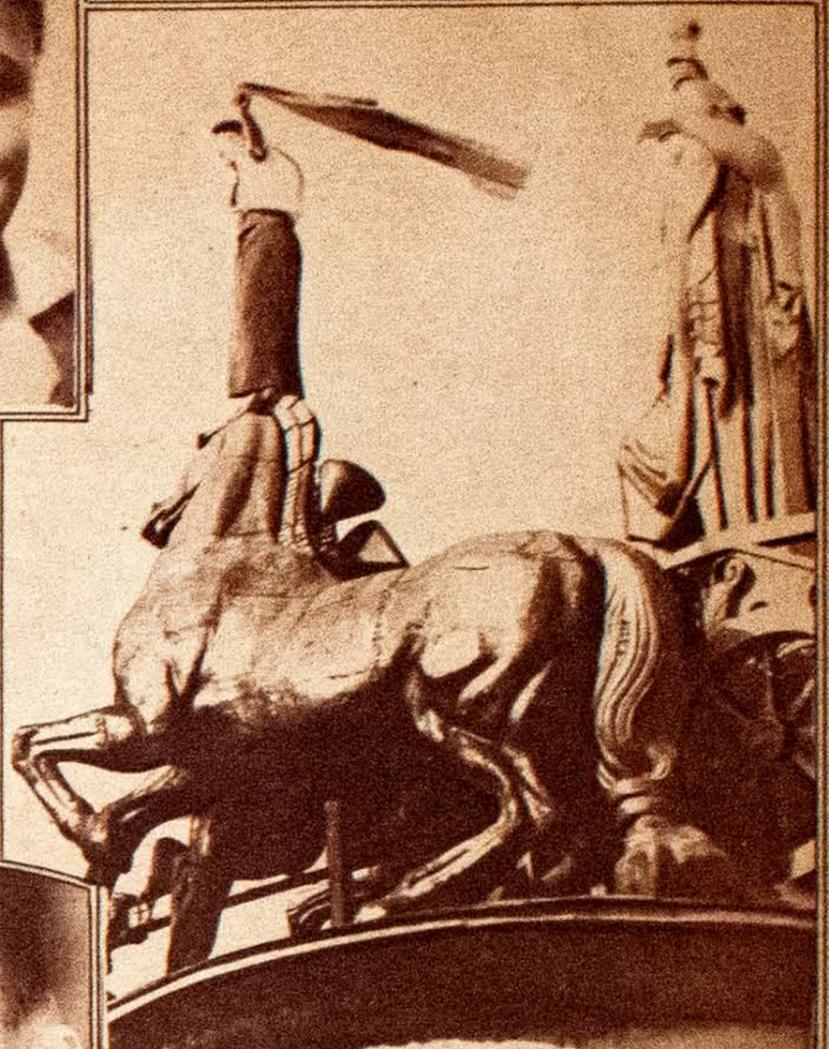


EN LA NIEVE.—La nieve tiene su encanto, vista detrás de los cristales y con un buen juego en la chimenea. La adjunta fotografía es sencillamente poética. Sobre el blanco sudario o dura alfombra de nieve, celebran actualmente en Oberdoff (Alemania) los campeonatos de ski, participando los mejores skieurs de Europa. Pública numeroso los presencia, sin miedo a una temperatura glacial, admirando la agilidad de los deportistas para quienes no cuenta el termómetro, sino su pasión por su deporte nada más.

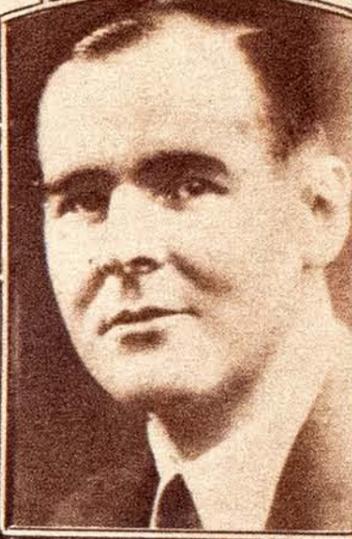


FUGA INESPERADA.—Lindo rostro el de la célebre actriz inglesa miss Edna Best, la que acaba de abandonar precipitadamente Hollywood cuando filmaba un escenario hablado con John Gilbert. Su fuga ha causado sensación en el mundo de los cineastas. ¿La causa de la fuga? Según notificó a su director "el mal del país", el "caffard" que dicen los franceses. Pero añade que deseaba volver a Inglaterra cerca de su esposa. ¡Nostalgia amorosa! ¿Qué le reclamará su director como indemnización?

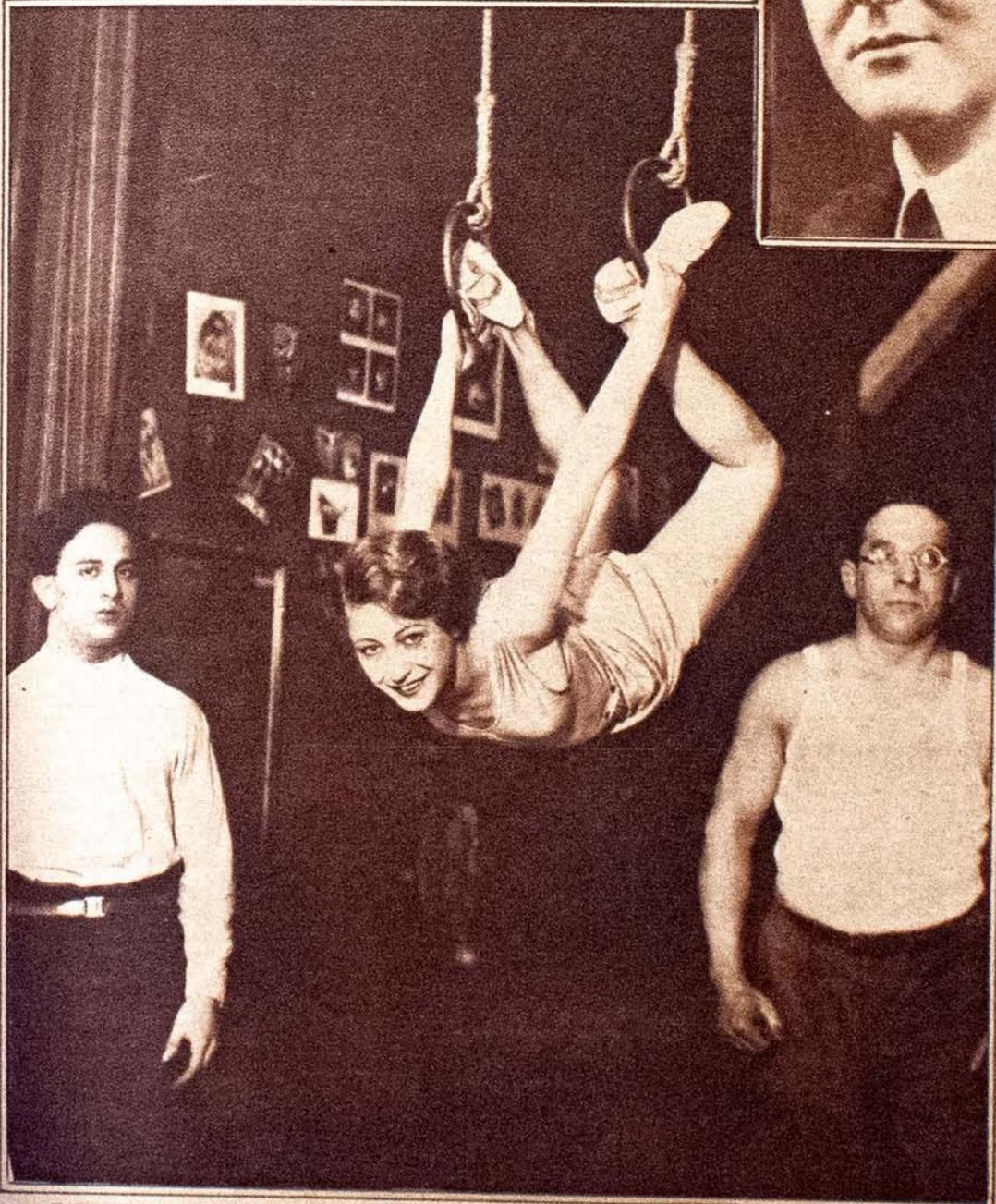
Kodak Europeo



EL HOMBRE-GOMA.—El nuevo deporte de escalar la cúspide de elevados edificios y monumentos altísimos practicado admirablemente el alemán Hermann Becker. La fotografía representa a este audaz acrobata en la alta del edificio que posee en Madrid la Compañía de Seguros La Aurora, saludando al público. Altura del inmueble: sesenta y cinco metros. Tiempo empleado en la ascensión: siete minutos. Pero su mejor hazaña fue la subida a lo más alto de las torres de Notre-Dame de París: 99 metros de altitud, en catorce minutos. La hazaña le valió ir a la comisaría en calidad de inductor de las ordenanzas municipales.



UNA INTIMACION.—En una de las obras de Ibsen hay un personaje que quiere ser rey. Antoine Hall, es la reproducción del personaje ibseniano. Inglés de 31 años, habitando Hereford, ha reclamado públicamente sus derechos al trono de Gran Bretaña. Ha hecho más: mediante una carta dirigida a Jorge V le intimó a cederle, en nombre de la ley, la corona real e imperial. ¿Los títulos que alega? Que es el único descendiente de Enrique VIII y de Enrique Tudor... La historia nos dice que Felipe II de España aspiró al trono de Inglaterra por su enlace con María Tudor, ya que la dinastía fundada por Owen Tudor se había extinguido. ¿Qué le costará a Antoine Hall su pretensión? Porque a Felipe II le costó la armada invencible, origen de la decadencia naval de España.



PARA ADELGAZAR.—A la señorita Lyne Frangoane, elegida definitivamente "Miss París 1931", indícole el jurado calificador la conveniencia de adelgazar. ¿Ayunar acaso? ¡No! Cultura física, gimnasia... Sumisa y obediente, para ganar en línea y perder en peso, ahí está "Miss París" haciendo añilax. Postura no muy diplomática para toda una "embajadora".

Dos Jabones para el Cuidado de Cutis —Puros y Económicos



PARA su toilette diaria, elija Ud. estos dos jabones puros y suaves. Use en el baño el puro, económico y duradero Jabón Original Transparente, y, para asear suavemente y tonificar el cutis, use Ud. en el tocador el Jabón Golden Glory de deliciosa fragancia. Pruébelos hoy mismo. Llene y envíenos el cupón al pie y recibirá Ud. media pastilla de cada uno de estos dos jabones, en un bonito estuche que le agrada conservarlo. Envíenos el cupón hoy mismo.

LOS JABONES DE
PEARS
GLORY GOLDEN Y
ORIGINAL TRANSPARENTE
SOAPS

CUPON
Sras. HUSSEY & Cia. (Depós. N. 4),
Paraguay, 1312, BUENOS AIRES.
Siervanos remitirme un estuche Pears para el cual incluyo 50 centavos en estampillas.

Nombre

Calle No.

Ciudad Prov.



"Jack Dempsey", bulldog inglés, propiedad de R. H. McElroy, que resultó la atracción en la Exposición de Nueva York.



Innovación beneficiosa para los espectadores defectuosos del oído: en las butacas posteriores del Goodman Theatre, de Chicago, se han instalado teléfonos especiales para uso de aquéllos.



Un cuidadoso preparador de su café es el tenor Tito Schipa, a quien vemos seriamente preocupado en tal tarea.



La estrella cinematográfica Leatrice Joy con "Painted Lady" en sus brazos. Esta boston terrier es uno de los 2500 ejemplares exhibidos en la Exposición de Nueva York, inaugurada el 10 de febrero en Madison Square Garden.

«MIS ROPAS BLANCAS DURAN MÁS porque uso SUNLIGHT»



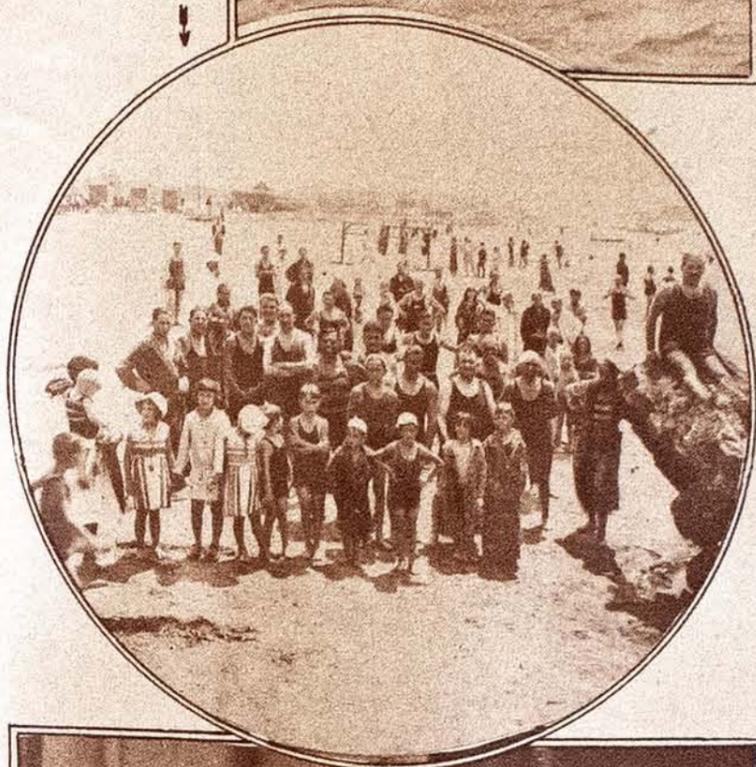
—y cuando más viejas ponen más blancas quedan, pues el Sunlight lava todo con tanta seguridad y da una hermosa blancura a los hilos. La espuma pura de Sunlight desprende la suciedad sin necesidad de frotar fuertemente, así que mis ropas duran más, a la vez que quedan más blancas y suaves.»

Las mujeres usan Sunlight porque saben que es la manera más segura de lavar toda clase de telas. Cada pastilla lleva una garantía de pureza de \$10,000. No se vende pastilla alguna que no cumpla con esa garantía en todo sentido.

Jabon **Sunlight**

«En dos tamaños —30 y 50 ctvs.»

Dos aspectos del balneario municipal de Concepción del Uruguay (Entre Ríos), sobre la costa del brazo Ytapé del Río Uruguay.



Mlle. Nelly Duchateau, Miss Bélgica, que tomó parte en el certamen en el cual se eligió Miss Europa.

"Mi cutis quedó blanco y suave como la seda"

— dice la conocida actriz
Doña Matilde Rivera de Rosas

Cierta vez el espejo señaló imperfecciones en mi cutis. Cuando una artista es hermosa, el triunfo en escena es más rotundo. Preocupada interrogué a un médico. Me aconsejó Crema de Oriente Vindobona. Estoy satisfecha. Eliminé las manchas y los barritos. Mi cutis quedó blanco, suave como la seda. Hoy Crema de Oriente Vindobona no falta en el tocador de ninguna de mis compañeras de teatro.

Matilde Rivera

Ahora,
descubra la belleza del cutis de
Usted.

Las pecas, manchas cutáneas, barritos, arrugas, quemaduras de sol, la piel cetrina y la rojez desaparecerán rápidamente,

— o le devolvemos el dinero.

Crema de Oriente Vindobona no es simplemente una crema más. Constituye uno de los grandes descubrimientos en cosmética de todos los tiempos. Sus componentes son distintos. Sus resultados superan a todo lo que usted pueda haber ensayado hasta ahora. Es la única crema de tocador que posee propiedades de vaso-constructor y por eso es la que puede formar para usted una piel nueva.

Cómo aclara y alisa la piel

Debajo de la superficie de la piel existe un maravilloso laboratorio. Porque la piel normalmente se renueva de continuo, la belleza del cutis depende de ese proceso de renovación. Intervenir en él es mejorar el cutis que ostentará usted mañana.

Haga usted penetrar la Crema de Oriente Vindobona mediante ligeros masajes. Sus científicos ingredientes intervienen en la formación de una piel nueva para Vd., blanca y lisa, libre de pecas, manchas y arrugas, porque evita que en las nuevas células se repitan los defectos que hoy ostenta la parte exterior de la piel.

Así, realmente, construye para usted un cutis nuevo. Destruye las pecas, paños y manchas cutáneas. Afina los tejidos, contrayendo los poros. Aclara la piel y le confiere frescura y lozanía. Las arrugas se allanan porque la Crema de Oriente Vindobona tonifica las nuevas capas de la piel al mismo tiempo que las aclara.

Vigile los resultados

Ya a la mañana siguiente, a la primera aplicación, Vd. constatará que comienza a revelarse la nueva belleza del cutis. Vd. lo notará más terso y cada día verá en el espejo que se aclara, que las pecas y manchas palidecen. Y puede Vd. seguir este encantador tratamiento en la discreción de su hogar. Nadie se enterará. Crema de Oriente Vindobona no altera la marcha normal de la renovación de la piel. No la levanta. El cutis será siempre suave y liso. De día, debajo de los polvos, protege el cutis contra el frío, el sol, el viento y la humedad. Sana cualquier paspadura en seguida que se aplique.

Usela Vd. también

El tratamiento de Crema de Oriente Vindobona hará por usted todo lo que ha hecho para miles de damas hermosas en Europa y América. Estamos seguros de ello. Si no fuera así, si a USTED no le diera resultados satisfactorios, le devolveremos el dinero gastado. Compre un pote hoy. Se vende en la sucursal argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8 - Piso 1º

(Atendido por señoritas)

Buenos Aires

Pedidos del Interior se atienden en el día. Las casas de mayor prestigio también la venden, entre ellas:

Franco Inglesa
Sarmiento y Florida
Farmacia Gibson
Florida 281
Farmacia Scanapieco
Esmeralda y Tucumán
Farmacia Canning
Canning y Santa Fe
En Mar del Plata
Toda buena farmacia

Gath & Chaves
Casa Central y Sucursales
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171
Farmacia Inglesa
Av. de Mayo 900
Farmacia L'Aiglón
Callao 200
En Montevideo
Andes 1338, piso 3º

Folleto explicativo gratis. Envíe el cupón HOY.

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8 - Piso 1º - Buenos Aires

Sírvase enviarme el folleto explicativo sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre
Calle Nº
Ciudad F. C.

Cuerpo esbelto se obtiene por medio de baños

(No ha observado usted que numerosas personas encontraron la forma de perder peso y conseguir esbeltez?)

El exceso de peso, la gordura, son hoy menos comunes. Esas personas se someten a un agradable tratamiento: dos "Baños de Esbeltez Sarowal" por semana. En una bañera de agua caliente disuelve usted el contenido de un paquetito de "Baños de Esbeltez Sarowal". Sumérjase en el agua caliente y descanse en ella. En seguida se iniciará un agradable proceso físico-fisiológico. Las grasas y los tejidos adiposos se disuelven, y son expulsados por los poros o reabsorbidos por el organismo. Tome usted dos "Baños de Esbeltez Sarowal" por semana. Péseese antes y después de cada baño. Comprobará que ha perdido uno o dos kilogramos. Con este tratamiento podrá comer lo que guste y no son necesarios los ejercicios violentos. Los "Baños de Esbeltez Sarowal" al mismo tiempo que disuelven las grasas, estimulan la circulación, tonifican y refrescan la epidermis. La piel adquiere firmeza y suavidad y se alisan las arrugas. Adquiera hoy "Baños de Esbeltez Sarowal". La balanza y la mayor sensación de bienestar físico le probarán los beneficios obtenidos.

Las casas más prestigiosas del ramo venden "Baños de Esbeltez Sarowal", entre ellas:

LABORATORIOS VINDOBONA, Florida, 8 - Piso 1º - Bs. Aires

Gath & Chaves, Franco Inglesa, Casa Argentina Scherrer, Casa Central, Sucursales, Sarmiento y Florida, Suipacha, 171





Obsérvese la expresión de agudeza de este pequeño halcón que ve desenvolverse en torno suyo, el cuerpo de una serpiente.



El "Mauretania", que hace el servicio entre Europa y América, saliendo del puerto de Nueva York con el río escarchado por el intenso frío de los últimos meses.